

La *Iliada* de Homero sigue cantando desde el fondo de los siglos. Canta . cincuenta y un días del último año de una guerra que llevará, una década después, a la conquista y la destrucción de la ciudad de Troya. Canta a los dioses, hombres y héroes, memorables por su ira y por su ambición, por su audacia y por su astucia, por su venganza y su piedad, dentro de los límites de un campo de batalla eterno. Guiado por la idea de adaptar el texto para una lectura pública, Alessandro Baricco relee y reescribe la *Iliada* de Homero, como si tuviéramos que devolver a Homero allí mismo, a la *Iliada*, para contemplar uno de los más majestuosos paisajes de nuestro destino. Trabajando a partir de la traducción de Maria Grazia Ciani, construye con el material original un *concertato* de veintiuna voces (la última es la de Demódoco, un aedo que, tras la estela de la *Odisea* y de otras fuentes, narra el final de Troya); los personajes homéricos son llamados a escena –dejando a los dioses en el fondo– para relatar, con una voz cercanísima a nosotros, su historia de pasiones y de sangre, su gran guerra, su gran aventura.

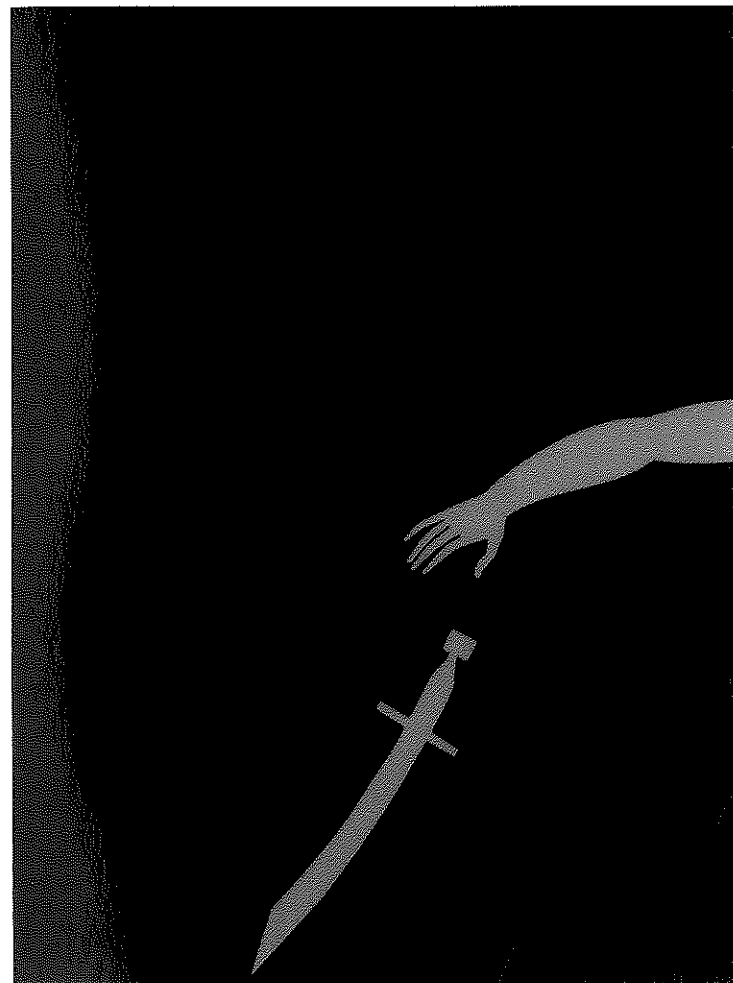
«Con la relectura de la *Iliada*, Alessandro Baricco consigue una pequeña obra maestra» (Fulvio Stumpo).

«Aconsejamos vivamente la lectura de la transcripción del poema realizada por Alessandro Baricco. Si no temiéramos pasar por blasfemos, confesaríamos haberlo apreciado mejor que el original, lastrado por las infinitas escaramuzas entre los dioses inmortales» (*Liberazione*).

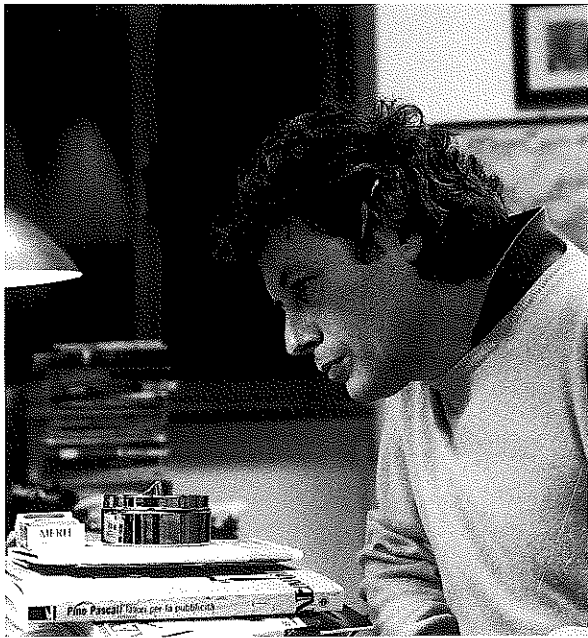


ALESSANDRO BARICCO

Homero, Iliada



ANAGRAMA
Panorama de narrativas



© Lisbeth Salas

Alessandro Baricco (Turín, 1958) es autor de las novelas *Tierras de cristal* (Premio Selezione Campiello y Prix Médicis Étranger), *Océano mar* (Premio Viareggio), *Seda*, *City*, *Sin sangre* y *Esta historia*, publicadas en esta editorial, al igual que el monólogo teatral *Novecento*, la majestuosa reescritura de *Homero, Ilíada* y los ensayos recogidos en *Next (Sobre la globalización y el mundo que viene)* y *Los bárbaros (Ensayo sobre la mutación)*. Baricco dirigió el programa de libros «Pickwick» para Raitre, que «invitó a los italianos a redescubrir el placer de la lectura» (Claudio Paglieri), y en 1994 fundó en Turín una escuela de «técnicas de escritura», llamada Holden (como homenaje a Salinger), que ha tenido, bajo su dirección, un éxito clamoroso. A partir de *Seda*, que se ha convertido en un *longseller* ininterrumpido, tanto en Italia como internacionalmente, se consagró como uno de los grandes escritores italianos de las nuevas generaciones.

Roberto
1995/96

Alessandro Baricco

Homero, *Ilíada*

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Omero, Iliade
Giangiacomo Feltrinelli Editore
Milán, 2004

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Opalworks

Primera edición: mayo 2005
Segunda edición: julio 2005
Tercera edición: octubre 2005
Cuarta edición: noviembre 2005
Quinta edición: noviembre 2007
Sexta edición: diciembre 2009

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2005

© Alessandro Baricco, 2004

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2005
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7069-5
Depósito Legal: B. 46169-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Unas pocas líneas para explicar el origen de este texto. Hace un tiempo pensé que sería hermoso leer en público, durante horas, toda la *Iliada*. Cuando encontré a quienes estaban dispuestos a producir dicha empresa (RomaEuropa festival, al que se añadieron posteriormente TorinoSettembreMusica y Musica per Roma), enseguida comprendí claramente que, en realidad, tal y como estaba, el texto era ilegible: se requerirían unas cuarenta horas y un público en verdad muy paciente. Así que pensé en intervenir en el texto para adaptarlo a una lectura pública. Había que elegir una traducción –entre las muchas, autorizadas, que hay disponibles en italiano– y elegí la de Maria Grazia Ciani (Edizioni Marsilio, Venecia, 1990, 2000)¹ porque estaba en prosa y porque, estilísticamente, se encontraba cerca de mi manera de pensar. Y luego efectué una serie de intervenciones.

1. Para nuestra traducción hemos utilizado puntualmente la siguiente versión: Homero, *Iliada*, Madrid, Gredos, 1991 (B. C. G., n.º 150, traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes). (*N. del T.*)

En primer lugar, practiqué una serie de cortes para conducir la lectura a una duración compatible con la paciencia del público moderno. No corté, casi nunca, escenas completas, sino que me limité, en lo posible, a eliminar las repeticiones, que en la *Iliada* son numerosas, y a aligerar un poco el texto. Intenté no resumir nunca, sino más bien crear secuencias más concisas utilizando secciones originales del poema. Por ello, aunque los ladrillos son los homéricos, la pared resultante es más esencial.

He dicho que no corté casi nunca escenas completas. Ésta es la regla, pero tengo que mencionar la excepción más evidente: corté todas las apariciones de los dioses. Como se sabe, los dioses intervienen bastante a menudo en la *Iliada* para encarrilar los acontecimientos y sancionar el resultado de la guerra. Son tal vez las partes más ajenas a la sensibilidad moderna y a menudo rompen la narración, desaprovechando una velocidad que, en caso contrario, sería excepcional. De todas maneras no las habría quitado si hubiera estado convencido de que eran necesarias. Pero—desde un punto de vista narrativo, y sólo desde ese punto de vista—no lo son. La *Iliada* tiene una fuerte osamenta laica que sale a la superficie en cuanto se pone a los dioses entre paréntesis. Detrás del gesto del dios, el texto homérico menciona casi siempre un gesto humano que reduplica el gesto divino y lo reconduce, por decirlo así, hasta el suelo. Aun cuando los gestos divinos remitan a lo inconmensurable que se asoma a menudo en la vida, la *Iliada* muestra una sorprendente obstinación en buscar, sea como sea, una lógica de los acontecimientos que tenga al hombre como último artífice. Si se elimina consecuentemente a esos dioses del texto, lo que queda no es tanto un mundo huérfano e inexplicable cuanto una historia humanísima en la que los hombres viven su propio destino como podrían

leer un lenguaje cifrado cuyo código conocen, casi en su integridad. En definitiva, suprimir los dioses de la *Iliada* posiblemente no es un buen sistema para comprender la civilización homérica, pero me parece un sistema óptimo para recuperar esa historia, trayéndola hasta la órbita de las narraciones que nos son contemporáneas. Como decía Lukács, la novela es la epopeya de un mundo abandonado por los dioses.

La segunda intervención que realicé fue respecto al estilo. De entrada, la propia traducción de Maria Grazia Ciani utiliza un italiano vivo, más que una jerga de filólogos. Intenté seguir en esa dirección. Desde un punto de vista léxico intenté eliminar todas las asperezas arcaicas que nos alejan del corazón de las cosas. Y luego busqué un ritmo, la coherencia de un paso, la respiración de una velocidad particular y de una lentitud especial. Lo hice porque creo que acoger un texto que viene desde tan lejos significa, sobre todo, cantarlo con la música que es nuestra.

La tercera intervención es más evidente, aunque al final no sea tan importante como parece. He pasado la narración a primera persona. Elegí una serie de personajes de la *Iliada* y les hice relatar la historia, sustituyendo con ellos al narrador externo, homérico. En gran parte es un asunto meramente técnico: en lugar de decir «el padre cogió a la hija entre sus brazos», en mi texto es la hija la que dice «mi padre me cogió entre sus brazos». Es evidentemente una precaución dictada por el objetivo final del trabajo: en un espectáculo de lectura pública, proporcionarle al lector un mínimo de personajes en el que apoyarse lo ayuda a no diluirse en la impersonalidad más aburrida. Y para el público de hoy recibir la historia de quien la ha vivido hace más fácil el ensimismamiento.

Cuarta intervención: naturalmente, no resistí la tenta-

ción e hice algunas, pocas, adiciones al texto. Aquí, en letra impresa, las encontraréis en cursiva, de manera que no existan equívocos: son como restauraciones declaradas, en acero y cristal, sobre una fachada gótica. Cuantitativamente, son intervenciones que cubren un porcentaje mínimo del texto. Por regla general, llevan hasta la superficie matices que la *Iliada* no podía nombrar en voz alta, sino que escondía entre líneas. A veces traen teselas de esa historia transmitidas por otras narraciones posteriores (Apolodoro, Eurípides, Filóstrato). El caso más evidente, pero en cierto modo anómalo, es el último monólogo, el de Demódoco. Como es sabido, la *Iliada* acaba con la muerte de Héctor y con la restitución de su cuerpo a Príamo: no hay rastro del caballo ni de la caída de Troya. Pensando en una lectura pública, sin embargo, me parecía pérfido no explicar cómo había terminado, finalmente, esa guerra. Así que tomé una situación que procede de la *Odisea* (libro VIII; en la corte de los feacios, un viejo aedo, Demódoco, canta la caída de Troya frente a Ulises), y aboqué en su interior, por decirlo así, la traducción de algunos fragmentos de *La toma de Ilio* de Trifiodoro: un libro, no exento de cierta elegancia poshomérica, que se remonta al siglo IV después de Cristo.

El texto así obtenido fue leído de manera efectiva en público en Roma y Turín, en otoño de 2004, y posiblemente volverá a ser leído en un futuro, cada vez que algún productor osado encuentre el dinero para hacerlo. Me gustaría añadir, para que quede constancia, que a las dos lecturas asistieron (pagando) más de diez mil personas, y que la radio italiana transmitió en directo el espectáculo de Roma, lo que supuso una gran satisfacción para múltiples automovilistas y sedentarios de todo tipo. Se verificaron numerosos casos de personas que permanecieron en el co-

che durante horas, quietas en su aparcamiento, porque eran incapaces de apagar la radio. Bueno, a lo mejor sólo fue porque estaban hartos de su familia, pero en fin, lo que quería decir es que la cosa funcionó muy bien.

Ahora el texto de esta extraña *Iliada* está a punto de ser traducido a numerosas lenguas, en diversas partes de este mundo. Me doy cuenta de que esto es añadir paradoja sobre paradoja. Un texto griego traducido al italiano que es adaptado en otro texto italiano y, al final, traducido, pongamos, al chino. Borges se habría frotado las manos. La posibilidad de perder aunque sólo sea la fuerza del original homérico es indudablemente elevada. No sé imaginarme qué va a pasar. Pero me apetece saludar con afecto a los editores y los traductores que han decidido embarcarse en una empresa como ésta: siento que son mis compañeros de viaje en una de las aventuras más peregrinas que uno podría vivir.

A la gratitud que les debo, deseo añadir el homenaje a tres personas que me han ayudado muchísimo durante la gestación de este texto. Probablemente, todavía estaría pensando si hacer la *Iliada* o *Moby Dick* si Monique Veaute no hubiera decidido, con ese optimismo que la hace inigualable, que primero haría la *Iliada* y luego *Moby Dick*. Todo lo que sé ahora sobre la *Iliada*, y que antes no sabía, se lo debo enteramente a Maria Grazia Ciani: ha seguido esta extraña empresa con una benevolencia que no me habría esperado. Si, finalmente, esta empresa ha acabado siendo un libro se lo debo de nuevo, otra vez, al esmero de Paola Lagossi, mi maestra y amiga.

A. B., marzo de 2005

Homero, Iliada

CRISEIDA

Todo empezó en un día de violencia.

Hacía nueve años que los aqueos asediaban Troya: a menudo necesitaban víveres, o animales, o mujeres, y entonces abandonaban el asedio e iban a procurarse lo que querían saqueando las ciudades vecinas. Ese día le tocó a Tebas, mi ciudad. Nos lo robaron todo y se lo llevaron a sus naves.

Entre las mujeres a las que raptaron estaba yo también. Era hermosa: cuando, en su campamento, los príncipes aqueos se repartieron el botín, Agamenón me vio y quiso que fuera para él. Era el rey de reyes, y el jefe de todos los aqueos: me llevó a su tienda, y a su lecho. Tenía una mujer, en su patria. Se llamaba Clitemnestra. Él la amaba. Ese día me vio y quiso que fuera para él.

Pero algunos días después, llegó al campamento mi padre. Se llamaba Crises, era sacerdote de Apolo. Era un anciano. Llevó espléndidos regalos y les pidió a los aqueos que, a cambio, me liberasen. Ya lo he dicho: era un anciano y era sacerdote de Apolo: todos los príncipes aqueos, después de haberlo visto y escuchado, se pronunciaron a favor de aceptar el rescate y de honrar a la noble figura que

había venido a suplicarles. Sólo uno, entre todos, no se dejó encantar: Agamenón. Se levantó y brutalmente se lanzó contra mi padre diciéndole: «Desaparece, viejo, y no vuelvas por aquí nunca más. Yo no liberaré a tu hija: envejecerá en Argos, en mi casa, lejos de su patria, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho. Ahora márchate si es que quieres salvar el pellejo.»

Mi padre, aterrado, obedeció. Se marchó de allí en silencio y desapareció donde estaba la ribera del mar, se diría que *en* el ruido del mar. Entonces, de repente, sucedió que muerte y dolor se abatieron sobre los aqueos. Durante nueve días, muchas flechas mataron a hombres y animales, y las piras de los muertos brillaron sin tregua. Al décimo día, Aquiles convocó al ejército a una asamblea. Delante de todos dijo: «Si esto sigue así, para huir de la muerte nos veremos obligados a coger nuestras naves y regresar a casa. Preguntemos a un profeta, o a un adivino, o a un sacerdote, que sepa explicarnos qué está ocurriendo y pueda liberarnos de este azote.»

Entonces se levantó Calcante, que era el más famoso de los adivinos, que conocía las cosas que fueron, las que son y las que serán. Era un hombre sabio. Dijo: «Tú quieres saber el porqué de todo esto, Aquiles, y yo te lo diré. Pero jura que me defenderás, pues lo que diré podría ofender a un hombre con poder sobre todos los aqueos y al que todos los aqueos obedecen. Yo arriesgo mi vida: tú jura que la defenderás.»

Aquiles le respondió que no tenía nada que temer, sino que debía decir lo que sabía. Dijo: «Mientras yo viva nadie entre los aqueos osará levantar la mano contra ti. Nadie. Ni siquiera Agamenón.»

Entonces el adivino se dio ánimos y dijo: «Cuando ofendimos a aquel viejo, el dolor cayó sobre nosotros.

Agamenón rechazó el rescate y no liberó a la hija de Crises: y el dolor cayó sobre nosotros. Sólo hay un modo de apartarlo: devolver a esa chiquilla de vivaces ojos antes de que sea demasiado tarde.» Así habló, y luego fue a sentarse.

Entonces Agamenón se levantó, con su ánimo lleno de negro furor y los ojos encendidos por relámpagos de fuego. Miró con odio a Calcante y dijo: «Oh, adivino de desventuras, jamás has tenido una buena profecía para mí: tan sólo te gusta revelar las desgracias, nunca el bien. Y ahora quieres privarme de Criseida, la que para mí es más grata que mi propia esposa, Clitemnestra, y que con ella podría rivalizar en belleza, inteligencia y nobleza de espíritu. ¿Tengo que devolverla? Lo haré, porque quiero que el ejército se salve. Lo haré, si así tiene que ser. Pero preparadme de inmediato otro presente que pueda sustituirla, porque no es justo que sólo yo, de entre los aqueos, me quede sin botín. Quiero otro presente, para mí.»

Entonces Aquiles dijo: «¿Cómo podemos encontrar otro presente para ti, Agamenón? Ya está repartido todo el botín, no es lícito volver atrás y empezar otra vez desde el principio. Devuelve a la chiquilla y te pagaremos el triple o el cuádruple en cuanto tomemos Ilio.»

Agamenón movió la cabeza. «No me engañas, Aquiles. Tú quieres quedarte con tu botín y dejarme a mí sin nada. No, yo devolveré a esa chiquilla, pero luego vendré a coger lo que me plazca, y a lo mejor se lo cogeré a Ayante, o a Ulises, o a lo mejor te lo cogeré a ti.»

Aquiles lo miró con odio: «Hombre desvergonzado y codicioso», dijo. «¿Y tú pretendes que los aqueos te sigan en la batalla? Yo no vine hasta aquí para luchar contra los troyanos, porque ellos a mí no me hicieron nada. Ni me robaron bueyes o caballos, ni destruyeron mis cosechas: montañas llenas de sombra separan mi tierra de la suya, y

un mar fragoroso. Es por seguirte a ti por lo que estoy aquí, hombre sin vergüenza, para defender el honor de Menelao y el tuyo. Y tú, bastardo, cara de perro, ¿te olvidas de ello y me amenazas con quitarme el botín por el que tanto sufrí? No, será mejor que me vuelva a casa antes que permanecer aquí dejando que me deshonren y luchando para proporcionarte a ti tesoros y riquezas.»

Entonces Agamenón respondió: «Márchate, si es lo que deseas, no seré yo quien te suplique que te quedes. Otros ganarán honra a mi lado. Tú no me gustas, Aquiles: te atraen las riñas, la disputa y la guerra. Eres fuerte, es cierto, pero eso no es mérito tuyo. Vuelve si quieres a tu casa a reinar, no me importas nada de nada, y no tengo miedo de tu cólera. Es más, escucha lo que te digo: enviaré a Criseida con su padre, en mi nave, con mis hombres. Pero luego yo mismo en persona iré a tu tienda y me llevaré a la bella Briseida, tu botín, para que sepas quién es el más fuerte y para que todos aprendan a temerme.»

Así habló. Y fue como si hubiera golpeado a Aquiles en medio del corazón. Tanto fue así que el hijo de Peleo a punto estuvo de desenvainar la espada y sin duda habría matado a Agamenón si no hubiera dominado en el último instante su furor y dejado su mano sobre la empuñadura plateada. Miró a Agamenón y con rabia le dijo:

«¡Cara de perro, corazón de ciervo, bellaco! Te juro por este cetro que llegará el día en que los aqueos, todos, me añorarán. Cuando caigan bajo los golpes de Héctor, entonces me añorarán. Y tú sufrirás por ellos, pero nada podrás hacer. Sólo podrás acordarte de cuando ofendiste al más fuerte de los aqueos, y enloquecer por culpa del remordimiento y de la rabia. Llegará ese día, Agamenón. Te lo juro.»

Así habló, y tiró al suelo el cetro tachonado de oro.

Cuando la asamblea se disolvió, Agamenón botó una de sus naves, le asignó veinte hombres y puso al mando a Ulises, el astuto. Luego vino a donde yo estaba, me cogió por la mano y me acompañó a la nave. «Hermosa Criseida», dijo. Y dejó que yo volviera con mi padre y a mi tierra. Permaneció allí, en la orilla, mirando zarpar la nave.

Cuando la vio desaparecer en el horizonte, llamó a dos de sus escuderos de entre los más fieles a él y les ordenó que fueran a la tienda de Aquiles, que asieran por la mano a Briseida y que se la llevaran de allí. Les dijo: «Si Aquiles se niega a entregárosela, decidle entonces que iré yo mismo a cogérmela, y que para él será mucho peor.» Los dos escuderos se llamaban Táltibio y Euríbates. Ambos se encaminaron muy disgustados, bordeando la orilla del mar y al final alcanzaron el campamento de los mirmídones. Encontraron a Aquiles sentado junto a su tienda y a la negra nave. Se detuvieron delante de él y no dijeron nada, porque sentían respeto y miedo de aquel rey. Entonces fue él quien habló.

«Acercaos», dijo. «No sois vosotros los culpables de todo esto, sino Agamenón. Acercaos, no tengáis miedo de mí.» Luego llamó a Patroclo y le pidió que cogiera a Briseida y se la entregara a aquellos dos escuderos, para que se la llevaran. «Vosotros sois mis testigos», dijo mirándolos. «Agamenón está loco. No piensa en lo que sucederá, no piensa en el momento en que se me necesitará para defender a los aqueos y sus naves, no le importa nada ni del pasado ni del futuro. Vosotros sois mis testigos: ese hombre está loco.»

Los dos escuderos se pusieron en camino, remontando el sendero entre las naves veloces de los aqueos, varadas

en la playa. Detrás de ellos caminaba Briseida. Hermosa, caminaba triste, y de mala gana.

Aquiles los vio partir. Y entonces fue a sentarse, solo, en la ribera del mar blanco de espuma, y rompió a llorar, con esa infinita llanura frente a él. Era el señor de la guerra y el terror de todos los troyanos. Pero rompió a llorar y como un niño se puso a invocar el nombre de su madre. Desde lejos, entonces, vino ella, y se le apareció. Se sentó junto a él y se puso a acariciarlo. En voz baja, lo llamó por su nombre. «Hijo mío, ¿por qué te traje a este mundo esta madre infeliz? Tu vida será breve, por lo menos pudieras pasarla sin lágrimas, y sin dolor...» Aquiles le preguntó: «¿Tú puedes salvarme, madre?, ¿puedes hacerlo?» Pero la madre tan sólo le dijo: «Escúchame: permanece aquí, cerca de las naves, y no vayas al campo de batalla. Guarda tu cólera hacia los aqueos y no cedas a tus deseos de guerra. Te lo digo: un día te ofrecerán espléndidos dones y te los darán por tres veces debido a la ofensa que has sufrido.» Luego desapareció y Aquiles permaneció allí, solo: su ánimo estaba lleno de cólera por la injusticia sufrida. Y su corazón se atormentaba a causa de la nostalgia que sentía por el grito del combate y el estrépito de la guerra.

Yo volví a ver mi ciudad cuando la nave, gobernada por Ulises, entró en el puerto. Amainaron las velas, luego a remo se acercaron hasta el fondeadero. Echaron las anclas y ataron las amarras de popa. Primero descargaron los animales para el sacrificio a Apolo. Luego Ulises me cogió de la mano y me condujo a tierra. Me llevó hasta el altar de Apolo, donde me esperaba mi padre. Me dejó ir y mi padre me cogió entre sus brazos, conmovido por la alegría.

Ulises y los suyos pasaron aquella noche cerca de su nave. Al alba, desplegaron las velas al viento y partieron de nuevo. Vi la nave corriendo ligera, con las olas rebullendo

de espuma a ambos lados de la quilla. La vi desaparecer en el horizonte. *¿Podéis imaginaros cómo fue mi vida a partir de entonces? De vez en cuando sueño con polvo, armas, riquezas y jóvenes héroes. Siempre es en el mismo sitio, en la orilla del mar. Huele a sangre y a hombres. Yo vivo allí, y el rey de reyes echa por la borda su vida y la de su gente, por mí: por mi belleza y mi gracia. Cuando me despierto está mi padre, a mi lado. Me acaricia y me dice: ya todo ha terminado, hija mía. Duerme. Ya todo ha terminado.*

TERSITES

Todos me conocían. Yo era el hombre más feo que había ido allí, al asedio de Troya: patizambo, cojo, los hombros encorvados y contraídos sobre el pecho; la cabeza picuda, cubierta por una rala pelusa. Era famoso porque me gustaba hablar mal de los reyes, de todos los reyes: los aqueos me escuchaban y se reían. Y, por eso mismo, los reyes de los aqueos me odiaban. *Quiero explicaros lo que yo sé, para que así también vosotros comprendáis lo que yo comprendí: la guerra es una obsesión de los viejos, que envían a los jóvenes a librarla.*

En su tienda, Agamenón dormía. De pronto, le pareció oír la voz de Néstor, que era el más viejo de todos nosotros, y el sabio más estimado, y escuchado. Esa voz decía: «Agamenón, hijo de Atreo, cómo es que estás aquí durmiendo, tú, que estás al mando de un ejército entero y que tantas cosas tendrías que hacer.» Agamenón no abrió los ojos. Pensó que estaba soñando. Entonces la voz se le acercó y le dijo: «Escúchame, tengo un mensaje de Zeus para ti: te mira desde lejos y siente pena y piedad por ti. Te ordena que armes de inmediato a los aqueos, porque hoy podrás apoderarte de Troya. Los dioses, todos, estarán de

tu parte, y sobre tus enemigos caerá la desgracia. No te olvides de ello, cuando la dulzura del sueño te abandone y tú te despiertes. No olvides el mensaje de Zeus.»

Luego la voz desapareció. Agamenón abrió los ojos. *No vio a Néstor, el anciano, que se alejaba silenciosamente de la tienda.* Pensó que había soñado. Y que en sueños se había visto vencedor. Entonces se levantó, se puso una suave túnica, nueva y hermosísima, y se echó un amplio manto encima. Se calzó las sandalias más bellas y se colgó de los hombros la espada tachonada con clavos de plata. Por último, cogió el cetro de sus ancestros y aferrándolo se encaminó hacia las naves de los aqueos, mientras la Aurora anunciaba la luz a Zeus y a todos los inmortales. Dijo a sus heraldos que convocaran a asamblea con voz sonora a los aqueos, y cuando todos estuvieron reunidos, llamó en primer lugar a los nobles príncipes del consejo. Les explicó lo que había soñado. Luego dijo: «Hoy armaremos a los aqueos y atacaremos. Antes, sin embargo, quiero poner a prueba al ejército, estoy en mi derecho. Diré a los soldados que he decidido volver a casa y renunciar a la guerra. Vosotros intentaréis convencerlos de que se queden y de que sigan luchando. Quiero ver qué es lo que sucede.»

Los nobles príncipes permanecieron en silencio, sin saber qué pensar. Luego se levantó Néstor, el anciano, precisamente él. Y dijo: «Amigos, príncipes y caudillos de los aqueos, si llegara uno cualquiera de nosotros y nos relatará un sueño como ése, no seguiríamos escuchándolo y pensaríamos que nos estaba mintiendo. Pero aquel que lo ha soñado se jacta de ser el mejor entre los aqueos. Por eso mismo os digo: vamos y armemos al ejército.» Luego se levantó y abandonó el consejo. Los otros lo vieron alejarse y, como siguiendo a su pastor, todos se levantaron a su vez y se marcharon a reunir a sus huestes.

Como cuando del agujero de una roca salen compactos los enjambres de abejas, uno tras otro, yendo en racimos sobre las flores de primavera y se alejan volando de aquí para allá, así de compactas eran las hileras de hombres que, salidos de las tiendas y de las naves, se dispusieron en masa frente a la orilla del mar, para la asamblea. La tierra retumbaba bajo sus pies y por todas partes reinaba el estruendo. Nueve heraldos, gritando, intentaban hacer que cesara el clamor para que todos pudiéramos oír la voz de los reyes que iban a hablar. Al final lograron que todos nos sentáramos y que cesara el estruendo. Entonces Agamenón se levantó. Aferraba en su puño el cetro que mucho tiempo antes había fabricado Hefesto. Hefesto se lo había entregado a Zeus, hijo de Cronos; y Zeus se lo dio a Hermes, el mensajero veloz. Hermes se lo entregó a Pélope, domador de caballos, y Pélope a Atreo, pastor de pueblos. Atreo, al morir, se lo dejó a Tiestes, rico en rebaños, y de Tiestes lo había recibido Agamenón, para que reinase sobre Argos y sobre las innumerables islas. Era el cetro de su poder. Lo apretó y dijo: «Dánaos, héroes, escuderos de Ares. El cruel Zeus me ha condenado a una feroz desventura. Primero me prometió y juró que regresaría después de haber destruido Ilio, la de las bellas murallas, y ahora me ordena que regrese a Argos sin gloria y después de haber enviado a la muerte a tantos guerreros. ¡Qué vergüenza! Un ejército espléndido, inmenso, está batallando contra un ejército de pocos hombres y, a pesar de todo, el final todavía no está a la vista. Nosotros somos diez veces más numerosos que los troyanos, pero ellos tienen valiosos aliados que vienen de otras ciudades, y esto va impedirme al final que conquiste la hermosa Ilio. Nueve años han pasado. Desde hace nueve años nuestras esposas y nuestros hijos nos esperan en casa. La madera de las naves está podrida y no hay cuerda

que siga todavía tensa. Hacedme caso: huyamos en nuestras naves y volvamos a casa. Ya nunca conquistaremos Troya.»

Así habló. Y sus palabras nos golpearon en el corazón. La inmensa asamblea fue sacudida como un mar en plena borrasca, como un campo de trigo asolado por un viento de tempestad. Y vi a la gente precipitarse hacia las naves, gritando de alegría, levantando una inmensa nube de polvo. Unos a otros se animaban para coger las naves y arrastrarlas hasta el divino mar. Limpiaban los canales de las carenas y mientras estaban quitando ya los trabes de debajo de las quillas, otros elevaban el grito de su nostalgia. Fue en ese momento cuando vi a Ulises. El astuto. Permanecía inmóvil. No había ido hacia las naves. La angustia estaba devorándole el corazón. De pronto, arrojó su manto y corrió hacia donde estaba Agamenón. Le arrancó el cetro de la mano y sin mediar palabra se fue hacia las naves. Y a los príncipes del consejo se puso a gritarles: «Deteneos, ¿no recordáis lo que nos dijo Agamenón?, está poniéndolos a prueba, pero luego los castigará. ¡Deteneos, y ellos, en cuanto os vean, se detendrán!» Y a los soldados con los que se cruzaba los golpeaba con el cetro mientras les gritaba: «¡Quedaos aquí, locos!, no huyáis, no sois más que unos ruines y cobardes, mirad a vuestros príncipes y aprended de ellos.» Al final consiguió detenerlos. Desde las naves y las tiendas la multitud retrocedió nuevamente, parecía el mar cuando brama adelante y atrás en la orilla, haciendo retumbar todo el océano. Fue entonces cuando decidí que yo también tenía que decir la mía. Allí, delante de todo el mundo, ese día, me puse a gritar: «¡Eh, Agamenón!, ¿qué demonios quieres, de qué te quejas? Tu tienda está llena de bronce, está llena de mujeres hermosísimas: las que *tú* eliges cuando *nosotros* te las ofrecemos después de haberlas

raptado de sus casas. ¿Tal vez deseas más oro, ese que los padres troyanos te traen para rescatar a los hijos que *nosotros* hacemos prisioneros en el campo de batalla? ¿O es una nueva esclava lo que quieres, una esclava para llevártela al lecho, y para quedártela toda para ti? No, no es justo que un jefe lleve a la ruina a los hijos de los dánaos. Compañeros, no seáis cobardes, volvámonos a casa y a ese de ahí dejémoslo aquí, en Troya, disfrutando de su botín, que vea de una vez si le éramos útiles o no. Ha ofendido a Aquiles, que es un guerrero mil veces más fuerte que él. Le ha quitado su parte del botín y ahora lo retiene en su poder. Eso no es cólera, porque si Aquiles en verdad ardiera de cólera, tú, Agamenón, no estarías aquí afrentándonos de nuevo.» Los aqueos me escuchaban atentamente. Muchos de ellos albergaban enojo contra Agamenón debido a aquella historia suya con Aquiles. Por eso me escuchaban con atención. Agamenón no dijo nada. Pero Ulises sí, se acercó a mí. «Hablas bien», me dijo, «pero hablas como un estúpido. Tú eres el peor, ¿lo sabes, Tersites? El peor de cuantos guerreros han venido hasta las murallas de Ilio. Te diviertes insultando a Agamenón, el rey de reyes, sólo por los muchos regalos que le habéis traído los guerreros aqueos. Pero yo te digo, y te juro, que si te sorprendo de nuevo diciéndote sandeces como éstas, te agarraré, te arrancaré las ropas —el manto, la túnica, todo— y te enviaré desnudo y lloroso a las naves, cubierto de heridas que den asco.» Así habló. Y empezó a golpearme con el cetro en los hombros y en la espalda. Me encorvé bajo los golpes. La sangre me goteaba, densa, sobre el manto, y me puse a llorar por eso: por el dolor y la humillación. Temeroso, me dejé caer al suelo. Con una mirada atontada permanecí allí, enjugando mis lágrimas, mientras todos, a mi alrededor, se reían de mí. Entonces Ulises levantó el cetro, se volvió hacia Agamenón

y, hablando con voz potentísima, de manera que todos lo oyeran, dijo: «Hijo de Atreo, los aqueos quieren hoy hacer de ti el más mísero de todos los mortales. Te habían prometido que vendrían para destruir la hermosa Ilio y, en cambio, ahora lloran como chiquillos, como miserables viudas, y piden regresar a sus casas. Cierto es que no puedo vituperarlos: hace nueve años que estamos aquí, cuando tan sólo un mes lejos de nuestras esposas bastaría para hacernos desear el regreso. Y, sin embargo, sería un deshonor inmenso abandonar el campo de batalla después de tanto tiempo y sin haber conseguido nada. Amigos, debemos seguir teniendo paciencia. ¿Os acordáis del día en que todos nos reunimos, en Áulide, para partir y venir a traer la destrucción a Príamo y los troyanos? ¿Recordáis qué fue lo que sucedió? Estábamos ofreciendo sacrificios a los dioses cerca de un manantial, bajo un bellissimo plátano luminoso. Y de pronto una serpiente con un lomo rojizo, un monstruo horrendo que el mismo Zeus había creado, apareció de debajo de los altares y reptó por el árbol. Había un nido de pájaros, ahí arriba, y ella ascendió hasta devorar todo lo que encontró: ocho polluelos y la madre. E inmediatamente después de haberlos devorado se convirtió en piedra. Nosotros vimos todo eso y nos quedamos sin habla. Pero Calcante, ¿os acordáis de lo que dijo Calcante? “Es una señal”, dijo. “Nos la ha mandado Zeus. Es un vaticinio de gloria infinita. Igual que la serpiente ha devorado a ocho polluelos y la madre, también nosotros deberemos combatir contra Ilio durante nueve años. Pero el décimo año tomaremos la ciudad de anchas calles.” Eso nos dijo. Y hoy veis cumplirse todo esto, ante vuestros ojos. Escuchadme, aqueos de buenas armaduras. No os marchéis. Permaneced aquí. Y conquistaremos la gran ciudad de Príamo.»

Así habló. Y los aqueos lanzaron un fuerte grito y a su alrededor todas las naves resonaron de manera tremenda, debido al clamor de su entusiasmo. Fue en ese momento cuando Néstor, el anciano, otra vez él, tomó la palabra y dijo: «Agamenón, vuelve a llevarnos a la batalla con la voluntad indómita de antaño. Que nadie tenga prisa por volver a casa antes de haber dormido con la esposa de un troyano y de haber vengado el dolor por el rapto de Helena. Y os digo que si alguno, en su locura, decide regresar a su casa, antes de que tenga tiempo de tocar su negra nave saldrá a su encuentro el destino de la muerte.»

En silencio, todos lo escuchaban atentamente. Los ancianos... Agamenón casi se agachó: «Una vez más, anciano, hablas con sabiduría.» Luego levantó su mirada hacia todos nosotros y dijo: «Id a prepararos, porque hoy atacaremos. Comed, afilad bien las lanzas, preparad los escudos, dad una buena comida a los veloces caballos, examinad vuestros carros: tendremos que combatir todo el día, y sólo la noche podrá separar la furia de los hombres. El pecho chorreará de sudor bajo el grandísimo escudo, y la mano se cansará de empuñar la lanza. Pero aquel que se atreva a huir de la batalla y a refugiarse junto a las naves, ése será hombre muerto.»

Entonces todos lanzaron un grito altísimo y se dispersaron luego entre las naves. Cada uno fue a prepararse para la batalla. Unos comían, otros afilaban las armas, había quien oraba y quien hacía un sacrificio a sus dioses, implorando escapar de la muerte. En poco tiempo, los reyes de estirpe divina agruparon a sus hombres y los fueron colocando en formación para la batalla, corriendo entre ellos, incitándolos a ponerse en marcha. Y, de pronto, para todos nosotros el combate fue más dulce que el retorno a la patria. Marchábamos, con nuestras armas de bronce, y parecíamos un in-

endio que devora el bosque y que puede verse desde lejos, puedes ver sus luminosos y brillantes resplandores subir hasta el cielo. Bajamos hasta la llanura del Escamandro como una inmensa bandada de pájaros que desciende desde el cielo y se posa con gran estrépito, batiendo las alas sobre los prados. La tierra retumbaba terriblemente bajo los pies de los hombres y los cascos de los caballos. Nos detuvimos cerca del río, delante de Troya. Éramos millares. Incontables como lo son las flores en primavera. Y tan sólo teníamos un deseo: la sangre de la batalla.

Héctor y los príncipes extranjeros aliados suyos reunieron entonces a sus hombres y se lanzaron fuera de la ciudad, a pie o a caballo. Nosotros oímos un inmenso estruendo. Los vimos ascender por la colina de Batiea, una colina que se erguía solitaria, en mitad de la llanura. Allí fue donde se desplegaron, a las órdenes de sus jefes. Luego empezaron a avanzar hacia nosotros, gritando como pájaros que graznan en el cielo anunciado una lucha mortal. Y nosotros marchamos hacia ellos, pero en silencio, con la rabia escondida en el corazón. Los pasos de nuestros ejércitos levantaron una polvareda que, como una niebla, como una noche, lo engulló todo.

Al final estuvimos los unos frente a los otros. Nos detuvimos. Y, entonces, de repente, de las filas de los troyanos salió Paris, semejante a un dios, con una piel de pantera sobre los hombros. Iba armado con un arco y una espada. Sujetaba en una mano dos lanzas con punta de bronce, y las blandía hacia nosotros desafiando a un duelo a los príncipes aqueos. Cuando Menelao lo vio, se alegró como el león que se lanza contra el cuerpo de un ciervo y lo devora. Pensó que había llegado el momento de vengar-

se del hombre que le había robado a su esposa. Y saltó a tierra desde su carro, empuñando las armas. Paris lo vio y el corazón le tembló. Se replegó entre los suyos, para huir de la muerte. Como un hombre que ha visto una serpiente y da un salto hacia atrás, y tiembla, y huye, pálidas sus mejillas. Así lo vimos huir. Hasta que Héctor lo detuvo, gritándole: «Maldito Paris, mujeriego, mentiroso. ¿No ves que los aqueos se están riendo de ti? Creían que eras un héroe, sólo porque se dejaban impresionar por tu belleza. Pero ahora saben que no tienes valentía y que no hay fuerza en tu corazón. Precisamente tú, que, siendo huésped de Menelao en tierra extranjera, te llevaste a su esposa, y regresaste a tu casa junto a esa mujer hermosísima. Pero aquélla era gente guerrera, Paris, y tú te has convertido en la ruina de tu padre, de tu ciudad, de todo el pueblo. ¿Y ahora no quieres enfrentarte a Menelao? Lástima, así podrías descubrir qué clase de hombre es ese al que le robas la esposa. Y te revolcarías en el polvo, descubriendo lo inútiles que son tu cítara y tu hermosísimo rostro y tu melena. ¡Ah, qué cobardes somos nosotros, los troyanos! Si no fuera así, ya estarías sepultado bajo un montón de piedras, para expiar todo el mal que has hecho.»

Entonces Paris respondió: «Tienes razón, Héctor. Pero tu corazón es inflexible, como un hacha que se hunde en la madera, recta... Me echas en cara mi belleza..., pero tú tampoco desdeñas los dones de los dioses. Las virtudes que los dioses nos han regalado, ¿podemos rechazarlas?, ¿acaso podemos escogerlas? Escúchame: si quieres que me bata en duelo, haz que se sienten todos los troyanos y todos los aqueos, y deja que Menelao y yo, ante los ojos de los dos ejércitos, nos enfrentemos por Helena. Aquel que venza se quedará con la mujer y todas sus riquezas. Y en cuanto a vosotros, troyanos y aqueos, firmaréis un tratado de paz, y

los troyanos empezarán a vivir en la fértil tierra de Troya y los aqueos volverán a Argos, junto a sus riquezas y sus mujeres, hermosísimas.»

Grande fue la alegría de Héctor cuando escuchó esas palabras. Avanzó, él solo, entre los dos ejércitos, y levantando al cielo la lanza hizo una señal a los troyanos para que se detuvieran. Y ellos lo obedecieron. Nosotros empezamos enseguida a apuntarle, con flechas y piedras, y entonces Agamenón gritó: «¡Deteneos, aqueos, no le disparéis! ¡Héctor quiere hablarnos!» Y entonces nosotros también nos detuvimos. Se hizo un gran silencio. Y en ese silencio Héctor dijo, hablando para los dos ejércitos: «¡Escuchadme! Escuchad lo que dice Paris, el que ha desencadenado esta guerra. Quiere que depongáis las armas, y pide luchar él solo contra Menelao, y decidir en un duelo quién se quedará con Helena y con sus riquezas.»

Los ejércitos permanecieron en silencio. Y entonces se oyó la voz poderosa de Menelao: «Escuchadme a mí también, que soy el ofendido y que más que cualquier otro tengo un dolor que debe ser vengado. Cesad de combatir, porque ya habéis sufrido bastante por esta guerra que Paris desencadenó. Combatiré yo, contra él, y será el destino el que decidirá quién de nosotros dos debe morir. Vosotros encontrad un modo de hacer las paces lo más rápido posible. Que los aqueos vayan a coger un cordero para ofrendárselo a Zeus. Y vosotros, troyanos, conseguid un cordero blanco y otro negro, para la Tierra y el Sol. E id a avisar al gran rey Príamo, para que sea él quien sancione las paces: sus hijos son soberbios y desleales, pero él es un anciano y los ancianos saben mirar al pasado y al futuro, juntos, y comprender lo que es mejor para todos. Que venga él y se firmen las paces: y que nadie ose infringir los pactos sancionados en el nombre de Zeus.»

Yo oí sus palabras y luego vi la alegría de aquellos dos ejércitos, unidos de manera imprevista por la esperanza de poner fin a aquella luctuosa guerra. Vi a los guerreros bajarse de los carros, y quitarse las armas que llevaban y dejarlas en el suelo, cubriendo los prados de bronce. *Nunca había visto la paz tan cercana. Entonces me di la vuelta y busqué a Néstor, al viejo y sabio Néstor. Quería mirarlo a los ojos. Y en sus ojos ver morir la guerra, y la arrogancia de quien la desea, y la locura de quienes la libran.*

HELENA

Como una esclava, aquel día yo estaba en silencio, en mis habitaciones, obligada a tejer sobre una tela del color de la sangre las empresas de los troyanos y de los aqueos en aquella dolorosa guerra que se libraba por mí. De pronto vi a Laódica, la más bella de las hijas de Príamo, entrar y gritarme: «Corre, Helena, ven a ver lo que ocurre ahí abajo. Troyanos y aqueos... estaban todos en la llanura, y estaban a punto de enfrentarse, ávidos de sangre, y ahora están en silencio, los unos frente a los otros, con los escudos apoyados en el suelo y las lanzas clavadas en tierra... Se dice que han cesado las hostilidades, y que Paris y Menelao lucharán por ti: tú serás el premio del vencedor.»

La escuché, y de repente me entraron ganas de llorar, porque grande era, en mí, la nostalgia por el hombre con el que me había casado, y por mi familia, y por mi patria. Me cubrí con un velo de blancura resplandeciente y corrí hacia las murallas, todavía con lágrimas en los ojos. Cuando llegué al torreón de las puertas Esceas vi a los ancianos de Troya, reunidos allí para mirar lo que ocurría en la llanura. Eran demasiado viejos para luchar, pero les gustaba hablar y en eso eran maestros. Como cigarras posadas en

un árbol, no dejaban de hacer oír su voz. Pude escucharles murmurar, cuando me vieron: «No es de extrañar que los troyanos y los aqueos se maten por esa mujer, ¿no os parece una diosa? Que las naves se la lleven de aquí, a ella y a su belleza, o nunca se acabarán nuestras desgracias y las de nuestros hijos.» Eso es lo que decían, pero sin atreverse a mirarme. El único que se atrevió a hacerlo fue Príamo. «Ven aquí, hija», me dijo, en voz alta. «Siéntate junto a mí. Tú no tienes la culpa de nada de esto. Son los dioses los que me echaron encima esta desventura. Ven, desde aquí podrás ver a tu marido, y a tus parientes, a los amigos... Dime, ¿quién es ese hombre imponente, ese guerrero aqueo tan noble y grande? Otros son más altos que él, pero nunca vi a ninguno tan hermoso, tan majestuoso: tiene el aspecto de un rey.» Entonces fui a su lado y respondí: «Te respeto y te temo, Príamo, padre de mi nuevo esposo. Oh, ojalá hubiera tenido el valor para morir antes que seguir a tu hijo hasta aquí y abandonar mi lecho conyugal, y a mi hija, todavía tan niña, y a mis amadas compañeras..., pero eso no fue así y ahora yo me consumo en el llanto. Pero tú quieres saber quién es ese guerrero... Es el hijo de Atreo, Agamenón, rey poderosísimo y fuerte guerrero: hubo un tiempo, si es que ese tiempo existió, en que era cuñado de esta mujer indigna que ahora te está hablando.» Príamo seguía mirando abajo, a los guerreros. «Y ese hombre», me preguntó, «¿quién es? Es más bajo que Agamenón, pero tiene el pecho y los hombros más anchos. ¿Lo ves? Pasa revista entre las filas de los hombres y parece un carnero de espeso pelaje que se pasea entre los rebaños de ovejas blancas.» «Ése es Ulises», respondí, «hijo de Laertes, crecido en Ítaca, la isla de piedra, y famoso por su astucia y su inteligencia.» «Es verdad», dijo Príamo. «Lo conocí. Un día vino aquí en embajada, junto a Menelao, para discutir so-

bre tu suerte. Lo acogí en mi casa. Me acuerdo de que Menelao hablaba velozmente, con pocas palabras, muy claras. Hablaba bien, pero era joven... En cambio Ulises..., cuando le tocaba hablar a él se quedaba inmóvil, mirando al suelo, como si no supiera qué decir: parecía dominado por la cólera o completamente loco; pero cuando por fin empezaba a hablar le salía una voz tan grave..., las palabras parecían copos de nieve en invierno..., y entonces ningún hombre se habría atrevido a desafiarlo, hija mía, y no importaba que fuera más pequeño que Menelao o que Agamenón...» Luego Príamo distinguió a Ayante entre los guerreros y me preguntó: «¿Y ése quién es, tan grande y fuerte que supera a todos los demás aqueos?» Y yo le respondí y le hablé de Ayante, y después de Idomeneo, y luego de todos los príncipes aqueos. En ese momento podía reconocerlos a todos, a los aqueos de brillantes ojos; uno a uno habría podido ir explicándole a aquel anciano que quería saber por mí quiénes eran sus enemigos. Pero en ese momento llegó Ideo, el heraldo. Se acercó a Príamo y le dijo: «Levántate, hijo de Laomedonte. Los caudillos de los tucros, domadores de caballos, y de los aqueos de corazas de bronce te invitan a bajar hasta la llanura para que sanciones un nuevo pacto entre los dos ejércitos. Paris y Menelao con sus largas lanzas se batirán por Helena. Todos los demás sellarán un pacto de amistad y de paz.» Príamo lo escuchó atentamente. Y se estremeció. Pero luego ordenó que se preparara a los caballos y, cuando todo estuvo dispuesto, se subió al carro veloz, junto a Anténor, y salió al galope por las puertas Esceas. Atravesaron la llanura y cuando alcanzaron los ejércitos se pararon justamente en el medio, entre troyanos y aqueos. Vi cómo se levantaba Agamenón, y con él, Ulises. Los heraldos llevaron los animales para los sacrificios con los que se sellarían los pactos. Mez-

claron vino en la gran copa y vertieron agua sobre las manos de los reyes. Luego, Agamenón elevó sus manos al cielo e imploró a Zeus en nombre de todos. «Padre Zeus, sumo y glorioso, y tú, Sol, que todo lo ves y todo lo oyes: Ríos, Tierra y vosotros, que bajo el suelo castigáis a los traidores, sed testigos y guardianes de nuestros pactos. Si Paris mata a Menelao, se quedará con Helena y con todos sus bienes, y nosotros nos marcharemos para siempre en las naves que surcan el mar. Si, por el contrario, es Menelao quien mata a Paris, los troyanos nos entregarán a Helena con todos sus bienes, y pagarán a los argivos un precio tan elevado que será recordado durante generaciones y generaciones. Y si Príamo y sus hijos no quieren pagar, yo me batiré para conseguir esa compensación, y aquí permaneceré, hasta que esta guerra termine.» Así rogó, y luego con un certero golpe degolló a los corderos y fue dejándolos en el suelo, palpitantes, agonizantes. Todos los príncipes bebieron de la gran copa de vino, y todos rezaron a sus dioses. Y decían entre ellos: «¡Si alguien se atreve a violar esos pactos, que Zeus vierta su cerebro y el de sus hijos como nosotros vertemos este vino!» Cuando todo fue cumplimentado, Príamo, el viejo rey, el viejo padre, subió al carro, al lado de Anténor, y les dijo a los troyanos y a los aqueos: «Dejadme regresar a mi ciudad, surcada por los vientos. Porque no tengo ánimo para ver a mi hijo Paris batiéndose, aquí, con el feroz Menelao.» Azuzó a los caballos, él mismo, y se marchó de allí.

Después vino el duelo. Héctor y Ulises dibujaron en el suelo el campo en el que los duelistas iban a combatir. En un yelmo metieron luego las fichas de la suerte y, tras haberlas agitado, Ulises, sin mirar, extrajo el nombre del que tendría que arrojar en primer lugar la lanza mortal. Y la

suerte escogió a Paris. Los guerreros se sentaron alrededor. Vi a Paris, mi nuevo esposo, colocándose las armas: primero las hermosas espinilleras, atadas con hebillas de plata; luego la coraza, sobre el pecho; y la espada de bronce, tachonada de plata, y el escudo, grande y pesado. Se puso en la cabeza el espléndido yelmo: el largo penacho ondeaba al viento y daba miedo. Al final, aferró la lanza y la blandió. Frente a él, Menelao, mi primer esposo, acabó de colocarse las armas. Bajo los ojos de los dos ejércitos avanzaron el uno hacia el otro, mirándose con ferocidad. Luego se detuvieron. Y el duelo empezó. Vi a Paris arrojar su larga lanza. Con violencia se clavó en el escudo de Menelao, pero el bronce no se partió, y la lanza se rompió y cayó al suelo. Entonces Menelao a su vez levantó la lanza y la arrojó con enorme fuerza contra Paris. Acertó de lleno en el escudo y la punta mortal lo partió, y fue a clavarse en la coraza, dándole a Paris de refilón, en el costado. Menelao sacó la espada y se lanzó hacia él. Lo golpeó con violencia sobre el yelmo, pero la espada se rompió en pedazos. Despotricó contra los dioses y luego, de un salto, aferró a Paris por la cabeza, estrujando entre sus manos el espléndido yelmo empenachado. Y empezó a arrastrarlo de aquella forma, hacia los aqueos. Paris caído, en la polvareda, y él estrujándole el yelmo en un abrazo mortal y arrastrándolo por ahí. Hasta que la correa de cuero que sujetaba el yelmo bajo el mentón se rompió, y Menelao se encontró con el yelmo en la mano, vacío. Lo levantó al cielo, se volvió hacia los aqueos y, volteándolo en el aire, lo lanzó en medio de los guerreros. Cuando se volvió de nuevo hacia Paris, para acabar con él, se dio cuenta de que había huido y desaparecido entre las filas de los troyanos.

Fue entonces cuando aquella mujer rozó mi velo y me habló. Era una vieja hilandera. Había venido conmigo

desde Esparta, donde me cosía espléndidos vestidos. Me quería, y yo *tenía miedo de ella*. Ese día, allí arriba, en el torreón de las puertas Esceas, se acercó y me dijo en voz baja: «Ven. Paris te espera en su lecho, se ha puesto los vestidos más hermosos; más que de un duelo, parece haber vuelto de una fiesta.» Yo me quedé desconcertada. «Desgraciada», le dije, «¿por qué quieres tentarme? Serías capaz de llevarme al fin del mundo si allí hubiera un hombre que te fuera grato. Ahora, porque Menelao ha vencido a Paris, y quiere llevarme de regreso a casa, vienes hasta mí para tramar engaños... Vete tú a donde está Paris, ¿por qué no te casas con él o, mejor todavía, te conviertes en su esclava? Yo no iré, sería indigno. Todas las mujeres de Troya se avergonzarían de mí. Déjame que me quede aquí, con mi dolor.» Entonces la vieja mujer me miró enfurecida. «Óyeme bien», me dijo, «y no hagas que me enoje. Podría abandonararte aquí, lo sabes, y sembrar el odio por todas partes, hasta que perecieras de mala muerte.» *Me daba miedo, ya lo he dicho. Los viejos, a menudo, dan miedo.* Me sujeté sobre la cabeza el velo de blancura resplandeciente y la seguí. Estaban todos mirando abajo, hacia la planicie. Nadie me vio. Fui a las habitaciones de Paris y allí lo encontré. Una mujer que lo apreciaba lo había hecho entrar en Troya, por una puerta secreta, y lo había salvado. La vieja cogió un asiento y lo puso delante mismo de él. Luego me dijo que me sentara. Lo hice. No lograba mirarlo a los ojos. Pero le dije: «Conque has huido de la batalla... Me gustaría que hubieras muerto allí, derrotado por ese magnífico guerrero que fue mi primer esposo. Y tú, que te jactabas de ser más fuerte que él... Tendrías que volver allí, y desafiarlo de nuevo, pero sabes perfectamente que sería tu fin.» Y recuerdo que Paris, entonces, me pidió que no le hiriera con mis crueles ofensas. Me dijo que Menelao ese día había venci-

do porque los dioses se habían puesto de su parte, pero que quizá la próxima vez sería él quien venciera, porque él también tenía dioses amigos. Y luego me dijo: ven aquí, hagamos el amor. Me preguntó si recordaba la primera vez que lo hicimos, en la isla de Cránae, precisamente el día después de haberme raptado. Y me dijo: ni siquiera ese día te deseé tanto como ahora te deseo. Luego se levantó y se fue hacia el lecho. Y yo lo seguí.

Él era el hombre al que, en aquel momento, estaban buscando todos en la llanura. Era el hombre al que nadie, ni aqueos ni troyanos, habrían ayudado o escondido, aquel día. Era el hombre al que todos odiaban, como se odia a la negra diosa de la muerte.

PÁNDARO, ENEAS

Pándaro

Mi nombre es Pándaro. Mi ciudad, Zelea. Cuando partí para defender Troya, mi padre, Licaón, me dijo: «Coge carro y caballos para dirigir a nuestras gentes en la batalla.» En nuestro espléndido palacio teníamos once carros, nuevos, hermosísimos, y para cada carro dos caballos alimentados con cebada blanca y escanda. Pero yo no los cogí, no escuché a mi padre y me fui a la guerra sólo con arco y flechas. Los carros eran demasiado hermosos para acabar en una batalla. Y los animales, lo sabía, sólo sufrirían hambre y fatiga. Por ello no me vi con ánimos para llevármelos conmigo. Partí con arco y flechas. Ahora, si pudiera volver atrás, con mis manos rompería ese arco, y lo echaría al fuego para que ardiera. Inútilmente lo he llevado conmigo, y triste ha sido mi destino.

Acababa Paris de desaparecer en la nada, y los ejércitos se miraban enmudecidos, para saber qué tenían que hacer. ¿El duelo había terminado? ¿Había vencido Menelao o re-

gresaría Paris para combatir? Fue en ese momento cuando se me acercó Laódoco, el hijo de Anténor, y me dijo: «Eh, tú, Pándaro. ¿Por qué no coges una de tus flechas y disparas a Menelao, a traición, ahora? Está allí en medio, indefenso. Podrías matarlo, tú eres capaz. Te convertirías en el héroe de todos los troyanos y Paris, supongo, te cubriría de oro. ¿Lo pensarás?» Yo lo pensé. *Imaginé mi flecha volar y acertar. Y vi que aquella guerra terminaba. Ésa es una pregunta en la que uno podría pensar durante mil años sin encontrar nunca la respuesta: ¿es lícito hacer algo infame si así se puede detener una guerra? ¿Es perdonable la traición si se traiciona por una causa justa? Allí, en medio de mi gente armada, ni siquiera tuve tiempo para pensármelo. La gloria me atrata. Y la mera idea de cambiar la historia con un simple gesto exacto.* De modo que aferré mi arco. Estaba hecho con los cuernos de una cabra montés, un animal al que yo mismo había cazado: lo había derribado acertándole bajo el esternón, mientras saltaba de una peña. Y con su cornamenta, de dieciséis palmos de largo, había hecho que me fabricaran mi arco. Lo apoyé en el suelo y lo doblé para enganchar la cuerda, hecha con nervio de buey, en la anilla de oro que estaba colocada en un extremo. Mis compañeros, a mi alrededor, debieron de entender lo que tenía en mente, porque levantaron los escudos para ocultarme y protegerme. Abrí la aljaba y de ella saqué una flecha nueva y veloz. Durante un instante dirigí mi plegaria a Apolo, el dios que nos protege a nosotros, los arqueros. Luego pincé a la vez la flecha y la cuerda de nervio y tiré de ellas hasta que la mano derecha me llegó al pecho y la punta de la flecha se detuvo sobre el arco. Con fuerza curvé el cuerno de cabra montés y tensé el nervio de buey hasta que los convertí en un círculo.

Luego, solté.

La cuerda silbó y la flecha de aguda punta voló alta, sobre los guerreros, veloz. Acertó a Menelao justo donde las hebillas de oro sujetan la coraza en el cinturón. La punta penetró a través de los ceñidores, cortó la tira de cuero que protege el abdomen y, al final, llegó a la carne de Menelao. Empezó a gotearle sangre por los muslos, a lo largo de las piernas, hasta los hermosos tobillos. Menelao se estremeció al ver su sangre negra, y también su hermano Agamenón, que enseguida corrió a su lado. Lo cogió por la mano y se puso a llorar. «Hermano mío», decía, «¿te habré mandado a la muerte sellando con los troyanos un pacto estúpido y dejándote combatir, indefenso y solo, ante nuestros ojos? Ahora los troyanos, a pesar de que habían hecho un juramento, te han disparado, pisoteando nuestros pactos...» Agamenón lloraba. Decía: «Menelao, si tú mueres, yo moriré de dolor. Ningún aqueo seguirá quedándose aquí para luchar; dejaremos a Príamo tu esposa Helena y yo me veré obligado a regresar a Argos cubierto de vergüenza. Tus huesos se pudrirán aquí, al pie de las murallas de Troya, y los soberbios troyanos los pisotearán diciendo: “¿Dónde está Agamenón, ese gran héroe, que trajo hasta aquí al ejército aqueo para marcharse luego a casa con las naves vacías, dejando en el campo de batalla a su hermano...?” Menelao, no te mueras: si tú mueres, la tierra se abrirá bajo mis pies.»

«No tengas miedo, Agamenón», le dijo entonces Menelao, «y no asustes a los aqueos. Mira, la punta de la flecha no está toda dentro de la carne, todavía asoma por la piel. Primero la coraza y luego el cinturón la frenaron. Es sólo una herida...»

«Oh, que así sea», dijo Agamenón. Luego ordenó que llamaran a Macaón, hijo de Asclepio, que tenía fama como médico. Los heraldos lo encontraron en medio del ejérci-

to, entre los suyos, y lo llevaron donde el rubio Menelao yacía herido. A su alrededor estaban todos los mejores guerreros aqueos. Macaón se agachó sobre Menelao. Arrancó la flecha de la carne, observó la herida. Luego succionó la sangre y hábilmente aplicó los dulces fármacos que tiempo atrás el centauro Quirón, con ánimo amistoso, le había regalado a su padre.

Todavía estaban todos alrededor de Menelao cuando nosotros, los troyanos, empezamos a avanzar. Todos habíamos cogido las armas de nuevo, y en nuestro corazón teníamos únicamente el deseo de presentar batalla. En aquel momento oímos a Agamenón gritando a los suyos: «Argivos, recuperad el coraje y la fuerza. Zeus no ayuda a los traidores y esos a los que habéis visto violar los pactos acabarán siendo devorados por los buitres, mientras que nosotros nos llevaremos de aquí a sus esposas y a sus hijos en nuestras naves, después de haber conquistado su ciudad.» Ya no era el Agamenón indeciso y dubitativo que conocíamos. Aquél era un hombre que quería la gloria de la batalla.

Avanzamos gritando. Éramos de tierras y de pueblos distintos, y cada uno gritaba en su lengua. Éramos un rebaño de animales con mil voces diferentes. Los aqueos, en cambio, avanzaban en silencio, se oía tan sólo la voz de los comandantes que impartían órdenes, y era increíble ver a todos los demás obedeciendo, temerosos, sin decir ni una palabra. Venían hacia nosotros como olas contra los escollos, brillaban sus armas como la espuma del mar cuando salpica sobre la cresta del agua.

Cuando los dos ejércitos se embistieron, inmenso fue entonces el estruendo de escudos y de lanzas y el furor de los armados en sus corazas de bronce. Chocaban los escudos de cuero, ya convexos, y se elevaban trenzándose los

gritos de gloria y de dolor, de los muertos y de los vivos, entremezclados en un único fragor colosal sobre la sangre que inundaba la tierra.

Eneas

El primero en matar fue Antíloco. Arrojó su lanza hacia Equépolo y se la clavó en mitad de la frente: la punta de bronce penetró en el hueso del cráneo, bajo el yelmo empenachado. Equépolo cayó como una torre, en medio de la brutal disputa. Entonces Elefénor, jefe de los intrépidos abantes, lo agarró por los pies e intentó arrastrarlo fuera de la lucha para quitarle las armas cuanto antes. Pero mientras arrastraba el cadáver tuvo que descubrir su costado y, precisamente ahí, donde su escudo no podía llegar, le dio de lleno Agénor. La lanza de bronce le penetró en la carne y se llevó su fuerza. Sobre su cuerpo se desencadenó entre troyanos y aqueos una lucha tremenda; eran como lobos que se lanzaban unos sobre otros y se mataban por la presa.

Ayante de Telamón acertó al joven hijo de Antemión, Simoesio: le dio de lleno en el lado derecho del pecho; la lanza de bronce atravesó de parte a parte su hombro; cayó el héroe sobre el polvo, al suelo, como una rama cortada y puesta a secar en la orilla de un río. Ayante estaba despojándolo de sus armas cuando un hijo de Príamo, Ántifo, lo vio y le arrojó desde lejos su lanza. No acertó a Ayante, pero por casualidad le dio a Leuco, uno de los compañeros de Ulises: estaba arrastrando un cadáver cuando la punta de bronce le traspasó el vientre: cayó, muerto, sobre el muerto al que cogía por los brazos. Ulises lo vio caer y la cólera hinchó su corazón. Avanzó hasta las primeras filas,

miró a su alrededor como buscando una presa; los troyanos que estaban delante de él retrocedieron. Levantó la lanza y la arrojó al aire, potente, veloz. Le dio a Democoonte, un hijo bastardo de Príamo. La punta de bronce le entró por la sien y le traspasó el cráneo de parte a parte. La sombra cubrió sus ojos y el héroe cayó al suelo: resonó, sobre él, su propia armadura.

Luego el caudillo de los tracios, Píroo, se enfrentó a Diores, hijo de Amarinceo. Con una piedra aguda lo golpeó en la pierna derecha, cerca del talón: cortó limpiamente tendones y huesos. Diores cayó al suelo. Se sintió morir y entonces tendió los brazos hacia sus compañeros. Pero en cambio quien llegó fue Píroo y le abrió el vientre con la lanza: las vísceras se desparramaron por el suelo, y la tiniebla envolvió sus ojos.

Y sobre Píroo se lanzó Toante y le clavó la lanza en el pecho, traspasándole el pulmón. Arrancó luego la lanza de sus carnes, cogió la afilada espada y le sajó el vientre, arrancándole la vida.

Lentamente la batalla empezó a decantarse del bando de los aqueos. Sus príncipes, uno a uno, desafiaban a los nuestros, y vencían una y otra vez. El primero fue Agamenón, señor de pueblos, quien derribó de su carro al caudillo de los alizones, el gran Odio. Y mientras éste trataba de escapar, lo traspasó con una lanzada en la espalda. Cayó el héroe con fragor, y sus armas resonaron sobre él.

Idomeneo mató a Festo, hijo de Boro de la Meonia, que había venido desde la fértil tierra de Tarne. Le dio en el hombro derecho mientras intentaba subir a su carro. Cayó de nuevo el héroe hacia atrás y la tiniebla lo envolvió.

Menelao, hijo de Atreo, la clavó la lanza a Escamandrio, hijo de Estrofo. Era un extraordinario cazador, pare-

cía que la propia Ártemis le hubiera enseñado a acertar a los animales feroces que viven entre el bosque, por los montes. Pero ese día ningún dios lo ayudó, ni lo salvaron sus flechas mortales. Menelao, el de la lanza gloriosa, vio que se estaba escapando y le dio de lleno entre los hombros, atravesándole el pecho. Cayó hacia delante el héroe, y las armas resonaron sobre él.

Meríones mató a Fereclo, el que había construido las perfectas naves de Paris, origen de toda desventura. Con sus manos sabía forjar toda clase de cosas a la perfección. Pero Meríones lo persiguió, y le acertó en la nalga derecha: la punta de la lanza lo atravesó de parte a parte, bajo el hueso, desgarrando la vejiga. Cayó de rodillas el héroe, con un grito, y la muerte lo envolvió.

Megete mató a Pedeo, que era hijo bastardo de Antenor y al que, a pesar de ello, la madre había criado como si fuera hijo suyo, para complacer a su esposo. Megete le dio de lleno en la cabeza, sobre la nuca. La lanza le traspasó el cráneo y le cortó la lengua. Cayó el héroe en el polvo, apretando el gélido bronce entre los dientes.

Eurípilo mató a Hipsénor, sacerdote del Escamandro, venerado por todo el pueblo como a un dios; lo persiguió cuando intentaba huir y al alcanzarlo lo hirió con la espada en un hombro, cercenándole el brazo. Cayó al suelo el brazo ensangrentado, y hasta los ojos del héroe descendieron la muerte purpúrea y un destino implacable.

Pándaro

Huíamos y al huir encontrábamos la muerte. Lo peor llegó cuando apareció Diomedes, el hijo de Tideo, en el centro mismo de la contienda. Diomedes, valeroso prínci-

pe aqueo: las armas refulgían sobre sus hombros y su cabeza, brillaba como brilla el astro de otoño surgiendo del océano. Había bajado del carro y se movía con furia en la llanura, igual que un torrente desbordado por las lluvias. Ni siquiera podíamos saber si estaba entre los aqueos o entre nosotros, los troyanos: era un río que había roto los márgenes y corría velozmente destruyéndolo todo a su paso. Nada parecía detenerlo: lo veía combatir y era como si un dios hubiera decidido combatir a su lado. Entonces cogí mi arco, una vez más. Tensé el nervio de buey, con todas mis fuerzas, y disparé. Le di de lleno en el hombro derecho, sobre la hoja de la coraza. La flecha entró en la carne y la traspasó de parte a parte. Su coraza se manchó de sangre. Yo grité: «¡Al ataque, troyanos, Diomedes está herido, le he dado!» Pero vi que no se doblegaba, que no caía. Hizo que uno de sus compañeros le arrancara la flecha del hombro: su sangre salpicó la coraza y por doquier. Y luego lo vi regresar a la contienda, para buscarme: como un león que, al ser herido, no muere sino que, por el contrario, triplica su furia. Se lanzó sobre los troyanos como sobre un rebaño de ovejas aterrorizadas. Lo vi matar a Astínoo y a Hipirón: al primero le clavó la lanza en el pecho, al segundo le cortó un brazo con la espada. Ni siquiera se detuvo para recoger sus armas y se puso a perseguir a Abante y Políido. Eran los dos hijos de Euridamante, un viejo que sabía interpretar los sueños: pero no supo leer los de sus hijos, el día en que partieron, y Diomedes a ambos aniquiló. Lo vi correr hacia Janto y Toón, los únicos hijos que tenía el viejo Fénope: Diomedes se los arrebató, dejándolo sólo con sus lágrimas y su luto. Lo vi abatir a Equemón y Cronio, hijos de Príamo. Se lanzó contra su carro como los leones se abalanzan sobre los toros para destrozarles el cuello, y los mató.

Fue en ese momento cuando Eneas vino en mi busca. «Pándaro», me dijo, «¿dónde está tu arco?, ¿y tus flechas aladas?, ¿y tu fama? ¿Has visto a ese hombre que se lanza con furia en la disputa, matando a todos nuestros héroes? Tal vez es un dios irritado con nosotros. Coge una flecha y clávasela como sólo tú eres capaz.» «No sé si es un dios», respondí. «Pero ese yelmo empenachado, el escudo y esos caballos yo los conozco: son del hijo de Tideo, Diomedes. Yo ya le he disparado una flecha, pero se le ha clavado en el hombro y él ha vuelto a luchar. Creía que lo había matado y en cambio... Este maldito arco mío hace correr la sangre de los aqueos, pero no los aniquila. Y yo no tengo caballos, ni carro al que subirme para combatir.» Entonces Eneas me dijo: «Luchemos juntos. Sube a mi carro, coge las riendas y la fusta y llévame cerca de Diomedes. Yo bajaré del carro para batirme con él.» «Coge tú las riendas», le respondí. «En caso de que nos viéramos obligados a huir, los caballos nos alejarán más veloces si es tu voz la que los guía. Lleva tú el carro y déjanos a mí y a mi lanza la tarea de combatir.» De este modo subimos al carro resplandeciente y, llenos de furor, lanzamos los veloces caballos contra Diomedes. Eran los mejores caballos que nunca se habían visto bajo la luz del sol: pertenecían a una estirpe que el mismo Zeus había creado para hacerle una ofrenda a Troo. En el campo de batalla, causaban terror. Pero Diomedes no se asustó. Nos vio llegar y no huyó. Cuando estuvimos frente a él, le grité: «Diomedes, hijo de Tideo, no te ha doblegado mi flecha veloz, mi dardo amargo. Entonces te doblegará mi lanza.» Y se la arrojé. Vi la punta de bronce traspasarle el escudo y darle en la coraza. Entonces volví a gritar: «He vencido, Diomedes, te he dado en el vientre, te he traspasado de lado a lado.» Pero él, sin miedo, me dijo: «Crees que me has dado, pero has

fallado el tiro. Y ahora no saldrás vivo de aquí.» Levantó su lanza y la arrojó. La punta de bronce entró cerca del ojo, pasó a través de los dientes blancos, cortó la lengua limpiamente, por la base, y salió por el cuello. Y yo caí del carro —yo, un héroe— y resonaron sobre mí las armas resplandecientes, brillantes. La última cosa de la que guardo recuerdo son los veloces, terribles caballos corcoveando de lado, nerviosos. Luego la fuerza me abandonó y, con ella, la vida.

Eneas

La punta de bronce entró cerca del ojo, pasó a través de los dientes blancos, cortó la lengua limpiamente, por la base, y salió por el cuello. Cayó Pándaro, el héroe, y resonaron sobre él las armas resplandecientes, brillantes. La fuerza lo abandonó y, con ella, la vida. Sabía que tenía que llevármelo de allí, que no debía permitir que los aqueos se quedaran con su cuerpo y sus armas. De manera que salté del carro y me quedé de pie, junto a él, sujetando la lanza y el escudo, y gritando contra todos los que se acercaban. Me encontré frente a Diomedes. Hizo algo increíble. Levantó en vilo una piedra que ni dos hombres juntos, lo juro, podrían haber levantado. Y, pese a todo, él lo hizo, la levantó sobre su cabeza y la tiró contra mí. Me golpeó en la cadera, donde el muslo se curva. La piedra cortante me sajó la piel y me seccionó los tendones. Caí de rodillas, apoyé una mano en el suelo, sentí una noche tenebrosa descender sobre mis ojos y *de pronto descubrí cuál iba a ser mi destino: no morir nunca*. Oí que Diomedes se abalanzaba sobre mí, para matarme y arrancarme las armas; noté por tres veces que llegaba y, sin embargo, seguía estando

vivo. Combatían, a mi alrededor, mis compañeros mientras le gritaban: «Diomedes, ¿acaso crees que eres un dios inmortal?» Oí la voz de Acamante, que era el caudillo de los tracios, gritando: «Hijos de Príamo, ¿no veis que Eneas os necesita? ¿Hasta cuándo permitiréis que los aqueos maten a vuestros hombres? ¿Es que dejaréis que os acorralen hasta las murallas de la ciudad?» Y mientras alguien me arrastraba hacia atrás, oí la voz de Sarpedón, el jefe de los licios, que gritaba: «Héctor, ¿qué ha sido de tu coraje? Decías que salvarías a tu ciudad sin la ayuda de tus aliados, tú solo, tú y tus hermanos. Pero no veo aquí a ninguno de vosotros combatir, sino que permanecéis agazapados como perros en torno a un león. Y a nosotros, vuestros aliados, nos toca llevar el peso de la batalla. Mírame, vengo de muy lejos, aquí no hay nada mío que los aqueos puedan arrebatarme y llevarse, y sin embargo incito a mis soldados para que defiendan a Eneas y luchen contra Diomedes. Y tú, en cambio, ni te mueves ni ordenas a tus hombres que resistan. Acabaréis, vosotros y vuestra ciudad, siendo presa del enemigo.» Cuando abrí los ojos de nuevo, vi a Héctor, que saltaba del carro, y le vi blandir las armas y llamar a los suyos a la batalla. Las palabras de Sarpedón habían hecho mella en su corazón. Fue él quien enardeció la áspera batalla. Los troyanos finalmente se lanzaron sobre los aqueos. Los aqueos los esperaban, blanqueados por la polvareda que los cascos de los caballos elevaban hacia el cielo. Esperaban sin miedo, quietos como las nubes que Zeus agrupa sobre las cumbres de un monte en una jornada de calma.

Yo soy Eneas, y no puedo morir. Por eso volví a verme en la batalla. Herido, pero no muerto. Salvado por un pliegue del manto reluciente de un dios, escondido a mis ene-

migos, y luego arrojado, de nuevo, en el corazón del combate, frente a Cretón y Orsíloco, valerosos guerreros que en la flor de su edad siguieron a los aqueos sobre las negras naves para honrar a Agamenón y Menelao. Los maté con mi lanza, y cayeron igual que unos altísimos abetos. Los vio caer Menelao, y sintió piedad por ellos. Revestido de bronce brillante avanzó hacia mí, agitando la lanza. Llegó también Antíloco, para ayudarlo. Cuando los vi, juntos, retrocedí. Llegaron hasta los cuerpos de Cretón y Orsíloco, los cogieron, los depositaron en los brazos de sus compañeros y luego se lanzaron de nuevo a la lucha. Los vi atacar a Pilémenes: combatía sobre el carro mientras su auriga, Midón, conducía los caballos. Menelao lo atravesó con su lanza y lo mató. Midón intentó alejar el carro, pero Antíloco lo alcanzó con una piedra en el codo, y las riendas blancas, decoradas con marfil, se le escaparon de las manos y cayeron en el polvo. Dando un salto Antíloco lo hirió con la espada en la sien. Midón cayó del carro, los caballos lo echaron al suelo. Llegó entonces Héctor, llevando tras de sí a todos los troyanos. Los aqueos lo vieron llegar, y empezaron a retroceder, asustados. Héctor mató a Menestes y Anquialo, sin embargo no logró llevarse sus cadáveres. Y Ayante mató a Anfio, pero no pudo arrebatarle las armas. Uno frente a otro se encontraron Sarpedón, caudillo de los licios, y Tlepólemo, hijo de Hércules, noble y grande. Sus lanzas salieron despedidas a la vez. A Tlepólemo le dio de lleno en el cuello, de parte a parte traspasó la punta amarga: sobre los ojos del héroe descendió la noche tenebrosa. Y a Sarpedón se le clavó en un muslo: la punta de bronce, ávida, penetró hasta el hueso. Los compañeros lo recogieron, sin arrancarle siquiera la lanza de la carne; pesaba la larga lanza, pero se lo llevaron de todas formas, de aquella manera. Y Ulises, al ver morir a su compañero Tlepólemo,

se lanzó para acabar con Sarpedón. Mató a Céranos, y a Alástor, y a Cromio, y a Alcandro, y a Halio, y a Noemón, y a Prítanis. Habría seguido matando si no hubiera visto llegar a Héctor, de repente, revestido de bronce deslumbrante, terrorífico. «Héctor», le gritó Sarpedón, desde el suelo, herido, «no me abandones en manos de los aqueos. Sálvame, déjame que muera, si es que tengo que morir, en tu ciudad.» Héctor, sin decir nada, pasó por delante de él, intentando mantener alejados a los enemigos. Al verlo, los aqueos empezaron a retroceder, sin darse a la fuga, pero dejando de luchar. Y Héctor, mientras avanzaba, mató a Teutrate y a Orestes, y a Treco, y a Enómao y a Heleno y a Oresbio. «¡Avergonzaos, aqueos!», se puso a gritar entonces Diomedes. «Cuando el glorioso Aquiles participaba en la guerra, los troyanos entonces ni siquiera se atrevían a salir de la ciudad, aterrorizados por él. ¡Y ahora en cambio permitís que vengan a luchar contra vosotros incluso junto a vuestras naves!» Esto es lo que gritaba. Y la batalla se extendió por todas partes, por toda la llanura: los guerreros se apuntaron los unos a los otros con sus lanzas de bronce, aquí y allá entre las aguas del Janto y del Simoente. Ayante fue el primero que se abalanzó para romper las filas de los troyanos. Aestó una lanzada a Acamante, el más valeroso entre las gentes de Tracia: la punta de la lanza se le clavó en la frente y penetró dentro del hueso; la tiniebla descendió sobre sus ojos.

Diomedes, el del grito poderoso, mató a Axilo, hijo de Teutra, que era rico y apreciado por los hombres. En su casa, al cabo de la calle, a todos acogía; pero nadie, ese día, vino a defenderlo de la muerte amarga. Diomedes le arrancó la vida a él y a su escudero: ambos descendieron bajo tierra.

Euríalo mató a Esepo y Pédaso, hijos gemelos de Bu-

colión. A ambos arrancó la vida y el vigor de su bellissimo cuerpo: de sus hombros les quitó las armas.

Polipetes mató a Hastíalo, Ulises mató a Pidites, Teucro mató a Aretaón, Eurípilo mató a Melantio, Antíloco mató a Ablero, Agamenón, señor de pueblos, mató a Élato.

Vi a los troyanos, a todos, retroceder, corriendo desesperadamente, hacia su ciudad. Me acuerdo de Adresto: sus caballos, enloquecidos por el miedo, tropezaron en un matorral de tamarisco, por lo que él fue desmontado y, enseguida, Menelao se le echó encima. Adresto se agarró a sus rodillas y empezó a suplicarle: «No me mates, Menelao, mi padre pagará el rescate que sea por mi vida: bronce, oro, hierro bien forjado, lo que quieras.» Menelao se dejó convencer y estaba a punto de pasárselo a un escudero suyo para que lo llevara prisionero a la nave, cuando llegó corriendo Agamenón y le gritó: «Menelao, eres débil, ¿por qué te preocupas por esta gente? ¿No recuerdas lo que hicieron los troyanos en tu casa? Ninguno de ellos tiene que escapar de nuestras manos, del abismo de la muerte; ninguno, ni siquiera el que está escondido todavía en el vientre de su madre, nadie debe escapar. Que todos perezcan junto a Troya, sin sepulcro y sin nombre.» Adresto seguía allí, en el suelo, aterrorizado. Menelao lo empujó. Y Agamenón, él mismo, le clavó la lanza en el costado y lo mató. Luego apoyó el pie sobre su pecho y con fuerza le arrancó de la carne la punta de la lanza.

Los aqueos avanzaban resueltamente y nosotros huíamos, derrotados por el miedo. Habíamos llegado ya al pie de las murallas de Troya cuando Héleno, uno de los hijos de Príamo, llegó hasta Héctor y yo, diciéndonos: «Hay que detener a los hombres antes de que huyan a la ciudad y vayan a refugiarse en los brazos de sus esposas, para escarnio de nuestros enemigos. Eneas, quedémonos combatiendo e

incitando a nuestras huestes; y tú, Héctor, sube mientras tanto a la ciudad y dile a todos que rueguen a los dioses para que al menos alejen de nosotros a Diomedes, que combate como un loco y al que ninguno de nosotros ha logrado detener. Ni siquiera de Aquiles tuvimos tanto miedo. Confía en mí, Héctor. Ve hasta nuestra madre y dile que si tiene piedad de Troya, de nuestras esposas y nuestros hijos, coja el manto más bello y más grande que hay en el palacio real y vaya a depositarlo sobre las rodillas de Atenea, la de lucientes ojos, en el templo que se encuentra sobre la ciudadela. Nosotros permaneceremos aquí, animando a los hombres y combatiendo.» Héctor lo escuchó con atención. Saltó del carro y echó a correr hacia las puertas Esceas. Lo vi desaparecer entre los hombres: corría, con el escudo echado a los hombros, y la orla de su escudo, de cuero negro, iba chocando contra su cuello y sus talones. Me di la vuelta. Los aqueos estaban frente a nosotros. Todos nos dimos la vuelta. Como si un dios hubiera descendido para luchar a nuestro lado, nos arrojamos contra ellos.

LA NODRIZA

Pues claro que me acuerdo de aquel día. De aquel día lo recuerdo todo. Y quiero recordar tan sólo eso. Llegó Héctor, entró por las puertas Esceas, se detuvo bajo la gran encima. Todas las esposas y las hijas de los guerreros troyanos corrieron hacia él: querían tener noticias de sus hijos, sus hermanos, sus maridos. Pero él tan sólo dijo: «Rogad a los dioses, porque una gran desgracia se cierne sobre nosotros.» Luego corrió hacia el palacio de Príamo. El inmenso palacio real, de pórticos resplandecientes. Qué riqueza... De un lado, cincuenta habitaciones de piedra clara, construidas una junto a otra: dormían en ellas los hijos varones de Príamo, con sus esposas. Y del otro, doce habitaciones de piedra clara, construidas una junto a otra: dormían en ellas las hijas de Príamo, con sus esposos. Héctor entró y Hécuba, su dulcísima madre, salió a su encuentro. Lo cogió de la mano y le dijo: «Hijo, ¿por qué estás aquí?, ¿por qué has abandonado la batalla? Los odiosos aqueos os están aplastando ahí, junto a las murallas. ¿Has venido para elevar tus brazos hacia Zeus, desde lo alto de la ciudadela? Deja que te traiga vino, para que lo bebas y se lo ofrezcas a los dioses. El vino da fuerzas al hombre cansado y

tú, que combates para defendernos a todos nosotros, estás agotado.»

Pero Héctor dijo que no, le respondió que no quería vino, que no quería perder su fuerza y olvidar la batalla. Le dijo que tampoco podía ofrecérselo a los dioses, porque sus manos estaban manchadas de polvo y de sangre. «Ve tú al templo de Atenea», le dijo. «Reúne a las mujeres más ancianas y sube allí arriba. Coge el manto más hermoso, el más grande que tengas en palacio, el que te sea más preciado, y ve a depositarlo sobre las rodillas de Atenea, la diosa depredadora. Pídele que tenga piedad de las esposas troyanas y de sus jóvenes hijos, y suplícale que aleje de nosotros a Diomedes, el hijo de Tideo, porque combate con excesiva ferocidad y por todas parte va sembrando el terror.» Entonces la madre reunió a sus siervas y las envió a buscar por la ciudad a todas las nobles ancianas. Luego entró en el tálamo perfumado donde conservaba los mantos recamados de las mujeres de Sidón, los mantos que el divino Paris había traído de su viaje, cuando había regresado con Helena, atravesando el ancho mar. Y, entre todos los mantos, Hécuba escogió el más bello y grande, completamente recamado, que brillaba como una estrella. Y quiero decir una cosa: era el último, el que se hallaba debajo de todos los demás. Lo cogió y se encaminó con las otras mujeres al templo de Atenea.

Yo no estaba, ésa es la verdad. Pero estas cosas las sé porque siempre charlábamos entre nosotras, las siervas, y el resto de las sirvientes de la casa... Y me dijeron que Héctor, cuando dejó a su madre, fue a buscar a Paris, para llevárselo de nuevo al combate. Lo encontró en el tálamo, donde sacaba brillo a sus armas hermosísimas: el escudo, la coraza, el arco curvado. En la habitación también se hallaba Helena. Estaba rodeada de siervas. Trabajaban, todas ellas, con admira-

ble arte. Héctor entró —empuñaba todavía la lanza, cuya punta de bronce brillaba— y en cuanto vio a Paris se puso a gritarle: «Miserable, pero ¿qué estás haciendo aquí, recreándote en tu rencor, mientras los guerreros luchan alrededor de las altas murallas de Troya? Precisamente tú, que eres la causa de esta guerra. Muévete, ven a luchar, o muy pronto habrás de ver tu ciudad ardiendo por el fuego enemigo.»

Paris... «No te equivocas, Héctor, al increparme», dijo. «Pero intenta comprenderme. No estaba aquí alentando mi hostilidad por los troyanos, sino viviendo mi dolor. Hasta Helena, con dulzura, me dice que tengo que regresar al campo de batalla, y tal vez es lo mejor que puedo hacer. Espérame, dame sólo el tiempo de ponerme las armas. O ve tú primero y yo ya te alcanzaré.» Héctor ni siquiera le respondió. En el silencio, todas las siervas oyeron, dulcísima, la voz de Helena. «Héctor», decía, «cómo me habría gustado que el día en que mi madre me dio a luz una tempestad de viento me hubiera llevado muy lejos, a la cima de alguna montaña, o entre las olas del mar, en vez de que todo esto ocurriera. Cómo me habría gustado que por lo menos la suerte me hubiera deparado un hombre capaz de sentir el reproche y el desprecio de los demás. Pero Paris no tiene un espíritu fuerte, y nunca lo tendrá. Ven aquí, Héctor, y siéntate junto a mí. Tu corazón está oprimido por las preocupaciones y es culpa mía, mía y de Paris, y de nuestra locura. Reposa junto a mí. ¿Sabes?, la tristeza es nuestro destino: pero es por esto por lo que nuestras vidas serán cantadas para siempre, por todos los hombres que vendrán.»

Héctor no se movió. «No me pidas que me quede aquí, Helena», dijo. «Aunque lo hagas por mí, no me lo pidas. Lo mejor será que me dejes ir a casa, porque quiero ver a mi esposa y a mi hijo: mi familia. Los troyanos que com-

baten allí abajo me están esperando, pero antes quiero pasar por donde están ellos, quiero verlos: porque la verdad es que no sé si regresaré de nuevo aquí, vivo, antes de que los aqueos me maten.» Así habló. Y se alejó. Vino hacia casa, pero no nos encontró. Preguntó a las esclavas dónde estábamos y ellas le dijeron que Andrómaca había subido corriendo a la torre de Ilio; había oído que los troyanos estaban cediendo ante el empuje de los aqueos y había ido corriendo a la torre, y la nodriza había corrido con ella, estrechando entre sus brazos al pequeño Astianacte. Y ahora estaban allí, vagando como locas hacia las murallas. Héctor no dijo ni una palabra. Se dio la vuelta y echó a correr velozmente hacia las puertas Esceas, atravesando de nuevo la ciudad. A punto estaba de salir de nuevo de las murallas y de volver al campo de batalla cuando Andrómaca lo vio y salió a su encuentro para detenerlo, y yo detrás de ella, con el niño en brazos, pequeño, tierno, el amado hijo de Héctor, hermoso como una estrella. Héctor nos vio. Y se detuvo. Y sonrió. *Esto yo lo vi con mis propios ojos. Yo estaba allí.* Héctor sonrió. Y Andrómaca fue a su lado y le cogió la mano. Lloraba y decía: «¡Desdichado!, tu fuerza será tu perdición. ¿No sientes piedad por tu hijo, que todavía es un niño, ni por mí, desventurada? ¿Quieres regresar ahí afuera, donde los aqueos se te echarán encima, todos juntos, y te matarán?» Lloraba. Y luego añadió: «Héctor, si yo te pierdo, morir será mejor que seguir estando viva, porque para mí no habrá ningún consuelo, tan sólo dolor. Yo no tengo padre, tampoco madre, ya no me queda nadie. A mi padre me lo mató Aquiles, cuando destruyó Tebas, la de altas puertas. Tenía siete hermanos, y a todos los mató Aquiles, el mismo día, mientras pastaban los bueyes, lentos, y las candidas ovejas. Y a mi madre Aquiles se la llevó, y luego nosotros pagamos un rescate para que nos la devolviera;

y ella regresó, pero para morir de dolor, de repente, en nuestra casa. Héctor, para mí tú eres padre, y madre, y hermano, y eres mi joven esposo: ten piedad de mí, quédate aquí, en la torre. No luches en campo abierto, haz que el ejército retroceda hasta cerca del cabrahígo, para defender el único punto débil de las murallas, por donde ya han intentado asaltarnos los aqueos tres veces, empujados por su coraje.»

Pero Héctor respondió: «Yo también sé todo esto, mujer. Pero la vergüenza que sentiría al mantenerme lejos del campo de batalla sería demasiado grande. He crecido aprendiendo a ser siempre fuerte, y a librar todas las batallas en primera fila, para gloria de mi padre y de la mía. ¿Cómo podría mi corazón, ahora, dejarme escapar? Sé muy bien que llegará el día en que perecerá la sagrada ciudad de Troya, y con ella Príamo y la gente de Príamo. Y si me imagino ese día no es el dolor de los troyanos lo que me imagino, ni el de mi padre, de mi madre, o de mis hermanos, caídos en el polvo al ser muertos por el enemigo. Cuando yo me imagino ese día, te veo a ti: veo a un guerrero aqueo que te coge y que te arrastra envuelta en lágrimas, te veo como esclava, en Argos, mientras tejes los vestidos de otra mujer y para ella vas a buscar agua a la fuente; te veo llorar, y oigo la voz de los que dicen al mirarte “Mira, ésa es la esposa de Héctor, el más fuerte de todos los guerreros troyanos”. Ojalá muera yo antes de saberte esclava. Que pueda estar bajo tierra antes que oír tus gritos.»

Así habló el glorioso Héctor, y luego vino hacia mí. Yo tenía a su hijo en mis brazos, ¿comprendéis? Y él se acercó e hizo ademán de cogerlo entre sus manos. Pero el niño se estrechó contra mi pecho, rompiendo a llorar. Se había asustado al ver a su padre, lo asustaban aquellas armas de bronce, y el penacho sobre el yelmo. Lo veía ondeando,

temiblemente, y por eso rompió a llorar. Y me acuerdo de que Héctor y Andrómaca se miraron y sonrieron. Luego él se quitó el yelmo y lo dejó en el suelo. Entonces el niño se dejó coger, y él lo estrechó entre sus brazos. Y lo besó. Y elevándolo hacia lo alto dijo: «Zeus, y vosotros, divinidades celestes, haced que este hijo mío sea como yo, el más fuerte entre los troyanos y señor de Ilio. Haced que la gente, cuando lo vea regresar del campo de batalla, diga: “Es más fuerte incluso que su padre.” Haced que algún día regrese portando los restos ensangrentados del enemigo, y haced que su madre esté allí, ese día, disfrutando en su corazón.» Y mientras decía estas palabras dejó al niño en brazos de Andrómaca. Y me acuerdo de que ella sonreía y lloraba, estrechando al niño en su regazo. Lloraba y sonreía: y al mirarla Héctor se apiadó de ella, y la acarició, y le dijo: «No sientas demasiada aflicción en tu pecho. Nadie logrará matarme si así no lo quiere el destino; y si el destino lo quiere, entonces piensa que ningún hombre, desde el mismo momento en que nace, puede escapar a su destino. Por muy cobarde o valiente que sea. Nadie. Ahora vuelve a casa y retoma tus labores, en la rueca y el telar, con las siervas. Deja que de la guerra nos ocupemos los hombres, todos los hombres de Ilio, y yo más que cualquier otro hombre de Ilio.» Luego se agachó y recogió el yelmo del suelo, el yelmo de penacho ondulante. Nosotras regresamos a casa. Mientras caminábamos, Andrómaca lloraba y se iba volviendo hacia atrás. Cuando las siervas la vieron llegar, en todas ellas suscitó una gran tristeza. Todas se echaron a llorar. Lloraban por Héctor; lloraban en su casa y lloraban por él cuando todavía estaba vivo. Porque ninguna de ellas pensaba en su corazón que regresaría vivo del campo de batalla.

NÉSTOR

Vimos a Héctor salir por las puertas Esceas, corriendo. Pensábamos que había vuelto para luchar, pero la verdad es que hizo algo extraño. Corría por delante de la primera fila de los suyos, manteniendo la lanza bajada, para ordenarles que se detuvieran. Entonces también Agamenón nos dio órdenes a nosotros, los aqueos, para que bajáramos las armas. Los dos ejércitos se encontraron frente a frente, de repente, en silencio, casi inmóviles: parecía el mar cuando sopla el primer viento, y apenas se riza. En medio de ese mar se situó Héctor, y en voz alta habló:

«Escuchadme, troyanos, y vosotros, aqueos: voy a deciros lo que anida en mi corazón. Los dioses nos engañan con sus promesas, pero luego lo único que hacen es condenarnos a sufrimientos y desgracias. Y todo seguirá igual hasta que Troya venza o sea conquistada. Y por ello yo os digo: si hay algún príncipe aqueo que tenga el valor de luchar en un duelo contra mí, lo desafío. Hoy quiero ir al encuentro de mi destino.» Los ejércitos permanecieron en silencio. Nosotros, los príncipes aqueos, nos miramos a los ojos: se veía que teníamos miedo de aceptar el desafío, pero nos avergonzaba rechazarlo. Al final, se escuchó la voz de Menelao, furibunda:

«Pero, bueno, ¿qué sois, aqueos, unas mujercitas?, ¿no pensáis en la vergüenza si nadie de nosotros acepta el desafío? Desgraciados, hombres sin audacia y sin gloria, yo lucharé, por vosotros, y ya decidirán los dioses a quién corresponde la victoria.» Y cogió las armas y avanzó. Sabíamos que no tenía esperanzas, que Héctor era demasiado fuerte para él. Así que lo detuvimos. Agamenón, su hermano, lo cogió por la mano y le habló en voz baja, con dulzura. «Menelao, no cometas esta locura. No te enfrentes en un duelo con un hombre que es más fuerte que tú. Hasta Aquiles teme enfrentarse a Héctor, ¿y quieres hacerlo tú? Detente, deja que enviemos a otro.» Menelao sabía en lo más profundo de su corazón que Agamenón no mentía. Lo escuchó con atención y obedeció: dejó que los escuderos le sacaran las armas de los hombros. Entonces yo miré a todos los demás y les dije: «¡Ay de mí, qué dolor aflige al pueblo aqueo! Cuántas lágrimas derramarían nuestros padres si supieran que frente a Héctor temblamos todos. Ay, ojalá fuera joven todavía, y fuerte, yo no tendría miedo, os lo juro, y contra mí tendría que batirse Héctor. Vosotros tenéis miedo, yo no lo tendría.» Entonces nueve se adelantaron: en primer lugar, Agamenón, y luego Diomedes, los dos Ayantes, Idomeneo, Meriones, Eurípilo, Toante y, finalmente, Ulises. Ahora todos querían combatir. «La suerte lo decidirá», dije. Y dentro del yelmo de Agamenón hice que pusieran nueve fichas, cada una con el símbolo de uno de ellos. Removí el yelmo y extraje una. Miré el símbolo. Luego fui hacia Ayante de Telamón, el único de nosotros que tenía alguna esperanza enfrentándose contra Héctor, y se la di. Él la miró. Comprendió. Y tirándola al suelo, dijo: «Amigos, mía es la suerte, mía es la fortuna, y mi corazón sonrío, porque aplastaré al glorioso Héctor. Dadme mis armas y rezad por mí.»

Se vistió con el bronce cegador. Y cuando estuvo preparado fue al encuentro de Héctor, a grandes pasos, terrible, agitando la lanza en alto, sobre su cabeza, con una feroz expresión en su rostro. Al verlo, los troyanos temblaron, todos, y sé que hasta Héctor sintió cómo su corazón enloquecía, en su pecho. Pero a esas alturas ya no podía escaparse, había lanzado un desafío, y ya no podía echarse atrás. «Héctor», se puso a gritar Ayante, «ya va siendo hora de que descubras qué héroes existen entre los aqueos, aparte de Aquiles el exterminador. Ahora, está en su tienda el corazón de león, pero como ves, nosotros también somos capaces de luchar contra ti.»

«Cállate ya de una vez», le respondió Héctor, «y combate.» Blandió la lanza y la arrojó. La punta de bronce dio de lleno en el enorme escudo de Ayante, partió la lámina de bronce y luego, una tras otra, las siete capas de cuero, y en la última acabó deteniéndose, justo en la última, antes de salir y herir. Entonces fue Ayante el que arrojó su lanza, que partió el escudo de Héctor, pero Héctor se desvió hacia un lado y esto fue lo que lo salvó: la punta de bronce lo rozó tan sólo, llegó a desgarrarle la túnica, pero no lo hirió. En ese momento ambos arrancaron las lanzas de los escudos y se lanzaron el uno contra el otro, como leones feroces. Ayante se protegía bajo su enorme escudo, Héctor golpeaba pero no conseguía alcanzarlo. Cuando se cansó, Ayante se puso al descubierto y le dio con la punta de la lanza, de refilón, en el cuello: vimos salir la negra sangre de la herida. Otro en su lugar se hubiera detenido. Pero Héctor no: se agachó para recoger una piedra del suelo, enorme, áspera, negra, y luego la lanzó contra Ayante. Se oyó cómo resonaba el escudo —el eco del bronce—, pero Ayante encajó el golpe, y levantó una piedra a su vez, todavía más grande, la hizo voltear en el aire y luego la lanzó con una

terrible violencia: el escudo de Héctor salió volando, Héctor cayó hacia atrás, pero volvió a levantarse, inmediatamente, y entonces empuñaron las espadas y se lanzaron el uno contra el otro, gritando...

Y el sol se puso.

Fue por ello por lo que dos heraldos, uno aqueo y el otro troyano, se interpusieron para separarlos porque, incluso en el campo de batalla, conviene obedecer a la noche. Ayante no quería detenerse. «Es Héctor quien debe decidir, fue él quien lanzó el desafío.» Y Héctor decidió. «Suspendamos por hoy la lucha», dijo. «Eres fuerte, Ayante, y tu lanza es la más fuerte entre todas las de los aqueos. Harás felices a tus amigos y compañeros si regresas, vivo, esta noche a tu tienda. Y yo haré felices a los hombres y las mujeres troyanos, quienes me verán regresar, vivo, a la gran ciudad de Príamo. Ahora intercambiamos valiosos presentes, para que todos puedan decir: Se han batido en un duelo cruel, pero se han separado en armonía y en paz.» Así habló. Y le ofreció como regalo a Ayante una espada tachonada de plata, con vaina y cinturón perfectos. Y Ayante, a él le regaló un cinturón resplandeciente de púrpura.

Esa noche, en el banquete con el que festejamos a Ayante, dejé que todos bebieran y comieran y, luego, cuando los vi cansados, les pedí a los príncipes que me escucharan. Era el más anciano y ellos respetaban mi sabiduría. Así que les dije que teníamos que pedirles a los troyanos un día de tregua, para que nosotros y ellos pudiéramos retirar a nuestros muertos del campo de batalla. Y les dije que teníamos que aprovechar ese día para construir alrededor de nuestras naves un muro, alto, y un gran foso, para protegernos de un ataque de los troyanos.

«¿Un muro? ¿Para qué necesitamos muros, si ya tenemos

nuestros escudos?», dijo Diomedes. *«Yo los muros los derribo, no los construyo», dijo. A nadie le gustaba esa idea. Hubo hasta quien dijo: «Pensad en cómo se jactará Aquiles cuando sepa que sin él tenemos tanto miedo que nos encerramos detrás de un muro.» Se reían, pero la verdad es que eran jóvenes, y los jóvenes tiene una idea vieja de la guerra: honor, belleza, heroísmo. Como el duelo entre Héctor y Ayante: los dos príncipes que antes intentaban matarse ferozmente y luego se intercambiaban presentes. Yo ya era demasiado viejo para creer todavía en aquellas cosas. Esa guerra la ganamos con un caballo de madera, descomunal, relleno de soldados. La ganamos gracias al engaño, no con la lucha a pecho descubierto, leal, caballeresca. Y esto a ellos, a los jóvenes, nunca les gustó. Pero yo era viejo. Ulises era viejo. Nosotros sabíamos que vieja era la larga guerra que estábamos librando, y que un día la ganaría aquel que fuera capaz de librarla de una manera nueva.*

Esa noche nos fuimos a dormir sin tomar ninguna decisión y al despertarnos recibimos una embajada de los troyanos. Vino Ideo y nos dijo que ya que los troyanos habían reiniciado las hostilidades tras el duelo entre Paris y Menelao, rompiendo los sagrados pactos, ahora estaban dispuestos a hacernos justicia restituyendo todas las riquezas que Paris se había llevado de Argos junto con Helena. A la mujer no, pero las riquezas sí. Y dijo que añadirían espléndidos regalos, para compensarnos por la traición. Tenían miedo de que los dioses no les perdonaran su falta de lealtad, ¿comprendéis? Diomedes se levantó y dijo: «Ni aunque nos devolvieran a Helena en carne y hueso deberíamos cejar, amigos. Hasta un idiota comprendería que a estas alturas el fin de Troya está cerca.» Y todos aplaudimos, en ese momento sentíamos que tenía razón. De manera que Agamenón respondió a Ideo que rechazábamos la

oferta. Y luego acordó una tregua de un día, para que nosotros y los troyanos pudiéramos recuperar a nuestros muertos, y entregarlos a las llamas, según el rito. Y así fue.

Qué extraño día de guerra. En la gran llanura, bajo el sol que iluminaba los campos, deambulaban los aqueos y los troyanos, entremezclándose, mientras buscaban a sus muertos. Se agachaban sobre los cuerpos deformes, lavaban la sangre con agua para poder reconocer los rostros de los mismos, y luego llorando los cargaban en los carros. En silencio, con el corazón dolorido, los amontonaban en las piras, y permanecían allí mirando las altas llamaradas que quemaban a quienes, hasta el día antes, habían luchado a su lado.

Cuando el sol empezó a descender, reuní alrededor de la pira funeraria a un grupo de aqueos: y les hice construir un muro, el muro tan odiado, con torres altas y seguras, y anchas puertas para dejar entrar y salir a nuestros guerreros. Lo hice construir alrededor de las naves. E hice excavar una profunda fosa, frente al muro, para mantener alejados a los carros troyanos. Y sólo cuando todo estuvo terminado nos retiramos a las tiendas para recibir el regalo del sueño. Durante la noche, Zeus lanzó terribles truenos desde el cielo, y era un sonido de desgracia que nos dejó pálidos de terror.

Al amanecer del día siguiente, tomamos alimentos, de prisa, y luego nos colocamos las armas. Los troyanos salieron de la ciudad y vinieron a nuestro encuentro con un inmenso estruendo. En mitad de la llanura ambos ejércitos se embistieron, con furor de escudos, de lanzas, de corazas de bronce, entre gemidos y gritos, en el dolor de los que morían y el triunfo de los que mataban, mientras la tierra se manchaba de sangre. Desde el amanecer hasta entrado el día volaron los golpes de una parte a la otra, pero cuan-

do el sol estuvo en lo alto en mitad del cielo, entonces la suerte de la batalla sonrió a los troyanos. Vi cómo a mi alrededor todos empezaban a retroceder, y luego a huir. Pensé en girar yo también mi carro, como todos, pero una flecha lanzada por Paris se le clavó a uno de mis caballos en mitad de la frente. Se encabritó por el dolor, y luego cayó al suelo arrastrando a los otros dos. Con la espada le corté las bridas y a punto estaba de llamar a los otros caballos, cuando vi que se me echaba encima Héctor, sobre su carro lanzado en medio de la contienda. Era hombre muerto. Vi a Ulises, no lejos de mí, estaba huyendo, él también, y entonces me puse a gritar: «Ulises, ¿adónde huyes?, ¿quieres que te maten con una lanza clavada en la espalda? ¡Cobarde, ven aquí a ayudarme!» Pero el paciente, el glorioso Ulises no quiso escucharme, y siguió corriendo, hacia las naves. Fue Diomedes quien vino a salvarme. Llegó veloz en su carro y me hizo subir junto a él. Cogí las riendas y lancé los caballos hacia Héctor. Y cuando estuvimos lo bastante cerca, Diomedes le arrojó la lanza, con todas sus fuerzas. Cuando vi que la lanza no daba en el blanco, supe que teníamos la suerte en contra y que era mejor huir de allí. «¿Huir yo?», me dijo Diomedes. «¿Y saber que luego irá Héctor por ahí, jactándose y diciendo que Diomedes huyó al verse frente a él?» *Ya lo he dicho, los jóvenes aman el honor, y es así como pierden las guerras.* «Diomedes, aunque lo diga no se lo creerán, porque la gente cree a los que ganan, no a los que pierden», y puse en fuga a los caballos, a través del tumulto, con la voz de Héctor difuminándose detrás de nosotros, profiriendo insultos.

Nos retiramos hasta la fosa y allí nos detuvimos. Héctor nos acosaba, con todo su ejército; el terreno estaba lleno de guerreros, y de carros, y de caballos. Agamenón gritaba, incitando a los aqueos, y todos los héroes luchaban,

codo con codo. Me acuerdo de Teucro, el arquero, que se escondía tras el escudo de Ayante, y cuando éste bajaba el escudo, él apuntaba y disparaba contra la muchedumbre troyana. No fallaba ni un disparo. Caían los troyanos, uno tras otro, tras pasados por sus flechas. Todos nos pusimos a gritarle que tirara a Héctor, que le apuntara a él: «No consigo darle a ese perro feroz», decía, dos veces lo había intentado, y por dos veces había fallado. No tuvo tiempo de intentarlo una tercera. Héctor llegó hasta él y con una piedra lo golpeó en el hombro, el arco se le saltó de las manos, cayó al suelo; Ayante lo defendió con el escudo, dos hombres consiguieron cogerlo y llevárselo lejos de la furia de Héctor. Luchábamos, pero ya no conseguíamos frenarlos. Nos fueron empujando hasta el interior de la fosa y luego contra el muro. Héctor no paraba de gritar: «¡Piensan que van a detenernos con un muro, pero nuestros carros volarán sobre ese muro y no se detendrán hasta que lleguen a sus naves y al fuego que las devorará!» Nada podía salvarnos. Nos salvó el sol. Descendió sobre el océano trayendo la noche sobre la tierra fecunda. Lo vieron ponerse, con rabia, los ojos de los troyanos. Con alegría, los nuestros. También la guerra obedece a la noche.

Nosotros nos retiramos, tras el muro, en las tiendas, frente a las naves. Pero Héctor, por primera vez en nueve largos años de guerra, no llevó a sus tropas dentro de las murallas de la ciudad. Ordenó a los suyos que acamparan allí, al pie del muro. Hizo que trajeran desde la ciudad bueyes y gruesas ovejas y dulce vino y pan y leña para las altas hogueras. El viento nos traía el olor de los sacrificios. *Y nosotros, que desde lejos habíamos venido para sitiar una ciudad, acabamos siendo ciudad sitiada.* Durante toda la noche ardieron por millares, bajo nuestros ojos, las hogueras de los troyanos, llenos de orgullo. Brillaba como brillan las es-

trellas y la luna, en las noches de cielo abierto, cuando iluminan las cimas de los montes y los valles, calentando de alegría el corazón del pastor. En el resplandor de las llamas veíamos las sombras de los troyanos poblando la noche, a la espera de la Aurora de bellissimo trono.

AQUILES

Se presentaron cinco. Ulises al frente de ellos. Luego Ayante, gran guerrero, y Fénix, amado por Zeus. Y dos heraldos: Odio y Euríbates. Yo estaba en mi tienda, y estaba tocando música. Tenía aquella cítara, tan preciada, que escogí en medio del botín, hermosísima, con el clavijero de plata, y estaba tocando música porque eso consolaba mi corazón: tocar y cantar aventuras de héroes. Junto a mí, Patroclo escuchaba, en silencio. Luego llegaron ellos. Los habían elegido bien: entre todos los aqueos, eran los que me resultaban más queridos. «Amigos», los saludé; e hice que se sentaran a mi alrededor, en asientos cubiertos con tapices de color púrpura. Le dije a Patroclo que fuera a buscar más vino, y él se fue y trajo vino, y carne, y pan. Fue así como celebramos el banquete, en mi tienda, juntos. Y sólo al final Ulises, que estaba sentado justo delante de mí, levantó una copa llena de vino y dijo: «Salud, Aquiles, divino príncipe. Suntuoso ha sido el banquete, pero por desgracia no hemos venido hasta aquí por tu comida y tu vino. Un inmenso desastre se cierne sobre nosotros, y nosotros tenemos miedo. Si tú no vuelves a empuñar las armas, será difícil que logremos salvar las naves. Los sober-

bios troyanos y sus aliados han acampado justo al pie del muro que habíamos construido para defendernos. Encienden millares de hogueras y dicen que no se detendrán hasta que se abatan sobre nuestras naves. Héctor, enfurecido, terrible, no teme ni a los hombres ni a los dioses: está poseído por una cólera brutal. Dice que espera la llegada de la Aurora para echarse sobre nuestras naves para quemarlas con el fuego, y para masacrar, en el humo, a los aqueos. Lo hará, Aquiles. Yo sé, en lo más profundo de mi corazón, que lo hará, y todos nosotros moriremos aquí, en Troya, lejos de nuestras casas. Pero si tú quieres, todavía hay tiempo para salvar a los aqueos, antes de que el mal ya no tenga remedio, ni para todos ni para ti. Amigo mío, ¿te acuerdas del día en que tu padre, Peleo, te vio partir al lado de Agamenón? “Los dioses te darán la fuerza”, te decía, “pero tú refrena en tu pecho ese corazón orgulloso. La templanza, ésa es la verdadera fuerza. Manténte alejado de las peleas y de las disputas; de este modo, los aqueos, los jóvenes y los ancianos, te honrarán.” Así hablaba, pero tú lo has olvidado.

»Escúchame ahora. Déjame que te diga, uno a uno, los presentes que Agamenón ha prometido entregarte si depones tu ira; preciosos presentes en cuanto depongas tu ira; riquísimos presentes, en cuanto olvides tu ira. Siete trípodas no tocados por el fuego, diez talentos de oro, veinte calderos relucientes, diez vigorosos caballos, rapidísimos y vencedores de mil carreras. Agamenón te dará siete mujeres de Lesbos, expertas en perfectas labores, las mismas siete mujeres que eligió para sí mismo el día en que tú destruiste, para él, Lesbos, la ciudad bien edificada. Eran las más bellas: te las dará a ti. Y con ellas te dará también a Briseida, la que un día te arrebató: y jurará solemnemente no haber compartido su lecho con ella, y no haberla amado

como se aman un hombre y una mujer. Todo esto obtendrás, y de inmediato, y aquí. Y si el destino nos concede luego destruir la gran ciudad de Príamo, podrás anticiparte, cuando se reparta el botín, y cargar en tu nave todo el oro y el bronce que quieras, y veinte mujeres troyanas, las más bellas que encuentres, exceptuando a Helena de Argos. Y si finalmente regresamos a Argos, en la fértil tierra de Acaya, Agamenón quiere que te conviertas en esposo de una de sus tres hijas que, en su espléndido palacio real, ahora lo están esperando: elige la que tú quieras y llévatela a la morada de Peleo, sin ofrecer a cambio ninguna dote. Todo lo contrario, será Agamenón quien la dote con bienes tan valiosos y abundantes como ningún padre haya hecho a una hija suya. Le dará siete de sus ciudades más ricas: Cardámila, Énope, Hira, la divina Feras, Antea, la de verdes prados, la hermosa Epea y Pédaso, rica en viñedos; ciudades todas ellas cercanas al mar, todas ellas habitadas por hombres ricos en bueyes y corderos, que te honrarán como si fueras un dios; y a ti, su rey, te pagarán enormes tributos. Todo esto te dará, si tú depones tu ira. Y si no puedes hacerlo, porque demasiado odioso te resulta Agamenón e insoportables sus presentes, compadécete al menos de nosotros, que hoy estamos sufriendo, y que mañana podríamos honrarte como a un dios. Es el momento apropiado de desafiar a Héctor y matarlo. Está poseído por una furia tremenda y convencido de ser el más fuerte: hoy no huiría si se encontrara ante ti. ¿No sería una gloria inmensa, Aquiles?»

Hijo de Laertes, divino Ulises de mente astuta, es mejor que hable claro y diga lo que pienso, y lo que sucederá: así nos evitaremos seguir charlando inútilmente. No hay

en la tierra ni un solo aqueo que pueda convencerme de que abandone mi ira. No podrá hacerlo Agamenón, ni podréis hacerlo vosotros. ¿Qué provecho obtiene quien combate, siempre, sin tregua, ante cualquier enemigo? El destino es igual tanto para el animoso como para el bellaco, igual es el honor para el valiente que para el cobarde, y mueren igual el holgazán y el esforzado. Nada me queda después de haber sufrido tanto, después de haber arriesgado mi vida en todo momento en el corazón de la batalla. Como un pájaro que lleva a sus polluelos la comida que con tanto esfuerzo ha conseguido, del mismo modo pasé yo muchas noches insomnes, y muchos días dediqué a luchar contra el enemigo en el campo ensangrentado. Doce ciudades alcancé con mis naves y las destruí. Y otras once alcancé atravesando la fértil tierra troyana, y las destruí. Traje tesoros inmensos y todo se lo entregué a Agamenón, hijo de Atreo; y él, que permanecía en lugar seguro, cerca de las naves, en su tienda, todo lo iba aceptando: muchas cosas se las quedaba para él, algunas las repartía para los demás. A los reyes y a los héroes siempre les ha concedido un premio de honor, y todos lo conservan todavía ahora, pero yo no: a mí me lo ha quitado Agamenón. Me ha quitado la mujer a la que amaba y que ahora duerme con él. Que se la quede y que se divierta. Y además, ¿por qué tendríamos que combatir por él? ¿Por qué ha reunido un ejército y lo ha traído hasta aquí? ¿Acaso no es por Helena, la de hermosos cabellos? ¿Es que acaso sólo los hijos de Atreo aman a sus mujeres? No, todo hombre noble y sabio ama a la suya y cuida de ella del mismo modo que yo amaba a la mía, con todo mi corazón, y no me importaba si era una esclava de guerra. Él me la ha arrebatado, me ha robado mi premio de honor; ahora ya sé qué clase de hombre es, y no me engañará de nuevo. No intentes convencerme, Ulises,

piensa en todo caso en cómo salvar las naves del fuego. Habéis hecho ya tantas cosas, sin mí. Habéis construido el muro, y a lo largo del muro habéis excavado una fosa, ancha, profunda, llena de trampas. Pero a Héctor no lo tendréis de ese modo. Cuando yo luchaba a vuestro lado, no se arriesgaba a alejarse de sus murallas, permanecía luchando en las puertas Esceas, y sólo cuando el coraje lo inspiraba se atrevía a llegar hasta la encina... Fue allí donde me desafió, aquel día, ¿te acuerdas, Ulises? Él y yo, el uno contra el otro. Salí vivo de milagro. Pero ahora..., ahora ya no tengo ganas de enfrentarme a él. Mañana, si quieres y si te importa, mira hacia el mar: verás mis naves, al alba, surcar el Helesponto, los hombres inclinados sobre los remos. Y si el dios glorioso que estremece la tierra me concede un buen viaje, dentro de tres días llegaré a la fértil tierra de Ftía. Todo lo que poseo lo dejé allí para venir a luchar aquí, al pie de las murallas de Troya. Regresaré allí y llevaré conmigo oro, y bronce purpúreo, y hierro deslumbrante, y hermosas mujeres, y todo cuanto gané aquí: todo excepto Briseida, porque aquel que me la dio, me la ha arrebatado.

Ve a donde esté Agamenón y refiérele lo que te he dicho, y hazlo en voz alta, delante de todos, de manera que los demás aqueos sepan qué clase de hombre es, para que tengan cuidado, no vayan a ser engañados ellos también. Yo os digo que, por muy desvergonzado que sea, no volverá a tener el valor de mirarme a los ojos. Y yo no iré en su ayuda, ni combatiendo, ni dándole consejo; ya he tenido bastante, que se vaya al diablo, nada puedo hacer si se ha vuelto loco. Él ya nada me importa, y odio sus presentes: aunque me diera diez, veinte veces cuanto posee, aunque me ofreciera tantos bienes como granos tiene la arena, ni siquiera así lograría doblegar mi corazón. Antes tendrá que pagar, hasta el fondo, la horrible ofensa con que me ha he-

rído. Y no me casaré con una hija suya, no me casaría con ella ni aunque fuera bella como Afrodita o de ingenio abundante como Atenea; que se la dé como esposa a cualquier otro, tal vez a alguien más poderoso que yo, alguien que esté a su altura... Si los dioses me salvan, si regreso a casa, será mi padre quien elija una esposa para mí. Es a casa adonde quiero ir, es ahí adonde quiero volver: a disfrutar en paz de lo que es mío, con una mujer a mi lado, una esposa. Por muy inmensas que sean las riquezas que Troya esconde detrás de sus murallas, no valen lo que vale la vida. Se pueden robar bueyes, y gruesas ovejas; podemos colmarnos de caballos y trípodes preciosos, comprándolos con oro: pero la vida no puedes robarla, no puedes comprarla. Se te escapa por la garganta y ya no retorna. Mi madre, un día, me dijo cuál será mi destino: si permanezco aquí, luchando al pie de las murallas de Troya, no regresaré, pero eterna será mi gloria; en cambio, si vuelvo a casa, a mi tierra, no habrá gloria para mí, pero tendré una larga vida antes de que la muerte, caminando lentamente, me alcance. Os lo digo a vosotros también: volved a casa. No veremos nunca el final de Troya.

Regresad a vuestras tiendas y llevad a los príncipes aqueos mi mensaje. Decidles que, para salvar las naves y el ejército, piensen en otra cosa: yo no puedo ayudarlos. Decidles que permanezco anclado en la ira.

Así hablé. Y todos permanecieron en silencio, turbados, y sorprendidos por mi rechazo.

Ya lo he dicho, entre ellos estaba también Fénix, el anciano Fénix. Había sido mi padre quien le había ordenado que viniera conmigo, al pie de las murallas de Troya. Yo era un muchacho, no sabía nada de guerras ni de asambleas...

Mi padre cogió a Fénix y le dijo que permaneciera cerca de mí, y que me enseñara todo lo necesario. Y él obedeció. Era como un segundo padre para mí. Y ahora me lo encontraba en el otro bando, con Ulises y Ayante, y aquello resultaba absurdo. Así que, antes de que se marchara con los otros a donde estaba Agamenón, le dije: «Quédate conmigo, Fénix, duerme en mi tienda, esta noche.» Le dije que, al día siguiente, podría partir conmigo. Le dije que no lo obligaba, pero que, si quería, podría partir conmigo y regresar así a nuestra tierra.

«Glorioso Aquiles», me respondió, «si de verdad piensas en el retorno, ¿cómo podría yo, hijo mío, permanecer aquí solo, sin ti? Durante años te he querido con todo mi corazón. He hecho de ti lo que eres. ¿Te acuerdas?, no querías ir con nadie más a las fiestas y ni siquiera comías, en casa, si no te ponía yo sobre mis rodillas y te daba de comer, cortándote la carne y sirviéndote el vino. Eras un niño. Caprichoso. ¿Cuántas veces me has ensuciado la túnica, escupiéndome el vino encima? Pero todas las penas y fatigas las viví con felicidad si era por ti, porque tú eras el hijo que nunca podré tener. Y hoy, si hay alguien que puede salvarme de la desgracia, ése eres tú. Doblega tu corazón altivo, Aquiles. No seas tan despiadado. Hasta los dioses se doblegan de vez en cuando, y sin embargo son mil veces más fuertes y grandes que tú. Y se dejan aplacar por las plegarias de los hombres, que para remediar sus propios errores les ofrecen súplicas, libaciones y presentes. Las plegarias son hijas de Zeus, son cojas, bizcas y arrugadas, pero se empeñan en seguir las huellas de nuestros errores para intentar ponerles remedio. Son hijas de Zeus, respétalas: si las rechazas, volverán donde está su padre y le pedirán que te persiga. Agamenón te ruega que abandones tu ira: hazle honor a esta plegaria. No dejes que te posea tu demonio.

Ven a defender las naves: ¿de qué servirá salvarlas luego, cuando estén en llamas?»

Fénix.

Mi buen, mi viejo Fénix.

No debes amar a Agamenón si no quieres hacer que yo, que te amo, te odie. No lloriquees para defenderlo. Ama a aquellos que yo amo y sé un rey junto a mí, y comparte conmigo mi honor. Deja que los otros regresen con los aqueos para llevar mi mensaje. Tú quédate aquí a dormir, y mañana ya decidiremos si regresar a casa con nuestras naves.

Fue entonces cuando Ayante se volvió hacia Ulises, diciéndole: «Vámonos de aquí, no sacaremos nada de esta manera. El corazón de Aquiles es orgulloso y salvaje, y es incapaz de escuchar la amistad que le hemos ofrecido. Los aqueos esperan una respuesta nuestra: volvamos a llevársela, aunque sea una respuesta descabellada y cruel.»

Muy bien, eso es una buena idea, Ayante. Volved junto a Agamenón y decidle de mi parte que regresaré a la batalla cuando Héctor alcance mis naves, no las vuestras. Aquí, delante de mi tienda, lo detendré, pero no antes.

Se marcharon. Y yo podía imaginármelos, a los príncipes aqueos, reunidos aquella noche en torno a una hoguera, escuchando mi respuesta, pálidos. Podía verlos regresar, uno a uno, a su propia tienda, en silencio, esperando a la Aurora de luz rosada, y mendigando el regalo del sueño.

DIOMEDES, ULISES

Diomedes

Todos estábamos durmiendo, junto a nuestras naves, vencidos por el cansancio. Pero Agamenón no: él velaba. Seguía pensando, y cuanto más pensaba más le temblaba el corazón en el pecho. Miraba hacia la llanura de Troya, y lo que veía eran las hogueras de los troyanos que ardían a centenares: estaban tan cerca que podías oír las voces de los soldados, y el sonido de las flautas y las zampoñas.

Ulises

De manera que Agamenón se levantó, con la angustia en su corazón. Se vistió, se echó sobre los hombros una oscura piel de león, ancha, hasta los pies de larga; cogió una lanza y se fue a buscar a Néstor. Tal vez él tendría una idea de cómo salir de aquella trampa. Era el más anciano, el más sabio. Tal vez juntos encontrarían un plan para salvar a los aqueos. Fue a buscarlo. En la oscuridad —era de noche— encontró a su hermano, Menelao. Él tampoco lograba dor-

mir. Iba dando tumbos por ahí, despavorido, pensando en el sufrimiento al que había condenado, él solo, a todos los aqueos. Iba por ahí armado, empuñando la lanza, el yelmo en la cabeza. Y una piel de pantera moteada sobre los hombros. Los dos hermanos se miraron.

Diomedes

«Pero ¿qué haces despierto, hermano, y armado, por si fuera poco?», preguntó Menelao. «¿Buscas a alguien para mandarlo al campamento de los troyanos, para espiar sus movimientos? No te será fácil encontrarlo...»

«Lo que busco es un plan para salvar a los aqueos», respondió Agamenón. «Lo que hoy ha hecho Héctor nunca se lo había visto hacer a un hombre. El daño que nos ha infligido no lo olvidaremos fácilmente. Temo que nuestros hombres no permanecerán largo tiempo siéndonos fieles si tienen que seguir sufriendo de esta manera. Escucha: corre a lo largo de las naves y ve a llamar a Ayante y a Idomeneo. Y allá por donde pases di a los hombres que permanezcan despiertos, y trátalos bien, no les hables con soberbia. Yo voy a ver a Néstor, le pediré que venga al puesto de guardia y que hable con los soldados; de él se fiarán.»

Ulises

Menelao se alejó corriendo y Agamenón se fue a la tienda de Néstor. Lo encontró echado sobre un mullido lecho. A su lado tenía las armas, el escudo, las dos lanzas, el yelmo resplandeciente. Y también aquel cinturón varipinto, que siempre se ponía cuando entraba en combate, guiando a sus hombres. Porque era anciano, pero no se ha-

bía dejado doblegar por la vejez. Y todavía combatía. «¿Quién anda ahí, en la oscuridad?», dijo Néstor levantando la cabeza. «No te acerques y dime quién eres.»

«Soy Agamenón, Néstor. Estoy aquí, caminando en la noche, porque sobre mis ojos no descende el suave sueño, me atormentan el pensamiento de la guerra y los sufrimientos de los aqueos. Siento miedo por nosotros, Néstor. El corazón se me sale del pecho y las piernas me tiemblan. ¿Por qué no vienes conmigo al puesto de guardia? Vayamos a verificar que vigilan como es debido: el enemigo está muy cerca y podría atacarnos de nuevo, esta noche.»

«Agamenón..., glorioso hijo de Atreo, señor de pueblos..., ¿por qué tienes miedo?», le respondió el anciano. «Héctor no puede vencer siempre y, es más, yo te digo que recibirá un sufrimiento bastante mayor del que hoy nos ha infligido: tan sólo tenemos que esperar a que Aquiles regrese al campo de batalla... Ven, vayamos al puesto de guardia. Despertemos también a los demás: Diomedes, Ulises, Ayante...» Se envolvió en un manto purpúreo, ancho y pesado, de una lana tupida, y cogió la lanza. Se marcharon de allí juntos, a buscar a los demás. Llegaron en primer lugar a donde yo estaba.

«¡Alto!, ¿quién anda ahí, en la oscuridad? ¿Qué buscáis?»

«No tengas miedo, Ulises. Soy Néstor, y conmigo está Agamenón. Levántate y ven con nosotros. Tenemos que reunirnos en consejo y decidir si huimos o si seguimos combatiendo.»

Diomedes

A mí me encontraron echado sobre una piel de buey, con las armas todavía puestas, rodeado de mis hombres.

«¡Diomedes, despiértate! Pero ¿cómo puedes dormir estando los troyanos acampados a un paso de nuestras naves?»

«Pero bueno, Néstor, la verdad es que eres terrible, ¿es que tú no descansas nunca? ¿No había nadie más joven al que enviar para que despertara a los aqueos uno a uno? ¿Es que no te cansas nunca?»

Al final llegamos todos al puesto de guardia. Allí nadie dormía, estaban todos velando armas. Atentos siempre a la llanura, esperaban oír la llegada de los troyanos. Néstor los miró lleno de orgullo: «Seguid vigilando así, hijos míos: que nadie se deje vencer por el sueño, y así nuestros enemigos no podrán reírse de nosotros.» Luego superó la fosa y fue a sentarse en el suelo, en un espacio vacío donde no había cuerpos de guerreros caídos. Era más o menos el lugar en el que Héctor se había detenido al ver descender la noche. Todos nosotros lo seguimos hasta allí y allí nos sentamos.

Ulises

«Amigos», dijo Néstor, «¿alguno de vosotros se siente tan osado y tan seguro de sí mismo como para internarse en el campamento troyano y capturar a alguien o escuchar atentamente lo que dicen, para enterarnos de si tienen la intención de seguir luchando aquí, junto a nuestras naves, o si piensan volver a defenderse desde dentro de las murallas de su ciudad? Si hay alguien capaz de hacer algo así y de regresar sano y salvo, grande será su gloria entre los hombres: todos los príncipes le harán ricos presentes y de su empresa se hablará en todos los banquetes, en todas las fiestas, para siempre.»

Diomedes

«Yo tengo el valor y la osadía», dije. «Yo puedo conseguirlo. Dadme un compañero y lo lograré. Si somos dos los que vamos, todavía tendré más valor. Y dos cabezas son mejor que una.» Entonces todos se ofrecieron, todos los príncipes dijeron que estaban dispuestos a seguirme. Agamenón me miró y dijo que tenía que ser yo quien eligiera. También me dijo que no tenía que tener miedo a ofender a nadie, que escogiera con total libertad, no importaba si elegía a alguien con un linaje menos noble, nadie se sentiría ofendido. Pensaba en Menelao, ¿comprendéis? Tenía miedo de que escogiera a su hermanito... Pero yo dije: quiero que sea Ulises. Porque tiene valor y es astuto. Si él viene conmigo, podremos escapar hasta del fuego y de las llamas, porque él sabe cómo utilizar el cerebro.

Ulises

Se puso a elogiarme, delante de todos los demás, pero yo hice que parara. Le dije que lo mejor sería que nos diéramos prisa y que nos fuéramos: mucho camino habían hecho ya las estrellas, y la Aurora estaba cerca. Lo que restaba de la noche era todo lo que nos quedaba.

Nos vestimos poniéndonos temibles armas. A Diomedes le ofreció Trasimedes una espada de doble filo y un escudo. Meriones me dio una aljaba, un arco y una espada. Ambos nos colocamos un yelmo de cuero: nada de bronce, ningún destello que nos traicionara en la oscuridad. Cuando nos fuimos de allí, oímos el grito de una garza, en la noche. Pensé que era tal vez una señal divina y que también esta vez Atenea, la espléndida diosa, estaba conmigo.

«Haz que regrese a las naves sano y salvo, diosa amiga, y ayúdame a llevar a cabo una empresa que los troyanos no puedan olvidar nunca.» Corríamos silenciosos en la negra noche igual que una pareja de leones, caminábamos entre montañas de cadáveres, y amasijos de armas, y charcos de sangre, negra sangre.

Diomedes

Y entonces, de repente, me dice Ulises: «Eh, Diomedes, Diomedes, ¿no oyes ese ruido? Allí hay alguien, hay alguien que viene del campamento troyano y que va corriendo hacia nuestras naves... No hagas ruido, dejemos que avance y cuando esté más cerca de nosotros echémosnos encima de él, ¿de acuerdo?»

«De acuerdo», digo yo.

«Y por si intenta escapar, cortémosle el camino de regreso, que no pueda volver atrás, empujémosle lejos de su casa. Vamos.»

Ulises

Dejamos el camino y nos internamos entre los campos donde estaba lleno de cadáveres. Y enseguida vimos a ese hombre que iba corriendo, justo por delante de nosotros. Fuimos tras él. Nos oyó y se detuvo, tal vez pensaba que nosotros también éramos troyanos, alguien al que habían enviado para ayudarlo. Pero cuando nos encontramos a un tiro de lanza, comprendió quiénes éramos, y echó a correr. Y nosotros detrás.

Diomedes

Como dos perros de caza: tras la presa, sin descanso, en lo más espeso del bosque, persiguiendo una cierva o una liebre que huye... El problema es que aquél estaba a punto de llegar al muro, iba a toparse de frente con nuestros centinelas. ¡Y eso sí que no! Después de toda aquella carrera, iban a birlarme mi presa, de ninguna manera. Así que me pongo a gritar, pero sin dejar de correr: «Párate o te liquido con mi lanza, te lo juro. ¡Párate o eres hombre muerto!», y le arrojo la lanza, apuntando un poco alto, no quería matarlo, quería detenerlo; la lanza le pasa por encima del hombro derecho y él... se detiene. Ese truco siempre funciona.

Ulises

Temblaba: le castañeteaban los dientes de miedo. «No me matéis, mi padre pagará el rescate, sea el que sea. Tiene mucho oro, y bronce y hierro bien forjado.» Suplicaba y lloraba. Se llamaba Dolón, hijo de Eumedes.

Diomedes

Si por mí fuera, yo lo habría matado. Pero ya lo he dicho, Ulises era el que hacía trabajar el cerebro. De manera que me quedo allí y Ulises empieza a interrogarlo. «Deja de pensar en la muerte y dime ya de una vez qué estabas haciendo por ahí, lejos de tu campamento. ¿Ibas a quitarles las armas a los cadáveres o eres un espía enviado por Héctor a nuestras naves para descubrir nuestros secretos?» Él

no cesaba de llorar. «Es culpa de Héctor, es él quien me ha engañado. Me prometió como botín el carro y los caballos de Aquiles, te lo juro, y a cambio me pidió que corriera hasta vuestras naves y os espiara. Quería saber si había centinelas defendiendo vuestro campamento o si todos estabais ya con el pensamiento puesto en la huida, o dormidos por el cansancio y el dolor de la batalla perdida.» Ulises se echó a reír. «¿Los caballos de Aquiles? ¿Es eso lo que quieres, nada menos que los caballos de Aquiles? Que tengas suerte: no debe de ser fácil refrenarlos y conducirlos para un simple hombre como tú. A duras penas lo consigues Aquiles, que es un semidiós...»

Ulises

Le hicimos hablar. Queríamos saber dónde estaba Héctor, dónde tenía las armas y los caballos, y qué había planeado, si atacar de nuevo o retirarse a la ciudad. Dolón tenía miedo. Nos lo contó todo, sin escondernos nada. Dijo que Héctor estaba reunido en consejo con todos los sabios, junto a la tumba de Ilo. Y nos describió el campamento y cómo estaban desplegados los troyanos y sus aliados. Los fue nombrando uno a uno y nos dijo dónde estaban. Y quiénes velaban y quiénes dormían. Al final exclamó: «Basta ya de preguntas. Si lo que queréis es infiltraros allí dentro y atacar a alguien, entonces id hacia los tracios, han llegado hace poco y están aislados, en el flanco descubierto. Y Reso, el rey, está allí en medio de todos. Combate con armas de oro, espléndidas, maravillosas para la vista: las armas de un dios, no las de un hombre. Yo he visto sus caballos, grandes, hermosísimos, más blancos que la nieve y veloces como el viento; su carro está adornado

con oro y plata. Atacadle a él. Y ahora llevadme a vuestras naves y atadme allí, hasta vuestro regreso, hasta que sepáis si os he engañado o no.»

Diomedes

Se creía que así iba a librarse, ¿entendéis? «¿Pensabas que ibas a librarte así, Dolón? Olvídate de ello. Nos has dicho un montón de cosas útiles, gracias. Pero por desgracia lo que ocurre es que estás en mis manos. Si te dejo escapar, ¿sabes qué sucederá? Que mañana volveré a encontrarte por aquí, espiándonos o, peor aún, te encuentro de nuevo frente a mí en la batalla, completamente armado y con la intención de matarme. Si, por el contrario, te aplasto ahora mismo, mañana no sucederá nada de esto.» Y con la espada voy y le corto la cabeza limpiamente. Todavía hablaba por esa boca, y tendía una mano hacia mí, suplicándome. Y yo, con la espada le corto la cabeza, y la miro rodar por el polvo. Todavía veo, como si fuera ahora mismo, a Ulises recogiendo aquel cuerpo, levantándolo en vilo y ofreciéndoselo a Atenea: «Es por ti, diosa del pillaje», y luego lo cuelga de un tamarisco, y ata a su alrededor cañas y ramas floridas, para que, al volver después de nuestra empresa, ¡pudiéramos volver a encontrarlo y llevar hasta el campamento nuestro trofeo!

Ulises

Echamos a correr, entre los cadáveres y las armas abandonadas, y con la sangre, por todas partes, negra, hasta que llegamos al campamento de los tracios. Dolón no nos ha-

bía mentido. Estaban todos durmiendo, extenuados por el cansancio. Habían dejado las armas en el suelo, junto a ellos, bien ordenadas, en tres filas. Cada guerrero tenía a su lado un par de caballos. Justo en medio de ellos dormía el rey Reso. Sus magníficos caballos estaban atados por las riendas en el extremo del carro.

Diomedes

Entonces Ulises me dice: «Diomedes, míralo, es él, es Reso, y éstos son los caballos de los que nos hablaba Dolón. Ya es hora de que utilices las armas que has traído hasta aquí. Ocupate tú de los hombres, que yo me ocuparé de los caballos.» Eso es lo que me dice. Y yo levanto la espada y empiezo a matar. Dormían todos, ¿sabéis? Parecía un león que se topa con un rebaño sin pastor, y que se lanza en medio, furibundo... Los voy matando uno tras otro, y sangre por todas partes; uno tras otro, y así mato hasta doce. Y cada vez que muere uno, veo a Ulises que lo coge por los pies y que lo quita de en medio; fíjate tú qué cerebro tiene este hombre: sacaba de en medio los cadáveres, los escondía porque estaba ya pensando en los caballos de Reso, acababan de llegar a la batalla, no estaban acostumbrados a los cadáveres y la sangre, de manera que, fíjate tú qué cerebro, él iba limpiando el camino para poder llevárnoslos sin que se pusieran nerviosos al encontrarse con un muerto entre los cascos; o el rojo de la sangre, en los ojos. Este Ulises... Bueno, pues al final me planto delante de Reso. Estaba durmiendo, y soñaba. Tenía una pesadilla, hablaba y se movía; yo creo que estaba soñando conmigo, estoy seguro de ello: estaba soñando con Diomedes, hijo de Tideo, nieto de Eneo, y su sueño lo mató, con la espada lo maté,

mientras Ulises suelta los caballos de robustas pezuñas y los azuza fustigándolos con el arco, porque no llevaba fusta, nada; para hacer avanzar los caballos tenía que utilizar el arco, fíjate tú, y con eso los va haciendo avanzar. Luego va y me silba desde lejos, porque quiere que nos marchemos de allí, cuanto antes mejor; me silba pero yo no sé qué hacer, y es que allí en medio está el carro, el fantástico carro de Reso, de oro y de plata, podría cogerlo por el timón, o levantarlo a pulso, podría hacerlo, pero Ulises me llama; si me quedo tendré que seguir matando y no está nada claro que vaya a salir vivo de allí; me gustaría matar, seguir matando; veo a Ulises saltando a la grupa del caballo, sujeta las riendas con la mano, me mira, al diablo con el carro, al diablo los tracios, fuera de ahí, antes de que sea demasiado tarde; a la carrera alcanzo a Ulises, salto a la grupa del caballo y nos marchamos de ahí, él y yo, veloces hacia las veloces naves de los dánaos.

Ulises

Cuando llegamos al lugar en el que habíamos matado a aquel espía, aquel hombre llamado Dolón, detuve los caballos. Diomedes desmontó, cogió el cuerpo ensangrentado y me lo pasó. Luego volvió a subirse al caballo y galopamos hasta la fosa, y el muro, y nuestras naves. Cuando llegamos, todos se arremolinaron a nuestro alrededor, gritaban, nos estrechaban las manos, querían saber. Se notaba que Néstor, el anciano, había tenido miedo de no volver a vernos nunca más. «Ulises, cuéntenos, ¿dónde habéis cogido estos caballos?, ¿habéis ido a robárselos a los troyanos o bien os los ha regalado un dios? Parecen rayos del sol, de verdad. Yo, que siempre estoy en medio de todos los tro-

yanos —porque yo no me quedo en las naves esperando, aunque sea un viejo—, pues bien, yo nunca había visto antes caballos como éstos en el campo de batalla.» Y yo se lo expliqué, porque ése es mi destino, y no me callé nada: el espía, Reso, los trece hombres muertos por Diomedes, los magníficos caballos. Al final, volvimos todos al otro lado de la fosa y yo acompañé a Diomedes a su tienda. Atamos los caballos en el pesebre, junto a sus caballos, y les dimos un riquísimo trigo. Luego él y yo nos metimos en el mar, para lavarnos en el agua la sangre y el sudor de las piernas, de los muslos, de la espalda. Y en cuanto las olas del mar nos hubieron lavado, entramos en las bien pulidas bañeras para descansarnos y confortar el corazón. Una vez limpios y ungidos con aceite de oliva, nos sentamos para el banquete, finalmente, y bebimos un vino dulcísimo.

Diomedes

Aquel espía, aquel cuerpo suyo ensangrentado, Ulises lo depositó en la popa de la nave. «Es para ti, Atenea, diosa del pillaje.»

PATROCLO

Mi nombre es Patroclo, hijo de Menecio. Hace años, y por haber matado a un muchacho como yo, tuve que abandonar mi tierra y, con mi padre, llegué a Ftía, donde reinaba el fuerte y sabio Peleo. El rey tenía un hijo: se llamaba Aquiles. Corrían extrañas leyendas sobre él. Que tenía por madre a una diosa. Que había sido criado sin conocer la leche materna, alimentado sólo con asaduras de león y médula de osos. Que llegaría a ser el guerrero sin el cual Troya nunca sería conquistada. Hoy sus huesos están mezclados con los míos, sepultados en la Isla blanca. Su muerte le pertenece. La mía empezó cuando se levantó la Aurora tras la noche en que Ulises y Diomedes habían robado los espléndidos caballos de Reso. En aquellas primeras luces del día, Agamenón desplegó a su ejército para la batalla. Ordenó que los aurigas mantuvieran los carros de este lado de la fosa, bien desplegados, y que los guerreros, a pie, la atravesaran y se colocaran en posición de combate, en el otro lado. Todos obedecieron, excepto nosotros, los mirmídones, porque Aquiles no quería que lucháramos. Yo permanecí delante de nuestra tienda. En la llanura que se extendía ante nosotros, veía a los troyanos, apifiándose en torno a sus comandantes. Me

acuerdo de Héctor: aparecía y desaparecía, en medio de sus soldados, igual que una estrella, brillante, entre las nubes de un oscuro cielo nocturno. *Todo lo que vi aquel día, desde lejos, y que oí contar, quiero que ahora lo escuchéis vosotros, si es que queréis entender de qué clase de muerte tuve el gusto de morir.*

Se acometieron los dos ejércitos, el uno contra el otro. Avanzaban los hombres, sin miedo y sin pensamientos de huida, con la calma inexorable de millares de segadores que ordenadamente siguen el surco de la tierra, y que siegan lo que encuentran a su paso. Durante toda la aurora fueron cayendo los hombres y brillaron las armas, sin que ninguno de los dos ejércitos prevaleciera sobre el otro. Pero cuando la luz del sol se despegó del horizonte, entonces los aqueos, de repente, rompieron las filas de los troyanos. Los empujaba Agamenón, con una fuerza nunca vista, como si aquella fuera su jornada de gloria. Avanzaba y aniquilaba todo cuanto se ponía delante de él: primero fue Biénor, luego Oileo, y los dos hijos de Príamo, Iso y Antifo. Cuando se situaron delante de él Pisandro y el intrépido Hipóloco, de pie sobre su carro, uno junto a otro, él los arrastró hasta el suelo y se lanzó encima, como un león que en la guarida de un ciervo mata a dentelladas a las crías. Ellos le suplicaron que los dejara vivos: decían que su padre, Antíloco, pagaría inmensas riquezas por su rescate. Pero Agamenón dijo: «Si de verdad sois hijos de Antíloco, entonces habéis de pagar la culpa de vuestro padre, quien, en la asamblea de los troyanos, cuando mi hermano vino a reclamar a su esposa, votó por asesinarlo y enviarlo de nuevo, muerto, a casa.» Y le clavó a Pisandro, en el pecho, la lanza. Y a Hipóloco le cortó ambos brazos con la espada, y luego la cabeza, y como a un tronco lo hizo rodar en la polvareda de la batalla.

Allí donde la lucha era más densa, allí se lanzaba, y tras él corrían los aqueos segando las cabezas de los troyanos. Los infantes mataban a los infantes, los caballeros mataban a los caballeros, y corrían los caballos de soberbias cabezas arrastrando carros vacíos y llorando por los aurigas que ahora yacían en el suelo, más amados por los buitres que por sus propias esposas. Hasta la tumba de Ilo, en mitad de la llanura, Agamenón fue empujando a los troyanos, y luego todavía más allá, haciéndolos huir hasta debajo de las murallas, delante de las puertas Esceas: hasta allí los persiguió, corriendo y gritando, con las manos teñidas de sangre. Los troyanos huían y parecían vacas enloquecidas que hubieran percibido el olor del león. Héctor tuvo que saltar del carro y ponerse a gritar, exhortando a los suyos a la batalla. Durante un tiempo éstos interrumpieron su huida y se dispusieron, nuevamente, en orden para luchar. Los aqueos cerraron filas. Los dos ejércitos estaban de nuevo el uno frente al otro, mirándose a los ojos.

El primero en lanzarse al ataque fue, otra vez, Agamenón. Salió a su encuentro Ifidamante, hijo de Anténor, grande y valeroso, crecido en la fértil tierra de Tracia. Agamenón le arrojó la lanza, pero erró el tiro, y la punta de bronce acabó dando en la nada. Entonces Ifidamante, a su vez, empuñó la lanza y lanzándose sobre Agamenón lo golpeó: la punta penetró bajo la coraza y se clavó en el cinturón. Ifidamante empujó con todas sus fuerzas, para que penetrara más allá del cuero, en la carne. Pero el cinturón de Agamenón tenía herretes de plata y la plata no cedía: Ifidamante lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no conseguía taladrarlo. Entonces Agamenón aferró con sus manos aquella lanza y, rabioso como un león, se la arrebató a Ifidamante y, en cuanto lo tuvo desarmado de este modo, cogió la espada y lo hirió justo aquí, en el cuello,

y le quitó la vida. Así fue como cayó aquel infeliz y se durmió con un sueño de bronce. No lejos de él estaba su hermano, su hermano mayor. Se llamaba Coón. Vio a Ifidamante caer y un tremendo dolor le nubló los ojos. Entonces se acercó a Agamenón, pero sin dejarse ver, y por sorpresa lo hirió con la lanza, justo por debajo del codo: la punta reluciente de la pica atravesó la carne de parte a parte. Agamenón se estremeció, pero no huyó: vio que Coón se marchaba arrastrando el cuerpo de su hermano, sujetándolo por los tobillos, y se lanzó sobre él, y con una lanzada por debajo del escudo, lo traspasó. Se desplomó Coón, encima mismo del cuerpo de su hermano. Y allí encima Agamenón le levantó la cabeza y con un golpe de espada se la cercenó. Así fue como los dos hijos de Anténor, uno junto a otro, cumplieron su destino, descendiendo a la morada de Hades.

Agamenón siguió luchando, en medio de la multitud, pero su herida sangraba y el dolor se iba haciendo cada vez más insoportable. Al final llamó a su auriga para que fuera en su auxilio y, subiéndose al carro, le ordenó que fustigara a los caballos hasta las cóncavas naves. Con la angustia en su corazón, les gritó nuevamente a los aqueos, con todas las fuerzas que todavía le quedaban: «Luchad por mí y defended nuestras naves.» Luego el auriga fustigó a los caballos de hermosas crines y, de un brinco, éstos emprendieron el vuelo, con el pecho cubierto de espuma y manchado de polvo; emprendieron el vuelo y llevaron al dolorido rey lejos de la batalla.

«¡Troyanos, se ha marchado el que hoy era el más fuerte!», se puso a gritar Héctor. «Ahora nos toca a nosotros ganar nuestra gloria. Fustigad a los caballos y lanzaos sobre los aqueos. Nos aguarda la más grande de las victorias.» Y los arrastró a todos tras de sí, irrumpiendo en la lucha

como un viento de tempestad cuando se abate sobre el mar violáceo. Era un espectáculo digno de verse: las cabezas de los guerreros aqueos, una tras otra, rodaban bajo su espada. El primero en morir fue Aseo, y luego Autónoo y Opites, y luego Dólope, hijo de Clito; y Ofeltio y Agelao, Esimno, Oro y el valeroso Hipónoo. Y muchos otros sin nombre, en medio de la muchedumbre. Rodaban las cabezas como ruedan las enormes olas con el vendaval, cuando alta rebulle la espuma del mar, bajo el viento impetuoso.

Aquello era el fin. Parecía el fin para nosotros. En medio de la huida de los aqueos, se detuvo Ulises y, al ver no lejos de él a Diomedes, empezó a gritarle: «¡Maldita sea, Diomedes! ¿Qué está pasando? ¿Nos hemos olvidado de nuestra fuerza y nuestro coraje? Ven aquí y lucha a mi lado, ¿no será que quieres huir?» «Yo no huyo», le respondió Diomedes, mientras con una lanzada suya derribaba del carro a Timbreo, matándolo. «Yo no huyo, pero sin la ayuda del cielo no vamos a salir vivos de aquí.» Se pusieron a combatir juntos y parecían dos jabalíes soberbios, lanzados con rabia sobre una jauría de perros de caza. Los aqueos, al verlos, recuperaron el coraje y durante un tiempo la suerte de la batalla pareció haber cambiado. Pero también Héctor los vio. Y gritando se lanzó entre las filas, hacia ellos. «La desgracia se nos viene encima», dijo Diomedes a Ulises. «Detengámonos y esperémosla aquí. Si es a nosotros a quienes busca, nos defenderemos.» Esperó a que Héctor estuviera bastante cerca, apuntó a su cabeza y le arrojó su lanza de alargada sombra. La punta de bronce golpeó la parte de encima del yelmo, rebotó hasta dar en el suelo. Héctor dio un paso atrás y cayó de rodillas, aturdido por el impacto. Y mientras Diomedes corría para recuperar su lanza, consiguió levantarse, subirse a su carro y huir entre los suyos.

«¡Maldito seas, perro! Has conseguido escapar otra vez a la muerte», le gritó Diomedes. «Pero yo te digo que la próxima vez te mataré, si es que los dioses me ayudan como hoy te han ayudado a ti.» Y empezó a matar a todo aquel que se le ponía a tiro. No se habría detenido si no hubiera sido porque Paris, desde lejos, lo vio. Estaba resguardado tras una columna, en el sepulcro de Ilo: tensó su arco y disparó. La flecha acertó a Diomedes en el pie derecho, le atravesó la carne y se clavó en el suelo.

«¡Te he dado, Diomedes!» Había salido Paris de su escondite y ahora estaba gritando, y riéndose. «Lástima que no te haya dado en todo el vientre, los troyanos habrían dejado de temblar delante de ti.» Se reía.

«Arquero bellaco», le respondió Diomedes, «estúpido mujeriego. Ven aquí a luchar conmigo, en vez de usar desde lejos tus flechas. Me haces un rasguño en el pie y te jactas de ello. Pero mírame, tu herida no me importa lo más mínimo, es como si me hubiera herido una mujer, o un mocosito. ¿No te han enseñado que las flechas de los cobardes están siempre sin punta? No lo está mi lanza, que cuando acierta, mata; las mujeres se convierten en viudas; los hijos, en huérfanos; y los padres, en cuerpos que se pudren para los buitres.» Eso fue lo que gritó. Entretanto, Ulises se interpuso entre él y los troyanos, para protegerlo. Diomedes se sentó en el suelo y se arrancó de la carne la flecha ensangrentada. Fue tremendo el dolor que sintió en su cuerpo. De manera que tuvo que subir a su carro, con el corazón lleno de angustia, y retirarse de la batalla.

Tras ver cómo se alejaba, Ulises se dio cuenta de que se había quedado solo, abandonado por el amigo y por todos los guerreros aqueos, que habían huido a causa del miedo. A su alrededor sólo quedaban troyanos: eran como los perros que rodean al jabalí que acaba de salir del bos-

que. Y Ulises tuvo miedo. Podía escapar. Pero no lo hizo. De un brinco, saltó sobre Deyopites y lo hirió. Luego mató a Toón, y a Énnomo, y a Quersidamante. De una lanzada hirió también a Cárope, y estaba acabando con él cuando llegó corriendo su hermano, Soco, para defenderlo. Soco le arrojó su lanza y la punta de bronce atravesó el escudo de Ulises y fue a hundirse en la armadura, desgarrando la piel del costado. Ulises retrocedió. Se dio cuenta de que había sido herido. Levantó su lanza. Soco se había dado ya la vuelta para huir. Ulises lanzó su arma y la punta de bronce se le clavó a Soco entre los hombros, atravesándole el pecho. «No serán ni tu padre ni tu madre los que te cierran los ojos», dijo Ulises. «Serán las aves las que te los desgarran, bajo un espeso aleteo.» Luego agarró con las dos manos la lanza de Soco y se la arrancó de la carne. Sintió un tremendo dolor y vio cómo la sangre manaba de la herida. Lo vieron también los troyanos e, incitándose los unos a los otros, cerraron filas en torno a él. Entonces Ulises gritó. Por tres veces, con todas las fuerzas que le quedaban en su cuerpo gritó: ayuda. Ayuda. Ayuda.

Desde lejos lo oyó Menelao. «Es la voz de Ulises.» Al punto cogió a Ayante, que estaba cerca, y le dijo: «Ésa es la voz de Ulises, que pide ayuda. Venga, vamos: entremos en la multitud y vayamos a salvarlo.» Lo encontraron luchando como un león zaherido por mil chacales, manteniendo alejada a la muerte con su lanza. Ayante corrió a su lado y levantó su escudo en alto, para protegerlo. Y mientras tanto Menelao se le acercó y, cogiéndolo de la mano, se lo llevó de allí, hacia los carros y los caballos que los pondrían a salvo. Permaneció luchando Ayante, creando un gran desconcierto entre los troyanos. Mató a Doriclo y luego hirió a Pándoco, y también a Lisandro y Píraso y Pilartes: parecía un río desbordado, descendiendo de las montañas para

inundar la llanura arrastrando consigo encinas y pinos, y barro, hasta el mar. Desde lejos, se veía su inmenso escudo agitándose en medio de la batalla. Y desde lejos lo vio Héctor, que estaba luchando en el flanco izquierdo de los aqueos, a orillas del Escamandro. Lo vio y entonces hizo que el auriga fustigara a los caballos, y se encaminó directo hacia él. El carro corría como una flecha en medio de la batalla, pisoteando cadáveres y escudos; la sangre salpicaba, bajo las ruedas y los cascos, a ambos lados del carro y por doquier, a su alrededor. Ayante lo vio llegar y tuvo miedo. Atónito, se echó el enorme escudo de siete pieles a la espalda, y empezó a retroceder. Miraba a su alrededor igual que un animal acorralado. Retrocedía, pero lo hacía con lentitud, dándose la vuelta continuamente, ora deteniéndose para responder a los golpes de los troyanos, ora huyendo de nuevo, pero para detenerse otra vez, revolverse y luchar, mientras las lanzas del enemigo arreciaban sobre él, hambrientas de carne, yendo a clavarse en el escudo o la tierra de su alrededor: él solo contra todos, como un león obligado a huir de su presa, como un asno tozudo bajo los golpes de los niños.

Y Aquiles me llamó.

Estaba de pie, en la popa de la nave, y desde allí miraba aquella batalla atroz, aquella dolorosa derrota. Había visto volar como un rayo el carro de Néstor, y encima del carro a alguien, herido, que le había parecido que era Macaón. Macaón valía más que cien hombres juntos, sólo él sabía cómo sacar las flechas de la carne y curar las heridas con fármacos que mitigaban el mal. De manera que Aquiles me dijo: «Ve corriendo a la tienda de Néstor, ve a ver si era Macaón de verdad, y si todavía está vivo, y si morirá.»

Y yo fui. Corría bordeando las naves, veloz, a la orilla

del mar. ¿Quién podría imaginarse que había empezado a morir?

Llegué a la tienda de Néstor. Él se levantó de su espléndido asiento y me invitó a entrar. Pero yo no quise, Aquiles me esperaba con una respuesta, quería noticias sobre Macaón. «¿Desde cuándo Aquiles siente piedad por los aqueos que yacen heridos?», dijo Néstor. «Tal vez no sabe que las tiendas rebosan de ellos, en esta jornada de derrota. Diomedes, Ulises, Agamenón, todos están heridos. Eurípilo, herido por una flecha en un muslo. Y a Macaón, él también atravesado por una flecha, acabo de sacarlo del campo de batalla. Pero a Aquiles no le importa nada todo esto, ¿verdad? Tal vez espera, para sentir piedad, a que ardan las naves, a la orilla del mar, y a que todos nosotros caigamos muertos, uno a uno..., entonces llorará mucho... Amigo, ¿recuerdas lo que te dijo tu padre, cuando partisteis Aquiles y tú para esta guerra? Te dijo: “Hijo mío, Aquiles te supera en linaje, pero es tan sólo un muchacho y tú eres mayor que él. Hazle de guía, te escuchará. Aunque sea mucho más fuerte que tú, dale sabios consejos, él te escuchará.” ¿Te acuerdas de ello? Se diría que no. En fin, recuérdaselo a Aquiles, si es verdad que te escucha de esa forma. Y si sigue obstinado en su ira, entonces escúchame, muchacho: dile que te dé sus bellísimas armas, colócatelas y descende al campo de batalla al frente de sus guerreros mirmídonos. Los troyanos te tomarán por él y, aterrorizados, abandonarán la lucha. Durante un tiempo nosotros tendremos un respiro: a veces, en la batalla basta con muy poco para retomar la fuerza y el coraje. Sus armas, Patroclo, haz que te dé sus armas.»

Yo me fui corriendo. Tenía que regresar junto a Aquiles. Así que salí corriendo. Recuerdo que antes de llegar a su lado, mientras pasaba por delante de la tienda de Ulises,

oí una voz que me llamaba. Me di la vuelta y vi a Eurípilo, que se arrastraba lejos de la batalla, con una flecha clavada en el muslo, con la negra sangre mojándole la pierna, y con la cabeza y los hombros chorreantes de sudor. Oí su voz que decía: «Ya no hay salvación para nosotros.» Y luego, en voz baja: «Sálvame, Patroclo.»

Y yo lo salvé. *Yo los salvé a todos, con mi coraje y mi locura.*

SARPEDÓN, AYANTE DE TELAMÓN, HÉCTOR

Sarpedón

Ahí estaba aquella fosa, que rodeaba todo el muro que los aqueos habían construido para defender sus naves. Héctor nos gritaba que la franqueáramos, pero los caballos no hacían caso alguno, clavaban los cascos en el suelo y relinchaban, estaban aterrorizados. Los bordes eran empinados y los aqueos habían clavado agudas estacas en las orillas. Pensar en atravesar aquello, con nuestros carros, era una locura. Polidamante se lo dijo a Héctor, le dijo que bajar hasta allí era demasiado arriesgado, ¿y si los aqueos contraatacaban?, nos encontraríamos justo en medio de la fosa, en una trampa, y aquello sería una carnicería. Lo único factible era bajar de los carros, dejarlos antes de la fosa y atacar a pie. Héctor le dio la razón. Descendió él mismo del carro y les dijo a los demás que obraran de igual modo. Nos desplegamos en cinco grupos. Héctor mandaba el primero. Paris, el segundo. Héleno, el tercero. Eneas, el cuarto. El quinto era el mío. Estábamos preparados para atacar, pero la verdad es que algo nos retenía todavía allí, al borde de la fosa, vacilantes. Y fue precisamente en ese momento

cuando apareció en el cielo un águila. Volaba alta por encima de nosotros, y sujetaba entre sus garras una enorme serpiente, sangrante pero viva todavía. Y en un momento dado la serpiente se revolvió y mordió al águila en el pecho, justo cerca del cuello; y ella, traspasada por el dolor, soltó la presa, casi la arrojó, exactamente en medio de todos nosotros, y se fue de allí volando entre gritos agudos y horribles. Vimos caer aquella serpiente, manchada, y luego la vimos por el suelo, entre nosotros; y todos nos estremecimos. Polidamante corrió hacia Héctor y le dijo: «¿Has visto el águila? Justo cuando estábamos a punto de bajar a la fosa ha volado sobre nosotros. ¿La has visto? Ha tenido que soltar su presa, no ha conseguido llevarla hasta su nido, a sus crías. ¿Sabes qué es lo que nos diría un adivino, Héctor? Que nosotros también pensamos que estamos a punto de atrapar a nuestra presa, pero que se nos escapará. A lo mejor conseguiremos llegar hasta las naves, pero no lograremos conquistarlas y, en ese momento, una vez superada la fosa, una retirada se puede convertir en una masacre.» Héctor lo miró furibundo. «Polidamante, o tú estás bromeando o es que tal vez has enloquecido. Creo en la voz de Zeus, no en el vuelo de las aves. Y esa voz me ha prometido la victoria. Aves... El único presagio en el que creo es en luchar por nuestra patria. Tú tienes miedo, Polidamante. Pero no tienes por qué preocuparte: aunque todos muriéramos al pie de aquel muro, tú no corres peligro alguno, porque no vas a llegar hasta allí, siendo tan cobarde como eres.» Y luego echó a andar, hacia la fosa, llevándonos a todos tras él.

Ayante

Se levantó una tempestad de viento que daba miedo. Había polvo por todas partes, que ascendía hasta los puentes de las naves. Los troyanos atravesaron la fosa y arremetieron contra nuestro muro. Arrancaban las almenas de las torres, abatían los parapetos, intentaban hacer saltar las pilastras que sostenían todo aquello. Nosotros estábamos arriba de todo, protegiéndonos detrás de los escudos de cuero, y atacando siempre que podíamos. Volaban las piedras, por todas partes, como copos de nieve en una tempestad de invierno. Podíamos haberlo logrado: el muro resistía bien, pero entonces llegó Sarpedón. Con el enorme escudo de bronce y oro, sosteniéndolo delante, y empuñando dos lanzas: se nos echó encima igual que un león hambriento.

Sarpedón

Yo estaba ahí, en medio del tumulto, y Glauco estaba a mi lado. «Maldita sea, Glauco, ¿somos o no somos los mejores de entre los licios, esos a los que todos honran y a los que miran con adoración?... Pues entonces acabemos ya con esto de una vez, subamos a ese maldito muro, porque de alguna manera hay que morir: si así tiene que ser, que sea aquí, al menos le daremos a alguien su gloria, o alguno nos la dará a nosotros.» Con Glauco, y con todos los licios, atacué.

Ayante

Los vieron llegar, desde una de las torres, y empezaron a pedir ayuda, pero nadie los oía, tal era el estruendo que había... Al final enviaron a un mensajero, llegó hasta mí y me dijo: «Ayante, los licios han atacado el muro en tropel, por la torre que Teucro defiende. Corre, necesitan ayuda.» Eché a correr y al llegar allí vi que estaban en aprietos. Había una piedra enorme, apoyada sobre el parapeto del muro, la cogí y la levanté en vilo; no sé con qué fuerzas lo hice, de verdad, era enorme; pero la levanté y la arrojé sobre las cabezas de los licios. Y mientras tanto, Teucro, con su arco, alcanzó a Glauco en el brazo: justo cuando estaba a punto de superar el muro, lo alcanzó en el brazo, y Glauco se dejó caer muro abajo.

Sarpedón

Lo habían alcanzado, y él retrocedió para esconderse, no quería que ningún aqueo viera que estaba herido, ¿comprendéis?, no le quería dar a nadie esa gloria. Yo ya no pude ver nada más a causa de la rabia. Estaba justo encima del muro, entre mis manos aferré el parapeto, con toda la fuerza que tenía, y lo arranqué, lo juro. Se desgajó un buen pedazo: al diablo con el parapeto, ahora sí que íbamos a pasar.

Ayante

Y entonces nos dimos de bruces con él, con Sarpedón. Se había colocado el escudo a la espalda, para escalar el

muro, y ahora venía a nuestro encuentro así, sin defensa. Teucro le lanzó una flecha directamente al pecho, pero aquel hombre tenía una gran suerte: la flecha acabó justo sobre la correa de cuero del escudo, que le cruzaba el pecho, y fue a clavarse exactamente ahí.

Sarpedón

Yo me puse a gritar a los demás: «¡Maldita sea!, ¿es que he de tomar yo solo este muro? ¿Dónde está vuestro coraje y vuestro valor?» Y entonces se lanzaron todos hacia la brecha, donde se entabló una lucha tremenda. Los escudos ligeros cedían bajo las puntas de bronce, la torre se cubrió de sangre troyana y aquea; atacábamos, pero no lo conseguíamos, era como una balanza que oscilaba, siempre en equilibrio, no se decidía a inclinar el plato del lado de los aqueos, parecía que aquello no iba a terminar nunca, cuando de repente oímos la voz de Héctor gritando: «Adelante, adelante, al muro, a las naves», y fue como si aquella voz nos empujara hacia lo alto, del otro lado del muro...

Ayante

Héctor estaba justo delante de una de las puertas del muro. Se acercó a un peñasco enorme, estaba apoyado en el suelo y terminaba con una aguda punta, cortante. Lo levantó, y juro que era algo enorme, dos hombres a duras penas podrían haberlo levantado, pero él lo levantó en vilo, por encima de su cabeza. Lo vimos dar algunos pasos hacia la puerta del muro y luego, con todas sus fuerzas, lanzar aquel peñasco contra los batientes. Fue un golpe tal que

los goznes saltaron por los aires, la madera de la puerta se partió, los cerrojos cedieron de golpe: rápido como la noche avanzó Héctor en el abismo que se abría, espléndido en el bronce que lo vestía, con dos lanzas en la mano, los ojos ardientes como el fuego. Os digo que sólo un dios podría haberlo detenido en aquel momento. Se dio la vuelta hacia sus guerreros y les gritó que avanzaran, que pasaran el muro. Los vimos llegar, pasaban por la puerta destruida, o superaban el muro por todas partes. Todo estaba perdido. Tan sólo podíamos huir, y huimos hacia nuestras naves, hacia lo único que nos quedaba.

Ayante

Desde su tienda, Néstor, el anciano, nos vio: huyendo, dejando a nuestras espaldas el muro destruido, y a los troyanos pisándonos los talones, empujándonos hacia las naves como una llamarada, como una tempestad. Salió corriendo a buscar a los otros reyes que yacían heridos en sus tiendas: Diomedes, Ulises, Agamenón. Todos juntos se pusieron a observar el campo de batalla, apoyados en las lanzas, con el corazón encogido por la angustia. Agamenón fue el primero en hablar: «Héctor lo había prometido. Ya dijo que no se detendría hasta haber prendido fuego a las naves. Y ahora ahí lo tenéis, a punto de llegar. ¡Ay de mí, siento que todos los aqueos abrigan ira contra mí, como si fueran tantos otros Aquiles, y antes o después se negarán a seguir luchando.» Néstor miraba fijamente hacia aquella rendición desesperada. «Por desgracia ha caído el muro que confiábamos que sirviera como defensa infranqueable para nosotros y nuestras naves», dijo. «Esto es un hecho, y ni siquiera un dios podría ya cambiarlo. Ahora hemos de pen-

sar qué tenemos que hacer. Los nuestros están en fuga, y en el caos más espantoso intentan huir de esa masacre. Hay que hacer algo. Pero no creo que tengamos que combatir: vosotros estáis heridos y yo soy viejo: no es esto lo que podemos hacer.» Entonces Agamenón dijo: «Si no podemos luchar, huyamos.» Lo dijo precisamente él, el rey de reyes. «Éstas son mis órdenes. Esperemos a que llegue la noche y luego, con la oscuridad a nuestro favor, echemos las naves al mar y marchémonos de aquí. No es vergonzoso escapar a una catástrofe. Y si la única manera de salvarse es huyendo, entonces huir es lo que tenemos que hacer.» Ulises lo miró con ojos feroces. «¿Qué palabra es la que se te ha escapado de entre los dientes, desgraciado? Ve a dar órdenes de esta clase a cualquier otro, pero no nos las des a nosotros, que somos hombres de honor, y que tenemos por destino devanar un ovillo de duras batallas, desde la juventud a la vejez, hasta la muerte. ¿Quieres abandonar Troya, después de que por ella hemos sufrido tantas desgracias? Cállate, que los aqueos no te oigan. Son palabras que nunca deberían salir de los labios de un hombre que empuña el cetro del mando.» Agamenón bajó la mirada. «Tú hieres mi corazón, Ulises, con tus palabras. Y es verdad, yo no quiero ordenaros huir, si vosotros no queréis hacerlo. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Hay alguien, joven o viejo, que tenga una idea? Yo lo escucharé con atención.» Entonces se levantó de un brinco Diomedes, que era el más joven de todos nosotros. «Escúchame, Agamenón. Sé que soy más joven que tú, pero olvídate de envidias o rencores, y escúchame. Aunque estemos heridos, regresemos a la batalla. Mantengámonos alejados del corazón de la lucha, pero dejemos que nos vean por allí en medio, es necesario que nos vean: nos verán y volverán a encontrar el coraje y las ganas de combatir.» Era el más joven, pero al final lo

escucharon con atención. Porque no podían hacer otra cosa. Y porque su destino, el nuestro, era devanar un ovillo de duras batallas, desde la juventud a la vejez, hasta la muerte.

Sarpedón

Cargamos en tropel, todos detrás de Héctor. Como un peñasco que cae desde lo alto de un monte, que rueda y rebota, haciendo resonar la selva a su paso, y no se detiene hasta que llega a la llanura, así quería aquel hombre llegar hasta el mar, a las naves, a las tiendas de los aqueos, sembrando la muerte. A su alrededor, se intensificaba la batalla que aniquila a los hombres, erizada de lanzas cortantes. Avanzábamos por todas partes, cegados por los destellos de un resplandor hecho de yelmos relucientes, luminosas corazas y escudos brillantes. Cómo poder olvidar aquel resplandor..., pero yo os lo digo: no hay ni un solo corazón tan valiente como para poder mirar aquella belleza sin quedar aterrado.

Y también aterrados estábamos nosotros, allí, fascinados pero aterrados, mientras Héctor nos impelía hacia delante, como si no viera nada más que aquellas naves allá abajo, a las que alcanzar y destruir. Desde la retaguardia los aqueos nos acribillaban con flechas y piedras, mientras que en primera línea los nuestros se encontraban frente a los mejores de sus guerreros. Empezamos entonces a desbandarnos, a perdernos. Polidamante, de nuevo, corrió hasta Héctor, estaba furioso. «¡Héctor! ¿Quieres escucharme de una vez? ¿Sólo porque eres el más fuerte te crees también el más sabio y no quieres escuchar a los demás? ¡Escúchame! La batalla se extiende a nuestro alrededor como una corona de fuego, ¿y no ves que tus troyanos se están dis-

persando por todas partes? No saben si volver hacia el muro o si seguir avanzando. Necesitamos detenernos y elaborar un plan. Corremos el riesgo de llegar a las naves en inferioridad, y yo no me olvido de que allí abajo sigue estando Aquiles, esperándonos, ávido de guerra.» Tenía razón. Y Héctor lo entendió. Retrocedió, entonces, para reunir a sus mejores guerreros, para reagrupar al ejército, y fue allí cuando se dio cuenta de que muchos de nosotros no se habían librado, que habían sido alcanzados en el muro: Deífobo, Héleno, Otrioneo, los buscaba pero no los encontraba. Halló a Paris, y se lanzó sobre él, como si fuera culpa suya que los otros hubieran desaparecido. «Todos los demás están muertos, Héctor», le gritó Paris. «Muertos o heridos. Sólo quedamos nosotros para luchar. Deja ya de buscar a los muertos. Y llévanos contigo, lánzanos a la batalla, hacia las naves, toda nuestra fuerza está contigo, y te seguiré.» Y, como hiciera antes con Polidamante, Héctor hizo de nuevo con Paris: lo escuchó con atención, y fue así como se lanzó de nuevo al ataque, poniéndose al frente de todos, y arrastrándonos consigo.

Ayante

Lo vi llegar cubierto con su escudo, delante de todos, con el yelmo resplandeciente que se agitaba sobre las sienes. Entonces casi eché a correr hacia él. «¡Vamos, ven para aquí, loco!», me puse a gritar. «Quieres nuestras naves, ¿verdad? Pero nosotros también tenemos brazos para defenderlas, y con estos brazos os aniquilaremos a vosotros y a vuestra ciudad. ¡Empieza a rezar, Héctor, porque dentro de poco vas a necesitar caballos muy veloces para huir de aquí y salvar el pellejo!»

Sarpedón

«¿Qué estás diciendo, Ayante?», le gritó Héctor. «No eres más que un bravucón y un mentiroso. Éste será el día de vuestra ruina, créeme. Y tú también morirás, junto a todos los demás. ¡Ven a desafiar a mi lanza, que arde en deseos de morder tu cándida piel y dejarte en la tierra de Troya para que seas pasto de los perros y de las aves!» Y sin esperar más, arrojó su lanza contra Ayante.

Ayante

Me dio de lleno en mitad del pecho. Pero no era mi destino morir allí. La punta de bronce acabó justo en el lugar en que se cruzaban las dos gruesas correas de cuero y de plata, la del escudo y la de la espada: fue a clavarse exactamente allí. Entonces me agaché, cogí del suelo una aguda piedra y, antes de que Héctor pudiera esconderse entre los suyos, se la lancé, con todas mis fuerzas.

Sarpedón

La piedra giraba en el aire, igual que una trucha; pasó por encima del escudo y le dio a Héctor de lleno, justo debajo del cuello. Lo vimos desplomarse al suelo, como una encina abatida por un rayo.

Ayante

Un grito, se elevó un grito, y era el grito de todos los aqueos que se le estaban echando encima para llevárselo de allí, y para despedazarlo.

Sarpedón

Pero nadie consiguió ni siquiera tocarlo. Allí estábamos todos para defenderlo: Polidamante, Eneas, Agénor, Glauco, y otros mil que con los escudos hicieron a su alrededor una barrera infranqueable. Al final, lo cogí yo en brazos y me lo llevé fuera del tumulto. Retrocedí hasta el muro a toda prisa y luego atravesé la fosa, y no me detuve hasta que llegué junto a su carro. Lo cargamos en él y luego salimos corriendo, al galope, mucho más lejos, en la llanura. Sólo cuando estuvimos en el río nos detuvimos. Héctor gemía, exhausto. Lo depositamos en el suelo y le echamos agua sobre la cabeza. Abrió los ojos, se puso de rodillas y vomitó sangre negra; luego se desplomó de nuevo en el suelo, hacia atrás, y una oscura tiniebla descendió sobre sus ojos.

Ayante

Cuando vi que se lo llevaban de allí, comprendí que era el momento de atacar. Me lancé yo primero, llevándome a todos detrás de mí. Fue un choque salvaje. No tan fuertes suenan las olas del mar al romper contra los escollos, cuando sopla con violencia el bóreas. No tan fuerte es el fragor del incendio cuando se extiende en los valles de la montaña, devorando el bosque. No tan fuerte ulula el viento cuando arrecia entre las altas frondas de las encinas. No tan fuerte como estalló el grito de los aqueos y los troyanos cuando se lanzaron los unos sobre los otros. Y el primero al que maté fue a Satnio, hijo de Énope, de una lanzada en el costado; Polidamante mató a Protoénor, atravesándole el hombro. Yo maté a Arquéloco con un golpe

que le arrancó la cabeza; Acamante mató a Prómaco; y, para vengar a Prómaco, Penéleo acometió a Ilioneo y le dio una lanzada en la ceja: la punta de bronce le hizo saltar un ojo, le salió por la nuca a través del cráneo. Y entonces Penéleo desenvainó la espada y le cortó la cabeza; luego levantó la lanza, que todavía estaba hundida en aquella cabeza, y la agitó en el aire, con la cabeza ensartada, gritando: «¡Troyanos, decid de mi parte a los padres de Ilioneo que pueden empezar a llorar por él en su casa, porque nunca más verán el cuerpo de su amado hijo!» Fue algo que aterrorizó a los troyanos. Los vimos dispersarse, y buscar con la mirada una vía por donde escapar. Sentían que el abismo de la muerte se cernía sobre ellos. De pronto, echaron todos a correr, huyendo; se alejaron de las naves, alcanzaron el muro y tampoco allí se detuvieron, no paraban de correr, atravesaron la fosa y sólo cuando estuvieron del otro lado se detuvieron, lívidos de miedo, de pie, junto a sus carros, aterrorizados.

Sarpedón

Aterrorizados como ciervos acosados hasta lo más espeso del bosque por los cazadores: con su alto bramido, despiertan a un león de tupida melena, que surge desde la oscuridad del bosque y que a todos hiela el corazón en el pecho.

Héctor

Creían que había muerto. Me vieron de repente, frente a ellos, como un espíritu escapado del más allá, como

una pesadilla que no los dejaba en paz, como un león que hubiera clavado las fauces en su carne y que ahora ya no los soltaba. Se escaparon de allí casi todos, retrocediendo hacia las naves. Permanecieron sólo los más fuertes, los más valientes: Ayante, Idomeneo, Teucro, Meriones, Megete. A grandes pasos yo marchaba contra ellos, llevando a mis espaldas a todo el ejército. Cayeron uno tras otro, bajo nuestros disparos. Estiquio y Arcesilao fueron muertos por mí. Medonte y Jaso, por Eneas. Mecisteo fue muerto por Polidamante, Equio fue muerto por Polites, Clonio fue muerto por Agénor, Déico fue muerto por Paris, con un disparo en la espalda. Mientras nosotros despojábamos a los cadáveres, ellos se escapaban por todas partes. Los mejores, también: todos. Fueron regresando hasta el muro, pero el miedo no los abandonó, y también lo dejaron atrás, retirándose hacia las naves. Me puse a gritarles a mis soldados que se olvidaran de los cadáveres, de las armas y de todo lo demás, y que se subieran a los carros para continuar con la persecución. El camino estaba libre, podíamos llegar hasta las naves sin combatir siquiera. Luego me subí a mi carro y puse los caballos al galope. Llegamos hasta la fosa, la cruzamos, nos encaminamos hacia el muro y lo superamos por todas partes, cayó como un castillo de arena sometido a nuestro asalto. *Yo iba delante de todos y vi, al fondo, allá, frente a mí, las naves. Los primeros cascos negros, apuntalados en la arena y luego, hasta donde alcanzaba la vista, naves, naves, naves hasta en la playa y en el mar, millares de mástiles y de quillas, proas apuntando al cielo hasta donde podías mirar. Las naves. Nadie puede entender lo que fue aquella guerra para nosotros, los troyanos, sin imaginarse el día en que las vimos llegar. Eran más de mil, en aquel pedazo de mar que estaba ante nuestros ojos desde que éramos niños, y que nunca habíamos visto ser surcado por nada que no fuera*

amigo, y pequeño, e insólito. Ahora estaba oscurecido hasta el horizonte por monstruos llegados desde lejos para aniquilarnos. Yo puedo comprender en qué clase de guerra combatí cuando pienso de nuevo en aquel día, y otra vez me veo a mí, a mis hermanos, a los jóvenes varones de Troya, vistiéndonos con las armas más hermosas, saliendo de la ciudad, marchando por la llanura y, al llegar al mar, intentando detener a aquella flota, aterradora, a pedradas. Las piedras de la playa. Se las tirábamos, ¿comprendéis? Mil naves, y nosotros con nuestras piedras.

Nueve años después, me hallé de nuevo con aquellas naves ante mis ojos. Pero estaban aprisionadas en el suelo. Y rodeadas por guerreros aterrORIZADOS que con los brazos levantados le rogaban al cielo no morir. ¿Resulta sorprendente que me olvidara de mi herida, el golpe de Ayante, el cansancio y el miedo? Desencadené mi ejército, y éste se convirtió para aquellas naves en un mar tempestuoso, y en formidable oleaje, y en resplandeciente embate.

Escalábamos las quillas con las antorchas en la mano, para prender fuego a todo. Pero los aqueos se defendían fieramente. Era Ayante, otra vez él, quien los arengaba y los dirigía. Estaba en la popa, encima de una nave, y mataba a todo aquel que conseguía subirse o incluso sólo acercarse. Yo me fui directamente hacia él y cuando estuve lo bastante cerca le apunté y le arrojé mi lanza. La punta de bronce voló hacia lo alto pero erró su objetivo y le dio a un escudero, Licofrón. Vi que Ayante se estremecía. Luego que echaba una ojeada hacia Teucro, sin dejar de luchar. Teucro era el mejor de los arqueros aqueos. Como si Ayante le hubiera dado una orden, cogió de su aljaba una flecha, tensó la cuerda del arco, y me apuntó directamente. Levanté el escudo por instinto, pero lo que vi fue cómo se rompía la cuerda del arco y caía al suelo la flecha. Teucro, aterrado, se quedó de piedra. Parecía en verdad una señal

de los dioses. Una señal propicia para mí y funesta para los aqueos. Miré a mi alrededor. Ellos se escudaban tras sus naves, combatían unidos los unos a los otros, era una muralla de bronce que nos mantenía alejados. Buscaba el punto más débil, por el que romper sus líneas, pero no lo encontraba. Y entonces fui hacia donde estaban las armas más bellas y allí atacé, como un león que ataca un rebaño al que no podrá salvar ningún pastor. Me miraban con terror, espumaba rabia, las sienes me palpitaban bajo el yelmo reluciente, me miraban y huían; la muralla de bronce se abrió, los vi corriendo hacia sus tiendas, para su última defensa, levanté la vista y vi las naves, justo por encima de mí, tan cerca como nunca las había visto. Sólo se había quedado allí Ayante con algunos guerreros. Saltaba de una nave a otra, luchando con una pica de abordaje; su voz se elevaba hasta el cielo mientras con gritos terribles llamaba a los otros aqueos para la lucha. Elegí una nave que tenía una proa azulada. La atacé por el lado de popa, trepando hasta la toldilla. Los aqueos se acercaron para acorralarme. Ya no era el momento de las lanzas o de las flechas, se luchaba cuerpo a cuerpo, era una batalla de espadas, puñales, segures afiladas. Veía cómo corría la sangre, ríos de sangre, cayendo desde las naves, hasta la negra tierra. Era aquella la batalla que yo siempre había deseado: no en plena llanura, no ante las murallas de Troya, sino junto a las naves, aquellas naves, tan odiadas.

«Aqueos, guerreros, ¿dónde habéis dejado vuestra fuerza?» Era la voz de Ayante. Allí, en la toldilla, seguía luchando y gritando. «¿Por qué huís?, ¿os pensáis que detrás de vosotros queda algo donde podáis ir a refugiaros? Detrás de vosotros está el mar, ¿es aquí donde tenéis que salvaros!» Lo veía justo por encima de mí. Estaba cubierto de sudor, jadeaba, ya no podía casi ni respirar, y el cansancio le pe-

saba en los brazos. Levanté la espada y con un golpe seco le partí la lanza, justo por debajo de la punta. Él permaneció allí, con el asta de fresno, cercenada, en la mano. Entre todo aquel estruendo pude oír el sonido de la punta de bronce cayendo sobre la madera de la toldilla. Y Ayante comprendió que aquél era mi día, y que los dioses estaban conmigo. Retrocedió, por fin lo hizo: retrocedió. Y yo subí a aquella nave. Y le prendí fuego.

Es en medio de aquellas llamas como me tenéis que recordar. Héctor, el derrotado: lo tenéis que recordar de pie, en la popa de aquella nave, rodeado por el fuego. Héctor, el muerto que por tres veces sería arrastrado por Aquiles alrededor de las murallas de su ciudad. A él tenéis que recordarlo vivo, y victorioso, y resplandeciente con sus armas de plata y de bronce. De una reina aprendí las palabras que ahora me han quedado y que quiero deciros a vosotros: acordaos de mí, acordaos de mí, y olvidad mi destino.

FÉNIX

Eran tan jóvenes que para ellos yo era un viejo. Un maestro, tal vez un padre. Verlos morir, y sin poder hacer nada: ésa fue mi guerra. De todo lo demás, quién se acuerda ya.

Me acuerdo de Patroclo, entrando en la tienda de Aquiles, corriendo, llorando. Fue en aquella jornada de ferroz batalla, y de derrota. Resultaba impresionante: ver a Patroclo de aquella manera, sus lágrimas. Lloraba como llora una niña pequeña, mientras se agarra al vestido de su madre y pide que la cojan en brazos; y ni siquiera cuando los brazos de su madre la levantan, deja de mirarla de abajo arriba, y de llorar. Era un héroe y parecía una niña, una niña pequeña. «¿Qué ocurre?», le preguntó Aquiles. «¿Te han llegado noticias de alguna muerte desde nuestra tierra? ¿Ha muerto tu padre, tal vez?, ¿o ha sido el mío? ¿O es que acaso lloras porque los aqueos a causa de su propia arrogancia mueren bajo las negras naves?» Nunca le abandonaba su cólera, ¿comprendéis? Pero aquel día, Patroclo, entre lágrimas, le pidió que lo escuchara, sin cólera, sin ira, sin maldad. Sólo que lo escuchara. «Grande es el dolor, Aquiles, que hoy ha sido infligido a los aqueos. Los que eran los primeros y los más fuertes ahora yacen heridos, en

sus naves. Diomedes, Ulises, Agamenón: los médicos andan ajetreados a su alrededor, y con toda clase de fármacos intentan curar sus heridas. Y tú, temible guerrero, permaneces aquí, encerrado en tu ira. Pues ahora yo quiero que tú escuches la mía, que escuches mi ira, Aquiles: mi cólera. Tú no quieres combatir, yo quiero hacerlo. Envíame a mí a la batalla, con tus guerreros mirmídones. Dame tus armas, deja que las lleve yo: los troyanos me tomarán por tí, y emprenderán la huida. Dame tus armas y los haremos retroceder, hasta las murallas de Troya.» Lo dijo con una voz que suplicaba: no sabía que estaba suplicando morir.

Aquiles lo escuchó con atención. Se veía que aquellas palabras lo turbaban. Al final dijo algo que cambió el curso de aquella guerra. «Es un dolor inmenso el que aflige al corazón cuando un poderoso, gracias a su poder, le roba a un hombre lo que le pertenece. Y éste es el dolor que yo estoy sufriendo, y que Agamenón me ha infligido. Pero hay algo cierto: lo que ha ocurrido ya no puede cambiarse. Y tal vez ningún corazón puede abrigar para siempre una ira inflexible. Dije que no me movería hasta que no oyera el fragor de la batalla retumbando bajo mi negra nave. Ese momento ha llegado. Coge mis armas, Patroclo, coge a mis guerreros. Lánzate a la batalla y aleja de las naves la desgracia. Haz retroceder a los troyanos antes de que nos arrebatan la esperanza de un dulce retorno. Pero escúchame bien y haz lo que yo te diga, si es que de verdad quieres restituirme mi honor y mi gloria: en cuanto hayas alejado a los enemigos de las naves, detente, no los persigas por la llanura, deja de combatir y da la vuelta. No me prives de mi parte de honor y de gloria. No te dejes embriagar por el estruendo de la batalla y por los gritos que te incitarán a seguir luchando y matando hasta las mismas murallas de

Troya. Deja que otros lo hagan, y tú date la vuelta, Patroclo. Tú regresa aquí.»

Luego se levantó, apartando de sí toda tristeza, y con fuerte voz dijo: «Y ahora date prisa, ponte las armas. Ya veo las llamas del fuego mortal ardiendo en torno a mi nave. Ponte en marcha, yo iré a reunir a mis hombres.»

¿Quién era yo para detenerlos? ¿Puede un maestro, un padre, detener el destino? Patroclo se vistió de bronce refulgente. Se puso las espinilleras en las pantorrillas, hermosísimas, con los refuerzos de plata en los tobillos. En el pecho se puso la coraza de Aquiles: centelleaba como una estrella. Se echó a los hombros la espada ornada con plata y luego el escudo, grande y pesado. En su valiente cabeza, se puso el yelmo bien labrado: oscilaba, en lo alto, temible, el penacho de crin de caballo. Al final, eligió dos lanzas. Pero no cogió la de Aquiles. Ésa sólo Aquiles podía levantarla: la lanza de fresno que Quirón le había entregado a su padre para dar muerte a los héroes.

Cuando salió de la tienda, los mirmídones se congregaron a su alrededor, preparados para la batalla. Parecían lobos hambrientos, llenos de una gran fuerza en sus corazones. Cincuenta naves fueron las que Aquiles llevó a Troya. Cinco filas de guerreros, regidas por cinco héroes. Meneestio, Eudoro, Pisandro, Alcimedonte. El quinto era yo: Fénix, el viejo. A todos nos habló Aquiles, con voz severa. «Mirmídones, me habéis acusado de tener un corazón de piedra, y de manteneros en las naves, lejos de la batalla, sólo para alimentar mi ira. Pues bien, aquí tenéis la guerra que deseabais. Libradla con todo el coraje que poseéis.» Con el eco de su voz resonando, las filas de los guerreros se cerraron y, como las piedras de una pared, se encajaron los hombres: escudo contra escudo, yelmo contra yelmo, hombre contra hombre, tan apiñados estaban que a cada movi-

miento se rozaban los penachos con los reflejos de los relucientes yelmos. Y, delante de todos, Patroclo: subido al carro en el que Automedonte había uncido a Janto y Balio, los dos caballos inmortales, veloces como el viento, y a Pédaso, caballo mortal y hermosísimo.

Aquiles entró en la tienda y levantó la tapa de una espléndida caja, completamente taraceada, que su madre había hecho que cargaran en la nave para que él la llevara consigo: estaba llena de túnicas, capas y pesadas mantas. Había también una valiosa copa que sólo Aquiles podía utilizar, y que sólo utilizaba para beber en honor a Zeus, y ningún otro dios. La cogió, la purificó con azufre, luego la lavó con límpida agua, se lavó las manos y al final se sirvió en ella vino rutilante. Luego volvió al exterior; delante de todos se bebió el vino y, mirando al cielo, rogó al sumo Zeus que Patroclo pudiera luchar, y vencer, y regresar. Y, con él, todos nosotros.

Arremetimos contra los troyanos de golpe, igual que un enjambre de avispas enfurecido. A nuestro alrededor, las negras quillas de las naves retumbaban con nuestros gritos. Patroclo gritaba delante de todos, reluciente con las armas de Aquiles. Y los troyanos lo vieron. Deslumbrante, sobre el carro, al lado de Automedonte. Es Aquiles, piensaron. Y de pronto el desconcierto se apoderó de sus tropas, y la turbación devoró sus almas. El abismo de la muerte se abrió de par en par bajo sus pies, que intentaban escapar. La primera lanza que salió volando fue la de Patroclo, arrojada justo al corazón de la contienda: le dio a Pírcmes, el jefe de los peonios. Se le clavó en el hombro derecho, cayó con un grito, desaparecieron los peonios, presas del miedo, abandonando la nave sobre la que ya habían subido y de la que ya habían quemado cerca de la mitad. Patroclo hizo

que apagaran el fuego, y luego se lanzó hacia las otras naves. Los troyanos no se arredraban, retrocedían pero no querían alejarse de las naves. El choque fue brutal, y durísimo. Uno tras otro todos nuestros héroes tuvieron que luchar y doblegar al enemigo; uno tras otro caían los troyanos hasta que aquello ya fue excesivo, incluso para ellos, y empezaron a dispersarse y a huir, como corderos perseguidos por una jauría de lobos feroces. Los cascos de los caballos levantaron una nube de polvo contra el cielo cuando se pusieron al galope. Huían, entre los gritos y el tumulto, cubriendo todas las sendas del horizonte. Y allí donde más densa era su fuga, allí se lanzaba Patroclo, gritando y matando: muchos hombres cayeron bajo sus manos, muchos carros se volcaron con estrépito. Pero la verdad es que él ansiaba encontrar a Héctor: en su corazón, secretamente, buscaba a Héctor, para su propio honor y su propia gloria. Y lo vio. En un momento dado, en medio de los troyanos que intentaban, en su huida, cruzar de nuevo la fosa, lo vio y corrió tras él; a su alrededor había guerreros que huían, por todas partes; la fosa frenaba la carrera, lo hacía todo más difícil, saltaban los timones de los carros de los troyanos y los caballos se marchaban de allí al galope, como ríos desbordados. Pero Héctor... Héctor tenía la habilidad de los grandes guerreros: se movía en la batalla escrutando el sonido de las lanzas y el silbido de los dardos; sabía adónde ir, cómo moverse; sabía cuándo estar con sus compañeros y cuándo abandonarlos, sabía cómo esconderse y cómo dejarse ver. Se lo llevaron de allí, veloces como el viento, sus caballos, y Patroclo se dio la vuelta entonces, y empezó a llevar a los troyanos hacia las naves: les cortaba la retirada y los empujaba de nuevo junto a las naves: era allí donde quería acabar con todo y aniquilar; le dio a Prónoo en la parte del pecho que el escudo dejaba al descubierto, vio

a Téstor que estaba agachado en su carro, como atontado, y lo traspasó con su lanza, justo aquí, en la mandíbula: la punta de bronce atravesó el cráneo. Patroclo levantó la lanza, como si hubiera pescado algo, y el cuerpo de Téstor se levantó por encima del borde del carro, con la boca abierta, y con una pedrada Patroclo le dio entre ceja y ceja a Eri-lao: dentro del yelmo la cabeza se partió por la mitad. Cayó al suelo el héroe y sobre él descendió la muerte que devora la vida; y también devoró las de Erimante, Antófero, Epaltes, Tlepólemo, Equio, Piris, Ifeo, Evipo, Polimelo: todos a manos de Patroclo. «¡Vergüenza!», se oyó la voz de Sarpedón, hijo de Zeus y jefe de los licios. «¡Vergüenza! Huyendo delante de ese hombre. Yo me enfrentaré a ese hombre. Yo quiero saber quién es.» Y se bajó del carro. Patroclo lo vio y se bajó él también. Estaban el uno frente el otro, como dos buitres que se pelean en una alta roca, con el pico curvado y ganchudas garras. Lentamente caminaron el uno contra el otro. La lanza de Sarpedón voló por encima del hombro izquierdo de Patroclo, pero la de Patroclo le dio de lleno en el pecho, donde está encerrado el corazón. Sarpedón cayó igual que una gran encina abatida por las hachas de los hombres para ser convertida en quilla de nave. A los pies de su carro quedó tendido, arañando con las manos entre estertores el polvo ensangrentado. Agonizaba como un animal. Con la vida que todavía le quedaba empezó a invocar a su amigo Glauco, lo llamaba y le suplicaba: «Glauco, no dejes que me quiten las armas, reúne a los guerreros licios, venid a defenderme. ¡Glauco, seré para siempre vuestro deshonor si permitís que Patroclo se marche con mis armas!» Patroclo se acercó, apoyó su pie sobre el pecho de Sarpedón y arrancó de ahí la lanza, llevándose con ella las entrañas y el corazón. Así, de un solo gesto, extrajo de aquel cuerpo la punta de bronce y la vida.

Mientras tanto, corriendo de un lado a otro, Glauco, loco de dolor, llamaba a todos los jefes licios y a los héroes troyanos: «¡Sarpedón ha muerto, Patroclo lo ha matado, corred a defender sus armas!», y acudieron todos, aturridos por la muerte de aquel hombre que era uno de los más fuertes y amados de entre los defensores de Troya; acudieron y se desplegaron alrededor de su cuerpo: Héctor al frente de todos los demás para defenderlo. Patroclo los vio llegar, y nos reunió a todos, en ese momento, y nos desplegó frente a ellos, gritando que, si de verdad éramos los más fuertes de todos, aquél era el momento de demostrarlo. Allí en medio estaba el cuerpo de Sarpedón. Troyanos y licios en un lado. Nosotros, los mirmídones, en el otro. Y se entabló la batalla, por aquel cuerpo y aquellas armas.

Al principio fueron los troyanos los que nos aplastaron. Pero cuando Patroclo vio a sus amigos cayendo bajo nuestros golpes, a su alrededor, entonces se puso en primera línea: como un gavián que pone en fuga a los cuervos y los estorninos, se arrojó sobre los enemigos haciéndolos retroceder. Desde la tierra se elevaba el fragor del bronce, del cuero, de las sólidas pieles de buey, bajo los golpes de las espadas y de las lanzas de doble filo. Ningún hombre, por muy perspicaz que fuera, podría ya reconocer el cuerpo de Sarpedón, porque desde la cabeza hasta los pies estaba completamente cubierto por flechas, y polvo, y sangre. Seguíamos combatiendo alrededor de aquel cadáver, sin tregua, como las moscas que zumban sin cesar en el establo alrededor de los jarros llenos de blanca leche. Y así continuó hasta que Héctor hizo algo sorprendente. Tal vez el miedo se había apoderado de su corazón, no lo sé. Vimos que se subía a su carro y que, dándonos la espal-

da, huía mientras gritaba a todos que lo siguieran. Y todos, en verdad, lo siguieron, abandonando el cuerpo de Sarpedón y el campo de batalla. *Había algo que yo no entendía.* Corrían hacia su ciudad: pocas horas antes estaban sobre nuestras naves, prendiéndole fuego a nuestras esperanzas, y ahora corrían huyendo hacia su ciudad. Deberíamos haberlos dejado marcharse. Aquello era lo que nos había dicho Aquiles. Expulsadlos de las naves, pero luego deteneos, volved atrás. Deberíamos haberlos dejado marcharse. Pero Patroclo no consiguió detenerse. Grande era el coraje en su corazón. Y límpido el destino de muerte que lo aguardaba.

Se lanzó a la persecución y nos arrastró a todos consigo. No paraba de matar, corriendo hacia las murallas de Troya: Adresto, Autónoo, Equeclo, Périmo, todos cayeron bajo sus golpes; y luego fueron Epístor, Melanipo, Élaso, Mulio, Pilartes; y cuando llegó a las puertas Esceas, con el mismo impulso se lanzó contra la torre, una vez, y luego otra, y luego otra más, siendo siempre repelido por los escudos brillantes de los troyanos, y una cuarta vez, de nuevo, antes de darse por vencido. Miré a mi alrededor, entonces, para buscar a Héctor. Parecía indeciso, dudando entre si retirar el ejército tras la muralla o permanecer allí, combatiendo. Ahora sé que en su mente no había dudas, sino tan sólo el instinto de todo gran guerrero. Vi cómo le hacía un gesto a Cebríones, su auriga. Luego vi su carro lanzándose en el corazón de la batalla. Vi a Héctor erguido, sobre el carro, pasando entre los guerreros sin tomarse siquiera la molestia de matar, simplemente surcaba la multitud, y se encaminaba directamente hacia Patroclo: era a donde quería llegar. Patroclo lo comprendió y saltó del carro. Se agachó para coger una piedra del suelo, blanca, puntiaguda. Y cuando el carro de Héctor estuvo a tiro la

arrojó con todas sus fuerzas. La piedra le dio a Cebríones, el auriga que empuñaba las riendas: le acertó en mitad de la frente, el hueso se partió, los ojos cayeron al suelo en el polvo, y luego cayó él también, desde el carro. «¡Qué agilidad!», dijo burlándose Patroclo. «¡Qué pescador más experto serías, Cebríones, si te lanzaras al agua con la misma agilidad con que te lanzas del carro! Pero ¿quién se atreve a decir que no hay buenos nadadores entre los troyanos?» Se reía. Y se encontró frente a frente con Héctor. Como dos leones hambrientos luchan en la cima de un monte, furibundos, por una cierva muerta, así se pusieron a luchar los dos por el cuerpo de Cebríones. Héctor había cogido al muerto por la cabeza y no lo soltaba. Patroclo lo había afechado por los pies e intentaba llevárselo de allí. Alrededor de ambos se entabló una lucha feroz, troyanos contra aqueos, todos sobre aquel cadáver.

Luchamos durante horas, en torno a ese hombre que permanecía en el polvo, olvidado ya de carros y caballos y de todo lo que había sido su vida. Cuando al final conseguimos hacer retroceder a los troyanos, algunos de los nuestros cogieron el cuerpo y lo arrastraron lejos de la contienda, para despojarlo. Pero Patroclo permaneció en el corazón de la batalla. Ya no era posible detenerlo. Por tres veces arremetió contra los troyanos, gritando con una voz terrible, y a nueve hombres mató. Pero cuando se arrojó por cuarta vez, semejante a un dios, en ese momento, Patroclo, todos vimos aparecer de repente el término de tu vida. Fue Euforbo quien te dio de lleno entre los hombros, en mitad de la espalda. Llegó sobre su carro, abriéndose paso en el tumulto, había polvo por todas partes, una enorme nube de polvo; no lo viste llegar, surgió como de la nada, repentinamente, a tu espalda, y tú no podías verlo. Yo lo vi, desde muy cerca te clavó la lanza en la espalda...

¿te acuerdas de Euforbo, Patroclo?, ¿recuerdas que lo veíamos en plena batalla, y comentábamos su belleza, su larga melena sobre los hombros?, ¿no era, entre todos, el más bello?... Te acertó de lleno en toda la espalda y luego, con rapidez, se escapó de allí, fue a esconderse entre los suyos, sintiendo miedo de lo que había hecho.

Patroclo permaneció inmóvil, estupefacto. Los ojos le giraron hacia atrás, las piernas que sustentaban todavía aquel cuerpo tan hermoso ya no lo sentían. Me acuerdo de su cabeza, cayendo hacia delante, tras el golpe, y el yelmo cayó en el polvo. Aquel yelmo..., nunca habría pensado verlo sucio de polvo y de sangre, en el suelo: el yelmo que cubría la cabeza y el rostro hermosísimo de Aquiles, hombre divino. Lo vi rodando por el suelo, entre las patas de los caballos, entre el polvo y entre la sangre.

Patroclo dio unos pasos, buscaba algo que pudiera esconderlo o salvarlo. No quería morir. A su alrededor todo se había detenido. *Hay algunas muertes que son rituales, pero vosotros no podéis comprenderlo. Nadie detuvo a Héctor cuando se le aproximó. Eso no podéis entenderlo.* En medio del tumulto se le acercó, sin que nadie de nosotros acertara a detenerlo; llegó a un paso de él y luego, con la lanza, le atravesó el vientre. Y Patroclo se desplomó al suelo. Todos nosotros lo vimos, esta vez, desplomarse al suelo. Y luego a Héctor, agachándose sobre él, mirarlo a los ojos y decirle, en aquel silencio sobrecogedor: «Patroclo, tú creías que habías venido aquí para destruir mi ciudad, ¿no es cierto?, te imaginabas regresando a casa con la nave llena de mujeres y de riquezas troyanas. Ahora sabes que Troya está defendida por hombres fuertes, y que el más fuerte de ellos se llama Héctor. Tú, ahora, ya no eres nada, sólo eres comida para los buitres. No te será de gran ayuda, por muy fuerte que sea, tu amigo Aquiles. Es él, ¿verdad?, quien te ha en-

viado aquí. Es él quien te ha dicho: “Patroclo, no vuelvas hasta que hayas desgarrado el pecho y ensangrentado la túnica de Héctor.” Y tú, estúpido, lo has escuchado.»

Patroclo se estaba muriendo. Pero todavía encontró fuerzas para hablar. «Ahora puedes, Héctor, jactarte de haberme vencido. Pero la verdad es que morir era mi destino. Los dioses me han matado y, entre los hombres, Euforbo ha sido el primero. Tú, que acabas ahora conmigo, tan sólo eres el tercero, Héctor. Eres sólo el último de aquellos que me han matado. Y ahora escúchame, y no olvides lo que tengo que decirte. Héctor, tú eres un muerto que camina. Nadie podrá alejar de ti tu horrendo destino. La poca vida que te queda todavía, ésa vendrá Aquiles a arrebatártela.»

Luego el velo de la muerte lo envolvió. El alma emprendió el vuelo y se marchó al Hades, llorando la fuerza y la juventud perdidas.

Héctor apoyó el pie sobre el pecho de Patroclo y extrajo la lanza de bronce de la herida. El cuerpo se levantó y luego, desgarrado, cayó de nuevo al polvo. Héctor permaneció allí, contemplándolo. Dijo algo en voz baja. Luego, como dominado por una furia, intentó arremeter contra Automedonte. Lo habría matado, pero se lo llevaron de allí los caballos veloces, los caballos que los dioses le entregaron a Aquiles; se lo llevaron lejos de las garras de Héctor, de su rabia y de la muerte.

Yo moriría dos años después, durante el viaje en que intentaba regresar a casa desde Troya. Fue Neoptólemo quien prendió fuego a mi cadáver. Era el hijo de Aquiles. Ahora mis huesos reposan en una tierra de la que no sé ni siquiera su nombre. Tal vez es justo que las cosas hayan terminado de esta manera. Lo cierto es que no habría conseguido regresar verdaderamente de todo aquello, de aquella guerra, de aquella sangre, y de la muerte de dos muchachos a los que no supe salvar.

ANTILOCO

El primero en enterarse de que Patroclo había muerto fue Menelao. Corrió hacia allí y se puso junto a su cadáver, sujetando la lanza y el escudo hacia delante, preparado para matar a todo aquel que se acercase. Llegó Euforbo, el que había herido en primer lugar a Patroclo: quería recoger su galardón. Pero Menelao le gritó: «¡Manténte lejos, si no quieres morir! Ya sabes lo que le pasó a tu hermano cuando me desafió, no volvió a casa por su propio pie para dar alegría a su esposa y a sus padres. También a ti te arrancaré el vigor, si no desapareces.» Euforbo era el más hermoso de entre los troyanos, tenía espléndidos rizos, trenzados sobre su cabeza con broches de oro y de plata. Le gritó a Menelao que vengaría a su hermano y le arrojó la lanza: la punta de bronce se rompió sobre el escudo y entonces Menelao saltó encima de él y le clavó la lanza en la garganta, apoyando todo el peso de su brazo: de lado a lado atravesó la punta el cuello delicado y se mojó de sangre su pelo. Se desplomó al suelo igual que una planta de olivo: joven, hermosa, fuerte, cubierta de flores blancas, cuando de repente es partida por un rayo durante una tormenta.

Menelao se agachó para cogerle las armas, y se dio

cuenta entonces de que Héctor iba corriendo hacia él, feroz, gritando de manera terrible. Tuvo miedo y dejó el cuerpo de Patroclo, y empezó a retroceder, buscando con la vista a su alrededor a alguien que pudiera ayudarlo. Vio a Ayante y le gritó: «Patroclo ha muerto, Ayante, y Héctor le está robando las armas. Vamos a defenderlo, lucha junto a mí.» Y Ayante se dio la vuelta y su corazón se conmovió. Corrió en su ayuda. Volvieron hacia Patroclo y vieron que Héctor le había quitado las armas gloriosas y que ahora empuñaba la espada para cortarle la cabeza y dejar abandonado, después, allí mismo, el cadáver, como pasto para los perros. Ayante se precipitó contra él, con tanta ferocidad que Héctor soltó la presa y se replegó hacia atrás, donde estaban los suyos. Ayante se agachó sobre el cuerpo de Patroclo y lo cubrió con su inmenso escudo en forma de torre; estaba allí como se estaría un león junto a sus cachorros, cuando olfatea a los cazadores.

Los troyanos se dieron cuenta de que Héctor se había escapado al enfrentarse con Ayante y lo miraban aturdidos. Me acuerdo de que oí a Glauco gritándole: «¡Eres un cobarde, Héctor. No te has enfrentado a Ayante porque es más fuerte que tú, y ahora les has dejado el cuerpo de Patroclo, que habría sido un suculento botín para nosotros!» Entonces Héctor hizo algo que nadie olvidará. A la carrera alcanzó a los compañeros que estaban llevando las armas de Patroclo a la ciudad, como un trofeo; los detuvo, se quitó sus armas y se puso las armas inmortales que Aquiles le había dado a su amigo para que entrara en combate. Se colocó las armas inmortales de Aquiles y las hizo suyas: su cuerpo, en aquellas armas, parecía haber nacido para aquellas armas; y de repente brilló con toda su fuerza y vigor; pasó resplandeciente por delante de todos sus guerreros; entre los destellos de aquellas armas que durante años ellos

habían contemplado con terror: él ahora hacía que pasaran por delante de sus ojos. Lo miraban estupefactos Glauco, Medonte, Tersíloco, Asteropeo; lo veían pasar, extasiados, Disénor, Hipótoo, Forcis, Cromio, Énnomo. Y a todos ellos les gritó Héctor: «¡Luchad conmigo, aliados de mil tribus, yo os digo que aquel que arrastre el cadáver de Patroclo entre los troyanos, doblegando a Ayante, conmigo dividirá ese cuerpo e igual será su gloria que la mía.» Y con furor, todos se lanzaron sobre los aqueos.

Ayante los vio venir y comprendió que ni él ni Menelao podrían detenerlos. Entonces pidió ayuda a gritos, y primero Idomeneo, luego Meriones y Ayante de Oileo y otros valientes lo oyeron y corrieron junto a ellos. Los troyanos cargaron en tropel, todos detrás de Héctor. Alrededor de Ayante los aqueos se desplegaron con un único aliento, protegidos por los escudos de bronce. La primera oleada de troyanos los rechazó, obligándolos a abandonar el cuerpo de Patroclo. Pero Ayante llevó a los suyos nuevamente al ataque hasta que consiguieron arrancar otra vez aquel cuerpo de las manos de los troyanos. Era una lucha tremenda, una horrorosa contienda. Fatiga y sudor ensuciaban piernas y rodillas, y pies, y manos, y ojos de cuantos se enfrentaban en torno a aquel cadáver. Por todas partes los guerreros asían el cuerpo de Patroclo y tiraban de él, parecía el pellejo de un animal cuando se tiende para que se seque. Patroclo...

Ni siquiera lo sabía, Aquiles, que su amado había muerto. Su tienda estaba lejos, junto a las negras naves, y Patroclo había ido a morir al pie de las murallas de Troya. No podía saberlo. Me lo imagino allí, en su tienda, pensando todavía que pronto regresaría Patroclo, después de haber expulsado a los troyanos, y que le devolvería las armas, y que juntos comerían abundantemente, y... y mien-

tras pensaba estas cosas, justo en ese mismo momento, Patroclo era ya un cadáver disputado por todas partes, y a su alrededor los guerreros se mataban, y lanzas agudas brillaban, y escudos de bronce se embestían con fragor. *Es esto lo que uno tendría que aprender del dolor: que es hijo de Zeus. Y que Zeus es hijo de Cronos.*

Y hablando del dolor, ¿qué puedo decir de lo que pasó con Janto y Balio? Eran los caballos inmortales de Aquiles, y habían llevado a Patroclo a la batalla. En fin, cuando Patroclo cayó, Automedonte se los llevó lejos de la contienda, pensando que los pondría a buen recaudo haciéndolos galopar hasta las naves. Pero ellos, cuando estuvieron en medio de la llanura, se detuvieron, de improviso; se quedaron quietos porque su corazón estaba destrozado por la muerte de Patroclo. Automedonte intentaba hacer que caminaran, fustigándolos o suplicándoles con dulzura, pero ellos no mostraban la más mínima intención de regresar a las naves, permanecían inmóviles, como una estela de piedra sobre la tumba de un hombre, con los hocicos rozando el suelo, y lloraban, lágrimas ardientes. Sus ojos, eso dice la leyenda, lloraban. Ellos no habían nacido para sufrir la vejez o la muerte, ellos eran inmortales. Pero habían cabalgado al lado del hombre, y de él habían llegado a aprender el dolor: porque no hay nada sobre la faz de la tierra, nada que respire o camine, nada tan infeliz como lo es el hombre. Al final, bruscamente, los dos caballos se lanzaron al galope, pero hacia la batalla; Automedonte intentó detenerlos, pero no había nada que hacer: echaron a correr en medio del tumulto, como habrían hecho durante el combate, ¿comprendéis? Pero Automedonte, en el carro, estaba solo, tenía que sujetar las riendas, pero estaba claro que no podía empuñar las armas, de manera que no podía matar a nadie; ellos lo llevaron hacia los guerreros y hasta

el centro de la contienda, pero la verdad es que él no podía luchar, la verdad es que parecía un carro enloquecido, que cruza la batalla como un viento, sin derramamiento de sangre, absurdo y maravilloso.

Luego los aqueos comprendieron que estaban a punto de perder aquella batalla. Algunos, como Idomeneo, lo que hicieron fue abandonar el campo de batalla, dándose por vencidos. Los demás pensaron en volver hacia las naves, pero sin dejar de luchar, e intentando llevarse de allí el cuerpo de Patroclo. Alguien dijo también que era conveniente advertir a Aquiles de lo que había pasado, y todos estuvieron de acuerdo, pero no sabían a quién enviar, allí eran necesarios todos los guerreros y, por otra parte, la verdad es que nadie quería ser el que le llevara a Aquiles la noticia de la muerte de Patroclo. Al final escogieron a un muchacho, al que Aquiles apreciaba y que, en aquel momento, estaba luchando lejos del cuerpo de Patroclo. Y aquel muchacho era yo.

Me llamo Antíloco, soy uno de los hijos de Néstor. Cuando mi padre partió hacia la guerra de Troya, yo era demasiado joven todavía para partir con él. De manera que me quedé en casa. Pero cinco años después, sin decirle nada a mi padre, cogí una nave y alcancé la playa de Troya. Me presenté ante Aquiles y le dije toda la verdad: que me había escapado para venir a luchar a su lado. Mi padre me matará, dije. Aquiles admiró mi coraje y mi belleza. Tu padre estará orgulloso de ti, me dijo. Y así fue. Yo me convertí en uno de ellos. Y con la locura de un muchacho, aquella guerra yo la libré a su lado. Hasta el día en que, en mitad del combate, vi llegar a Menelao, corriendo. Me buscaba precisamente a mí y cuando estuvo cerca me miró a los ojos y me dijo: «Patroclo ha muerto, Antíloco, yo esta noticia hubiera preferido no dártela nunca, pero lo cierto es que Patroclo ha

muerto, lo han matado los troyanos.» No conseguí decir nada, tan sólo empecé a llorar, allí mismo, en medio de la batalla. Oí la voz de Menelao gritándome: «Tienes que ir corriendo a las naves, y buscar a Aquiles, y decirle que Patroclo ha muerto, y que debe hacer algo, porque estamos intentando poner a salvo su cadáver, pero tenemos a los troyanos encima y son demasiado fuertes para nosotros. Venga, corre.» Y yo fui. Me quité las armas, para ir más ligero, y a la carrera atravesé la llanura, sin conseguir dejar de llorar en ningún momento. Cuando llegué a las naves, encontré a Aquiles, de pie, escrutando el horizonte, intentando vislumbrar cuál era el curso de la batalla. Me detuve delante de él. No sé dónde estaba mirando cuando empecé a decir: «Aquiles, hijo del valeroso Peleo, ha pasado algo que no debería haber sucedido nunca, y yo debo transmitirte la noticia. Patroclo ha muerto, y los aqueos están luchando en torno a su cuerpo desnudo, porque Héctor le ha arrebatado las armas.» Una negra nube de dolor envolvió al héroe. Se dejó caer, al suelo, y con ambas manos se puso a arañar el polvo y a echárselo sobre la cabeza y sobre su hermosísimo rostro. De las tiendas salieron corriendo las esclavas de guerra y a su alrededor empezaron a gritar de dolor, golpeándose el pecho y cayendo de rodillas. Aquiles sollozaba. Yo me agaché junto a él y cogí sus manos entre las mías, porque no quería que se matara con aquellas manos y una hoja afilada. Lanzó un grito tremendo e invocó a su madre. «¡Madre! Te pedí el dolor de los aqueos, para hacerles pagar la ofensa que me habían hecho; pero, ahora, ¿cómo podré ser feliz, ahora que he perdido para siempre a aquel a quien honraba por encima de los demás compañeros y al que amaba como a mí mismo? Lejos de su patria ha muerto y yo no estaba con él para defenderlo. Estaba sentado en mi tienda, ¿comprendes? Cerca de mi nave es-

taba sentado, como un fardo inútil en el suelo, mientras él moría, y morían muchos otros bajo los golpes de Héctor. Yo me había quedado aquí, siendo como soy entre todos los aqueos el mejor en el campo de batalla... Oh, así desapareciera para siempre la ira del corazón de los hombres, ella que es capaz de enloquecer incluso a los más sabios, deslizándose en su espíritu con la dulzura de la miel y extendiéndose luego como el humo en su mente. Yo tengo que conseguir olvidar el rencor. Tengo que marcharme de aquí y encontrar al hombre que ha matado a mi amado compañero. Luego moriré yo también, ya lo sé, madre, pero antes quiero con mi lanza quebrar la vida de ese hombre, y sembrar a mi alrededor tanta muerte que las mujeres de Troya añorarán el tiempo en que esta guerra se libraba sin mí.» Gritaba estas cosas, llorando, pero seguía echado allí, en el polvo. Entonces yo le dije: «Levántate, Aquiles, los aqueos te necesitan, ahora. Están intentando defender el cuerpo de Patroclo de los troyanos, pero la batalla es dura, y muchos están muriendo. Héctor está encolerizado, quiere ese cadáver, quiere cortarle la cabeza para clavarla en una pica y levantarla como un trofeo. No permanezcas aquí, Aquiles, ¿qué deshonra te espera si dejas que Patroclo acabe siendo pasto de los perros troyanos?» Aquiles me miró. «Pero ¿cómo puedo regresar a la batalla?», me preguntó. «Mis armas están en manos de los troyanos y no es posible que luche con armas que no sean dignas de mí. ¿Qué héroe lo haría? ¿Cómo podría hacerlo yo?» Entonces yo le dije: «Lo sé, tus armas están en manos de Héctor, pero aunque sea así, sin armas, levántate y deja que los troyanos te vean: el miedo los asaltará y los nuestros tendrán un respiro.» Entonces se levantó. Y caminó hacia el borde de la fosa, al encuentro de la batalla. Se veía a los nuestros que retrocedían, llevando en vilo el cuerpo

de Patroclo en sus brazos, y a Héctor acosándolos con los suyos, persiguiéndolos sin piedad: era como arrebatarse una carroña a un león hambriento; intentaban mantenerlo alejado los dos Ayantes, y él seguía insistiendo una y otra vez, era como un fuego que se extiende de repente y asola una ciudad. Aquiles se detuvo en la orilla más elevada de la fosa. No llevaba armas encima, pero refulgía como una llama, como una nube dorada. Miró la batalla y luego lanzó un grito fortísimo, como un toque de trompeta. Los troyanos se quedaron petrificados, los caballos de bellas crines se encabitaron al percibir el hedor de la muerte. Por tres veces gritó Aquiles. Y por tres veces el terror descendió sobre los corazones de los troyanos. Los vimos dar la vuelta a sus carros y huir, abandonando la batalla, devorados por la angustia.

Cuando los nuestros depositaron el cuerpo de Patroclo en una camilla, en lugar seguro, Aquiles se acercó. Puso las manos sobre el pecho de su amado, con dulzura, aquellas manos acostumbradas a matar; se las puso sobre el pecho, y se echó a gemir sin tregua, como un león al que, en el corazón del bosque, un cazador le haya arrebatado sus cachorros.

AGAMENÓN

Lloraron sobre aquel cuerpo durante toda la noche. Le habían lavado la sangre y el polvo, y en las heridas habían echado un unguento delicadísimo. Para que no perdiera su belleza, le habían introducido por la nariz ambrosía y néctar. Luego depositaron el cuerpo sobre el lecho fúnebre, envuelto en una delgada tela de lino, y cubierto con una túnica blanca. Patroclo. *Era sólo un muchacho, ni siquiera estoy seguro de que fuera un héroe. En esos momentos habían hecho de él un dios.*

Surgió el alba, sobre sus lamentaciones, y llegó el día que para siempre iba a recordar como el día de mi final. Le llevaron a Aquiles las armas que los mejores artesanos aqueos había fabricado para él, aquella misma noche, trabajando con arte divina. Las depositaron a sus pies. Él seguía abrazado al cuerpo de Patroclo y estaba sollozando. Volvió su mirada hacia las armas. Y los ojos le brillaron con una luz siniestra. Eran armas como nadie había visto o había llevado nunca. Parecían hechas por un dios para un dios. Eran una tentación a la que de ninguna manera podría resistirse Aquiles.

De modo que se levantó, al final, se alejó de aquel

cuerpo y, gritando y moviéndose a grandes pasos entre las naves, llamó a los guerreros a la asamblea. Comprendí que nuestra guerra iba a decidirse allí cuando vi llegar, corriendo, incluso a los timoneles de las naves o a los despenseros de las cocinas, gente que nunca participaba en las asambleas. Pero aquel día vinieron ellos también, apiñándose junto a los héroes y a los príncipes, para conocer su propio destino. Yo esperé a que estuvieran todos sentados. Esperé a que llegara Ayante y a que Ulises ocupara su lugar, en primera fila. Los vi llegar renqueantes a causa de sus heridas. Luego, en último lugar, entré en la asamblea.

Aquiles se levantó. Todos callaron. «Agamenón», dijo, «No fue una gran idea que tú y yo nos peleáramos por una muchacha. Ojalá hubiera muerto de inmediato, en cuanto subió a mi nave, así tantos aqueos no habrían mordido la tierra infinita mientras yo permanecía sentado lejos, prisionero de mi cólera. Pero, sea como sea, ya es hora de dominar el corazón dentro del pecho y de olvidar el pasado. Hoy abandono yo mi ira y vuelvo a luchar. Reúne tú a los aqueos y exhortalos para que combatan junto a mí, para que así los troyanos dejen de dormir junto a nuestras naves.»

Por todas partes los guerreros estaban exultantes. En medio de todo aquel gran clamor yo tomé la palabra. Permanecí en mi asiento y pedí que guardaran silencio. Yo, el rey de reyes, tuve que pedir que guardaran silencio. Luego dije: «Mucho me habéis reprochado que aquel día arrebatara yo a Aquiles su presente de honor. Y hoy sé que me equivoqué. Pero ¿no se equivocan también los dioses? La estupidez tiene los pies ligeros y ni siquiera roza el suelo, pero camina sobre la cabeza de los hombres para su perdición: y se apodera de ellos, uno tras otro, cuando más le apetece. Se apoderó de mí ese día y me arrebató el juicio.

Hoy quiero compensar aquel error ofreciéndote infinitos regalos, Aquiles.»

Estuvo escuchándome atentamente. Luego dijo que aceptaba mis regalos, pero no ese día, ese día debía entrar en combate sin más dilación, porque una gran empresa lo estaba esperando. Estaba tan locamente ávido de guerra que no habría sido capaz de esperar ni una hora siquiera.

Entonces se levantó Ulises. «Aquiles», dijo, «no puedes llevar a un ejército en ayunas al combate. Tendrán que luchar durante todo el día, hasta la puesta de sol: y sólo quien haya comido y bebido podrá perseverar en la batalla con corazón audaz y miembros resistentes. Escúchame: haz que los guerreros regresen a las naves para prepararse una comida. Y, mientras tanto, hagamos que Agamenón traiga sus regalos hasta aquí, en medio de la asamblea, para que todos puedan verlos y admirarlos. Y luego deja que delante de todos Agamenón jure de manera solemne que no se ha unido a Briseida del modo en que se unen hombres y mujeres. Tu corazón estará más sereno cuando entres en combate. Y tú, Agamenón, organiza un rico banquete en tu tienda para Aquiles, de manera que la justicia que se le debe sea completa. Es digno de un rey pedir excusas, si es que ha ofendido a alguien.»

Así habló. Pero Aquiles no quería ni oír hablar de todo aquello. «La tierra está cubierta por los muertos que Héctor ha sembrado tras de sí, ¿y vosotros queréis comer? Ya comeremos cuando el sol se ponga: yo quiero que este ejército luche hambriento. Patroclo yace cadáver y espera venganza: yo os digo que ni comida ni bebida pasarán por mi garganta antes de que se la haya proporcionado. En este momento, a mí qué me importan los banquetes o los regalos. Yo lo que quiero es sangre, y catástrofes, y lamentos.»

Así habló. *Pero Ulises no era alguien que diera su brazo*

a torcer. Otro cualquiera hubiera agachado la cabeza, yo lo habría hecho, pero él no lo hizo. «Aquiles, el mejor de todos los aqueos, tú eres más fuerte que yo manejando la lanza, eso es seguro, pero yo soy más sabio que tú, porque soy viejo y he visto muchas cosas. Acepta mi consejo. Será una dura batalla y nos espera un enorme esfuerzo antes de ganarla. Justo es que lloremos a nuestros muertos, pero ¿acaso tenemos que hacerlo con el estómago? ¿No es también nuestro derecho reponernos del cansancio y, con comida y con vino, recuperar las fuerzas? A los que mueran enterrémoslos con el ánimo fuerte, y lloremosles desde el alba hasta la puesta del sol. Pero luego pensemos también en nosotros, para que podamos volver a perseguir al enemigo con vigor, sin tregua, sin desmayo, bajo nuestras armas de bronce. De manera que yo ordeno que nadie vaya hasta el campo de batalla sin antes haber comido y bebido: todos juntos, más tarde, nos lanzaremos sobre los troyanos, desencadenando atroz combate.»

Así habló. Y lo obedecieron. Y Aquiles lo obedeció. Ulises se hizo acompañar de algunos jóvenes y se fue a mi tienda. Fue sacando, uno a uno, los regalos que había prometido: trípodas, caballos, mujeres, oro. Y Briseida. Lo llevó todo al centro de la asamblea y luego me miró. Me levanté. La herida del brazo me estaba haciendo enloquecer, pero me levanté. Yo, el rey de reyes, elevé los brazos al cielo y delante de todos tuve que decir estas palabras: «Yo juro ante Zeus, y también ante la Tierra y el Sol, y ante las Erinies, que nunca he puesto mi mano encima de esta muchacha que se llama Briseida, y que nunca he compartido el lecho con ella. Ha permanecido en mi tienda, y ahora la restituyo intacta. Que los dioses me inflijan penas terribles si lo que he dicho no es cierto.»

No mentía. Yo me había apoderado de aquella mucha-

cha, pero no de su corazón. La vi llorar sobre el cuerpo de Patroclo y la oí hablar como nunca la había oído: «¡Patroclo, tú que eras tan amado por mí! Cuando te dejé estabas vivo y ahora, al volver, te hallo muerto. No hay fin para mis desventuras. Vi morir a mi marido, desgarrado por la lanza de Aquiles; y vi morir a todos mis hermanos delante de las murallas de mi ciudad. Y cuando lloraba por ellos tú me consolabas y con dulzura me decías que me llevarías a Ftía y que allí Aquiles me tomaría por esposa, y que todos juntos celebraríamos las bodas, con gran alegría. Aquella dulzura es la que lloro ahora al llorar por ti, Patroclo.» Y abrazaba aquel cuerpo, sollozando, entre los lamentos de las otras mujeres.

Aquiles esperó a que el ejército se alimentara. Él no quiso tocar ni la comida ni el vino. Cuando los hombres empezaron a salir de nuevo de sus tiendas y de las naves, preparados para la batalla, él se colocó sus nuevas armas. Las hermosas espinilleras, con refuerzos de plata para los tobillos; la coraza, alrededor del pecho; la espada, colgada al hombro; el yelmo, en la cabeza, refulgente como una estrella. Y la lanza, la famosa lanza que su padre le había entregado para dar muerte a los héroes. Por último, abrazó el escudo: era enorme y poderoso, despedía un resplandor como el de la luna. El cosmos entero estaba allí representado: la tierra y las aguas, los hombres y los astros, los vivos y los muertos. *Nosotros luchábamos empuñando nuestras armas: aquel hombre iría al combate aferrando el mundo entero.*

Lo vi, resplandeciente como el sol, subir a su carro y gritar a sus caballos inmortales que lo llevaran a la venganza. Los culpaba de no haber sido capaces de evitarle la muerte a Patroclo, marchándose rápidamente de la batalla. Por ello les gritaba e insultaba. Y dice la leyenda que ellos

respondieron: bajando el hocico y arrancándose las riendas, le respondieron con voz humana. Y le dijeron: correremos veloces como el viento, Aquiles, pero más veloz que nosotros corre tu destino, al encuentro con la muerte.

EL RÍO

Había visto años de guerra, porque un río no fluye ciegamente en medio de los hombres. Y durante años había escuchado lamentos, porque un río no fluye sordo allí donde mueren los hombres. Siempre impasible, había llevado hasta el mar los resplandores de aquella feroz represalia. Pero aquel día demasiada fue la sangre, y la ferocidad, y el odio. En el día de gloria de Aquiles yo me rebelé, disgustado. Si no tenéis miedo a las fábulas, escuchad ésta.

Era el amanecer y delante del muro de los aqueos los dos inmensos ejércitos se desplegaron el uno frente al otro. Vi relampaguear las armas de bronce, por millares, con la luz del primer sol. Estaba Aquiles, delante de los suyos, con las nuevas armas, impresionantes, divinas. Y en primera línea, delante de los troyanos, Eneas, el hijo de Anquises. Se adelantaba amenazador mientras sacudía su poderoso yelmo y blandía la lanza de bronce. Aquiles no esperaba otra cosa. Con un brinco salió de las filas de sus guerreros, situándose justo delante mismo de Eneas, espumando de rabia como un león herido, y como un león herido sentía las ansias de venganza y de sangre. Empezó a gritar: «Eneas, ¿qué te pasa por la cabeza, acaso quieres desafiarme? ¿Qué

crees, que si me vences Príamo te dará su corona? Para eso ya tiene a Héctor, y a todos sus hijos, ¿no estarás pensando que te dará el poder a ti? Márchate ahora, que aún estás a tiempo. Nosotros dos ya nos hemos desafiado, y te recordaré cómo fueron las cosas: no te cansaste de huir. Venga, huye ahora mismo: date la vuelta y corre. Y no te vuelvas más.»

«Crees que me asustas, ¿verdad?», le respondió Eneas. «Pero yo no soy ningún niño, soy un héroe. Corre sangre noble y divina por mis venas, igual que por las tuyas. Y no tengo ganas de quedarme aquí intercambiando injurias contigo, como si fuéramos mujerzuelas que se están peleando en mitad de la calle, en lugar de héroes en medio de la contienda y la masacre. Deja ya de hablar, Aquiles, y pelea.»

Empuñó la lanza y la arrojó. La punta de bronce resonó contra el enorme, espléndido escudo de Aquiles. Había sido fabricado con infinita maestría. Dos capas de bronce, en el exterior; dos capas de estaño, en el interior. Y, en medio, una capa de oro. La lanza de Eneas atravesó el bronce, pero en el oro se detuvo.

Levantó entonces su lanza Aquiles. Eneas tendió hacia delante el brazo que sostenía el escudo. La punta de bronce voló con rapidez por el aire, partió el escudo, pasó como un soplo por encima de la cabeza de Eneas y fue a clavarse al suelo, detrás de él. Eneas se quedó petrificado por el miedo. La lanzada había fallado por muy poco. Aquiles desenvainó la espada. Gritando de una manera horrible se lanzó hacia delante. Eneas se sintió perdido. Cogió con sus manos una gran piedra que encontró cerca. La levantó para defenderse. Y vi que Aquiles, de repente, como cegado, perdía el empuje, como si dentro de su cabeza le estuviera pasando alguna cosa, hasta detenerse, perdido; su vista

daba vueltas a su alrededor, como si estuviera buscando algo que hubiera perdido. Eneas no se lo pensó mucho. Se dio la vuelta y echó a correr hasta que desapareció entre los troyanos. De manera que Aquiles, cuando volvió en sí, miró en torno y ya no lo vio. Seguía estando allí la lanza que había fallado el tiro por un soplo, clavada en el suelo, pero él ya no estaba. «Parece arte de magia», murmuró Aquiles. «Eneas debe de ser amado por algún dios, para poder desaparecer de este modo. ¡Pero que se vaya enhoramala! No es de él de quien me tengo que ocupar. Ya es hora de que entre en combate.» Así habló y se lanzó sobre los troyanos.

Al primero que mató fue a Ifitión, le acertó en la cabeza, la cabeza se partió por la mitad: cayó el héroe con estruendo y pasaron por encima de él las ruedas de los carros aqueos. Luego mató a Demoleonte: le dio en la sien, no resistió el yelmo de bronce y la punta de la lanza le trituró el cerebro. Descendió la tiniebla sobre los ojos del héroe. Luego mató a Hipodamante, mientras intentaba huir, aterrorizado: alcanzado en mitad de la espalda, cayó al suelo bramando como un animal. El alma abandonó el cuerpo del héroe. Después mató a Polidoro, el más joven de los hijos de Príamo, y el más amado. Aquiles le acertó en mitad de la espalda: la lanza atravesó el cuerpo y salió por el pecho; cayó de rodillas el héroe con un grito y una nube, oscura, lo envolvió. Cuando Héctor vio a su hermano menor de rodillas, con las entrañas en la mano, fue asaltado por la rabia y se olvidó de toda prudencia. Sabía que no tenía que salir al descubierto y que tenía que esperar a Aquiles en medio de la muchedumbre, donde estaba bien protegido por sus compañeros. Pero vio a su hermano, muriendo de aquel modo, y ya no pensó en nada y se abalanzó hacia Aquiles, gritando. Aquiles lo vio y en sus ojos brilló un des-

tello de triunfo. «Ven, Héctor, acércate más», gritó. «¡Acércate a tu muerte!» «No me das miedo, Aquiles», respondió. «Sé que eres más fuerte que yo, pero mi lanza es tan capaz de matar como la tuya. Y será el destino el que decida quién ha de morir.» Luego lanzó su arma, pero la punta de bronce fue a clavarse al suelo, no muy lejos de él. Aquiles pensó que ya lo tenía en sus manos. Con un grito terrible arremetió hacia delante, blandiendo la lanza. Pero de nuevo, la vista se le oscureció y algo se le perdió en su mente. Por tres veces arremetió hacia delante, pero como a ciegas, como si combatiera envuelto por una niebla profunda. Cuando volvió en sí, Héctor ya no estaba allí: había desaparecido entre los troyanos. Furibundo, Aquiles embistió contra todo lo que iba encontrando a su alrededor. Mató a Dríope, al darle en pleno cuello. Y a Demuco, acertándole primero en la rodilla y luego en el vientre. A Laógono lo mató con la lanza y a Dárdano con la espada. Aterrorizado, Tros cayó de rodillas a sus pies, pidiéndole compasión. Era sólo un muchacho, joven como Aquiles. Aquiles le atravesó el hígado con su espada, el hígado se le salió y negra sangre brotó del cuerpo del héroe. A Mulio lo mató con una lanzada en la oreja: la punta de bronce le traspasó la cabeza y salió por debajo de la otra oreja. Con la espada mató a Equeclo, destrozándole el cráneo. Con la lanza le dio a Deucalión en el codo, y luego con la espada le cortó la cabeza: la médula manó de sus vértebras, cayó el tronco del héroe al suelo. Con la lanza le traspasó el vientre a Rigmo, y con un golpe en la espalda mató a su escudero, Areítoo. Era igual que un fuego que va devorando el inmenso bosque, empujado por un viento impetuoso. Sobre la negra tierra corría la sangre, y él no se detenía, ávido de gloria, con las manos manchadas de barro y de muerte.

Aterrorizados, los troyanos huían por los campos.

Y cuando me vieron, en medio de la llanura, como animales que huyen de un incendio se echaron en mis aguas para buscar su salvación. Aquiles llegó hasta mis orillas, luego apoyó su lanza en el suelo y, con la espada desenvainada, él también se lanzó al agua. Mató a cuantos se le ponían a tiro. Oía gemidos y dolor por todas partes, mientras mis aguas se iban tñiendo de sangre. Vi a Aquiles coger, uno a uno, a doce jóvenes de entre los troyanos y, en lugar de matarlos, llevarlos a la orilla, uno a uno, y hacerlos prisioneros, para sacrificarlos delante del cadáver de Patroclo: como cervatillos asustados los sacó del agua, uno a uno, para matarlos bajo las negras naves. Luego se dio la vuelta de nuevo para lanzarse hacia la muchedumbre y proseguir con la masacre. Todavía estaba en la orilla cuando se vio frente a Licaón: era un muchacho, y su padre, Príamo, acababa de rescatarlo de su cautiverio: hacía poco que había vuelto al combate. Y ahora estaba allí, sin armas, se había liberado de todo para poder atravesar el río y allí estaba, desnudo y aterrorizado. «Pero ¿qué es lo que ven mis ojos?», dijo Aquiles. «En otra ocasión ya te encontré en batalla y te cogí vivo, para venderte luego como esclavo en Lemnos. Y ahora vuelvo a encontrarte aquí. No, si al final los troyanos a los que he mandado al infierno empezarán ahora a regresar. Pero esta vez tú no volverás, Licaón.» Levantó la lanza y cuando estaba a punto de clavársela, Licaón cayó de rodillas, por lo que la lanza le rozó la espalda y fue a clavarse al suelo. «Ten piedad», se puso a llorar Licaón. «Acabo de volver al combate y voy y me encuentro de nuevo frente a ti, ¿por qué los dioses me odian de esta manera? Ten piedad, ya has matado a mi hermano Polidoro, no hagas lo mismo conmigo: entre los hijos de Príamo es a Héctor a quien tú buscas.» Pero Aquiles lo miró con ferocidad: «Desgraciado, ¿a mí me hablas de piedad? Antes de que

matarais a Patroclo yo sentía piedad, y a muchos troyanos perdoné la vida. Pero ahora... Nadie escapará con vida de mis manos. Deja ya de llorar. Si ha muerto alguien como Patroclo, que valía mucho más que tú, ¿por qué deberías seguir con vida? Y mírame a mí, mira lo fuerte y hermoso que soy; y, a pesar de ello, yo también moriré: llegará una aurora, o una puesta de sol, o un mediodía que me verán morir. ¿Y tú lloras por tu muerte?» Licaón bajó la cabeza. Tendió los brazos hacia delante, en una última súplica. Aquiles hundió su espada, hasta la empuñadura, en su cuerpo, de arriba abajo, entrando justo por debajo de la clavícula. Licaón cayó. Aquiles lo cogió por un pie y lo arrastró hasta mis aguas. «No te llorará tu madre en tu lecho fúnebre», dijo, «sino que este río te llevará hasta el mar, donde serás devorado por los peces.» Luego se puso a gritar. «¡Moriréis todos! No os salvará este río, yo os perseguiré hasta las murallas de Troya. Pereceréis con una muerte horrible y pagaréis todos por lo que hicisteis a Patroclo.» Entró de nuevo en el agua y siguió matando: Asteropeo, y Tersíloco, y Midón, y Astílipo, y Mneso, y Trasio, y Enio, y Ofelestes. Era una masacre. Y entonces yo grité: «Aléjate de mí, Aquiles, vete lejos de mí si quieres seguir matando. Deja ya de echar cadáveres a mis bellísimas aguas, porque no voy a tener fuerzas para llevarlos a todos hasta el mar. Me horrorizas, Aquiles. Detén-te ya, o márchate.» Y Aquiles me respondió: «Me marcharé de aquí cuando los haya matado a todos, río.» Fue por esto por lo que entonces provoqué una enorme ola, temible, que se levantó en el aire y luego fue a romper sobre su escudo, revolcándose sobre él. Vi que intentaba buscar algo a lo que agarrarse. Había un olmo, en la ribera, grande y florido: se colgó de sus ramas, pero la ola se llevó de allí también el árbol, con las raíces y todo el resto; se precipitó en el agua, arrastrándolo a él

también. Entonces Aquiles se levantó, con un esfuerzo sobrehumano consiguió salir de los remolinos y ganar la orilla e intentó escapar por la llanura. Pero hasta allí mismo también lo perseguí: más allá de cualquier cauce, lo perseguí con mis aguas, anegando todos los campos. Él huía y la gran ola en que yo me había convertido lo acosaba: y cuando se detenía, y se daba la vuelta, yo me echaba encima de él, y él volvía a encontrar tierra bajo sus pies y empezaba a correr de nuevo, hasta que al final lo oí gritar: el divino Aquiles se puso a gritar: «¡Madre!, ¡madre! ¿Es que no viene nadie a salvarme? ¿Por qué me dijiste entonces que moriría al pie de las murallas de Troya? Si, por lo menos, me hubiera matado Héctor, que es entre todos el más fuerte... Yo soy un héroe, y es un héroe quien me tiene que matar. En cambio es mi destino morir con una muerte tan indigna, ¡arrastrado por un río como si fuera un miserable guardián de cerdos cualquiera!» Corría entre las aguas, entre los cadáveres y las armas que flotaban y se arremolinaban a su alrededor: corría con una fuerza divina, pero yo sabía que no lo salvarían ni su fuerza, ni su belleza, ni sus espléndidas armas; él acabaría en el fondo de una marisma, cubierto por el cieno, y sobre él acumularía arena y gravilla, y para siempre, para siempre, sería su impenetrable tumba. Me encrespé en el aire, en una última ola enorme que se lo llevara de allí, hirviendo de espuma, cadáveres y sangre. Y entonces vi el fuego. Desde la llanura, inexplicable, mágico, el fuego. Una muralla de fuego que venía hacia mí. Ardían los olmos, los sauces, los tamariscos; ardían el loto y el junco y la juncia; ardían los cadáveres y las armas y los hombres. Me detuve. El fuego me alcanzó. Lo que nadie, nunca, había visto, lo vieron todos ese día: un río en llamas. Las aguas hirviendo, los peces escabulléndose aterrorizados por entre los torbellinos incandescentes.

Del mismo modo vería yo huir a los troyanos, muchas noches después, del incendio de su ciudad.

Desde mi lecho, al regresar derrotado a mis corrientes habituales, vi a Aquiles persiguiendo a los troyanos hasta las murallas de Ilio. Desde lo alto de una torre, Príamo observaba la derrota. Hizo abrir las puertas para que todo su ejército hallara refugio en la ciudad, y ordenó volver a cerrarlas en cuanto el último de sus guerreros hubiera pasado. Pero el último guerrero era el más fuerte, y el primogénito, y el héroe que nunca más volvería a entrar por aquella puerta.

ANDRÓMACA

Se refugiaban en la ciudad como cervatillos aterrorizados. Príamo había hecho abrir las puertas Esceas de par en par, y ellos entraban a la carrera, y a la carrera también se subían a los espaldones, todavía cubiertos de sudor, abrasados por la sed, y contra los parapetos se amontonaban para mirar abajo, a la llanura. Por millares encontraron refugio en el vientre de la ciudad. Sólo uno permaneció fuera de las puertas, anclado por su destino. Y era el hombre al que amaba, y el padre de mi hijo.

Llegó Aquiles corriendo desde lejos, delante de sus guerreros, veloz como un caballo victorioso, resplandeciente como una estrella, fulgurante como un presagio de muerte. Príamo lo reconoció desde lo alto de la torre, y supo cuál era la situación. No consiguió dominarse y se echó a llorar, el anciano, el gran rey, delante de todos, golpeándose la cabeza con las manos y murmurando: «Héctor, hijo mío, márchate de ahí. Aquiles es demasiado fuerte para ti, no te enfrentes tú solo a él. Ya lo has visto, ese hombre está matando a mis hijos uno a uno: no dejes que te mate a ti también. Sálvate y, con vida, salva también a los troyanos. No quiero morir atravesado por una lanza el

día en que nuestra ciudad sea conquistada. No quiero ver cómo mueren mis hijos, cómo son esclavizadas mis hijas, cómo son arrasados los lechos conyugales, cómo son arrojados al polvo los niños en plena masacre. No quiero ser arrastrado por el suelo ni descuartizado por los perros que hasta el día antes alimentaba con las sobras de mi mesa. Tú, Héctor, eres joven. Los jóvenes son hermosos en la muerte, en cualquier clase de muerte. Tú no debes avergonzarte de morir, pero yo..., imagínate un viejo, y esos perros agachándose sobre él, y cómo le devoran el cráneo, y le arrancan los sesos, y se beben su sangre. Imagínate sus canas, su piel pálida, imagínate los perros que, después, una vez saciados, se van a echar bajo el pórtico... Yo soy demasiado viejo, Héctor, para morir así. Déjame morir en paz, hijo mío.»

El gran rey lloraba. Y también lloraba Hécuba, reina y madre. Se había abierto el vestido por delante y, con el pecho desnudo, le suplicaba a su hijo que se acordara de cuando él iba corriendo a aquel pecho para consolar su llanto de niño: ahora quería que de nuevo corriera, como antaño, donde estaba ella, en lugar de dejarse matar allí, fuera de las murallas, por un hombre cruel que no tendría piedad de él. Pero Héctor no la escuchaba. Permanecía quieto, apoyado en la muralla, esperando a Aquiles, como una serpiente que, ahíta de veneno, espera a un hombre delante de su propio cubil. En su corazón lamentaba los muchos héroes que habían muerto aquel día de guerra, y sabía que él los había matado cuando se había negado a retirar su ejército ante el retorno de Aquiles. Los había traicionado, y ahora lo único que podía hacer era reconquistar el amor de su pueblo desafiando a aquel hombre. Tal vez pensó durante unos instantes en abandonar las armas y en poner fin a aquella guerra, devolviendo a Helena y todas

sus riquezas, y otras más. Pero sabía que a esas alturas ya nada detendría a Aquiles, salvo la venganza. Lo vio llegar a la carrera, rutilante con sus armas, igual que un sol naciente. Lo vio detenerse, frente a él, blandiendo la lanza sobre el hombro derecho, terrible como ningún hombre podría aparecer nunca, sino sólo un dios, el dios de la guerra. Y el terror se apoderó de su corazón. Héctor empezó a huir, corriendo a lo largo de las murallas, tan rápido como podía. Como un halcón, Aquiles se lanzó en su persecución, furioso. Por tres veces dieron la vuelta a Troya, como caballos lanzados en una carrera. Pero esa vez el trofeo no era oro, ni esclavos, ni riquezas: la vida de Héctor era el premio. Y cada vez que pasaban por delante de las puertas Esceas, Aquiles se le anticipaba y le cortaba el camino a Héctor, empujándolo hacia la llanura e impidiéndole huir a la ciudad. Y así reemprendían la carrera: era como en los sueños, cuando perseguimos a alguien y no conseguimos alcanzarlo, pero él tampoco puede huir del todo, y esto puede durar toda la noche. Y duró hasta que salió Deífobo por las puertas Esceas y corrió veloz junto a Héctor, diciéndole: «Hermano mío, de esta manera Aquiles acabará agotándote. Deténte y juntos nos enfrentaremos a él.» Héctor lo miró y le abrió su corazón: «Deífobo, amado hermano, únicamente tú, al verme así, has tenido la valentía de salir de las murallas y venir en mi ayuda.» «Padre y madre no querían dejarme», dijo Deífobo. «Pero yo no podía resistirlo, demasiada era la angustia y ahora aquí estoy, a tu lado. Detengámonos y luchemos juntos: el destino decidirá si seremos nosotros quienes vencamos o Aquiles.» Así terminó aquel extraño sueño. Héctor dejó de huir. Aquiles se detuvo. Lentamente fueron el uno hacia el otro. Fue Héctor el primero en hablar: «No seguiré huyendo delante de ti, Aquiles. Ahora he vuelto a encontrar el coraje para ha-

certe frente. No obstante, júrame que si vences te quedarás con mis armas, pero no con mi cuerpo. Yo haré lo mismo contigo.» Aquiles lo miró con odio. «Héctor, maldito seas, no pactaré contigo. No pactan hombres y leones, lobos y corderos: su discordia no tiene fin. Preocúpate en todo caso de luchar. Ha llegado el momento de demostrar si eres de verdad el guerrero que crees ser.» Luego levantó la lanza, haciéndola oscilar en el aire, y la arrojó con terrible fuerza. Héctor la vio llegar y se echó a un lado velozmente, la punta de bronce voló por encima de sus hombros y fue a clavarse en el suelo. ¡Entonces no era cierto que los dioses lo tuvieran ya todo decidido y que ya estaba escrito el nombre del vencedor! Héctor aferró su lanza, la levantó por encima de su cabeza y la arrojó. La punta de bronce dio de lleno en el escudo de Aquiles, pero aquél era un escudo divino, nada podría haberlo partido: la punta de bronce se hundió justo en el centro, pero allí se detuvo. Héctor lo miró aturdido, y se dio la vuelta para pedirle a Deífobo otra lanza, con la que seguir luchando. Se dio la vuelta, pero Deífobo ya no estaba allí. Había huido hasta el interior de la ciudad, al final el miedo se lo había llevado de allí. Entonces Héctor comprendió que al final su destino lo había alcanzado. Y dado que era un héroe, sacó la espada para morir combatiendo, para morir de una forma que todos los hombres venideros habrían de contar para siempre. Cogió impulso, como un águila ávida de caer sobre su presa. Delante de él, Aquiles se amparó en el esplendor de sus armas. Se abalanzaron el uno sobre el otro, lo mismo que dos leones. La punta de bronce de la lanza de Aquiles avanzaba como avanza brillando la estrella de la noche en el cielo nocturno. Buscaba un punto desprotegido entre las armas de Héctor, las armas que antes habían sido de Aquiles, y luego de Patroclo. Buscaba entre el bron-

ce el resquicio por el que llegar a la carne y a la vida. Lo encontró en el punto en el que el cuello se sostenía sobre el hombro, el tierno cuello de mi amado: penetró en la garganta y la traspasó de parte a parte. Héctor se desplomó en el polvo. Miró a Aquiles y con el último aliento de vida le dijo: «Te lo suplico, no me abandones a los perros. Entrégale mi cuerpo a mi padre.» Pero duro era el corazón de Aquiles, contra toda esperanza. «No me supliques, Héctor. Demasiado es el mal que me has hecho; ya es mucho que no te despedace ni te descuartice yo mismo. En cambio, Patroclo sí que tendrá todas las honras fúnebres que se merece. Tú te mereces que los perros y las aves te devoren, lejos de tu lecho, y de las lágrimas de quien te amó.» Héctor cerró los ojos, y la muerte lo envolvió. Voló a lo lejos su alma, hacia el Hades, llorando su destino, y la fuerza y la juventud perdidas.

Aquiles arrancó la lanza del cuerpo de Héctor. Luego se agachó para quitarle las armas. Todos los aqueos fueron corriendo para mirar, desde cerca. Por vez primera veían aquel cuerpo desnudo, sin armas. Se sentían admirados por su belleza y, pese a todo, no sabían resistirse a la tentación de golpearlo, con la espada, con la lanza. Se reían. «Pues la verdad es que Héctor ahora está más blando que cuando le pegaba fuego a nuestras naves.» Se reían y lo golpeaban. Hasta que Aquiles hizo que cesaran. Se agachó sobre Héctor, y con un cuchillo le agujereó los tobillos, justo bajo el maléolo. Por el orificio hizo pasar unas correas de cuero y las ató firmemente a su carro. Lo hizo de manera que el cuerpo quedara colgando, con la cabeza en el polvo. Luego cogió las armas de Héctor, su trofeo, y subió al carro. Fustigó a los caballos, que emprendieron el vuelo. Arrastrado por el suelo, el cuerpo de Héctor levantaba una negra nube de polvo y sangre.

Era tan bello tu rostro. Y ahora se arrastra por el suelo, con el hermoso pelo moreno que, arrancado, vuela por el polvo. Ambos habíamos nacido lejos, tú en Troya y yo en Tebas, pero un único destino nos aguardaba. Y ha sido un destino infeliz. Ahora me dejas viuda en tu casa, sumida en el más profundo dolor. El hijo que tuvimos juntos es tan pequeño todavía. Ya no podrás ayudarlo, y él no podrá ayudarte a ti. Aunque sobreviva a esta guerra, para siempre irá acompañado de pena y dolor, porque quien no tiene padre pierde a sus amigos y defiende sus bienes con dificultad. Con la vista en el suelo, el rostro surcado por las lágrimas, irá a tirar del manto de otros padres cuando busque protección, y a lo mejor alguien tendrá una mirada de piedad para él, pero será como humedecer los labios al sediento. Bien que lo llamaban los troyanos «el señor de la ciudad» a este niño, porque era hijo tuyo y sólo tú eras quien defendía esta ciudad. Héctor... El destino te ha hecho morir lejos de mí, y para mí éste será el dolor más grande para siempre, porque tus últimas palabras no han sido para mí: las habría aferrado y las habría recordado durante toda mi vida, cada día y cada noche de mi vida. Bajo las negras naves, ahora mismo, eres presa de los gusanos y tu cuerpo desnudo, que yo tanto amaba, sirve como pasto a los perros. Túnicas bellísimas y ricas, tejidas por manos de mujeres, te esperaban aquí. Iré al palacio real, las cogeré y las tiraré al fuego. Si ésta es la única pira que puedo ofrecer en tu honor, te la ofreceré. Por tu gloria, delante de todos los hombres y las mujeres de Troya.

PRÍAMO

Y todos vieron al rey revolcándose en el cieno, enloquecido por el dolor. Iba vagando de uno a otro y suplicando que lo dejaran ir a las naves de los aqueos para recuperar el cuerpo de su hijo. A ese viejo loco tuvieron que sujetarlo por la fuerza. Durante días permaneció sentado, rodeado de sus hijos, encerrado en su manto. A su alrededor, todo era pena y lamentación. Hombres y mujeres lloraban, todos, mientras pensaban constantemente en los héroes caídos. El anciano esperó a que el cieno se endureciera en su pelo y sobre su piel blanca. Luego, una noche, se levantó. Fue hasta el tálamo e hizo que llamaran a su esposa, Hécuba. Y cuando la tuvo enfrente le dijo: «Tengo que ir hasta allí. Llevaré valiosísimos presentes que suavizarán el ánimo de Aquiles. Tengo que hacerlo.» Hécuba empezó a desesperarse. «¡Dios mío! ¿Dónde está esa sabiduría que te hizo famoso? ¿Quieres ir hasta las naves, tú solo? ¿Quieres terminar delante del hombre que tantos hijos te ha matado? Ése es un hombre despiadado, ¿qué te crees, que tendrá piedad de ti, que te respetará? Quédate aquí, llorando en tu casa. Por Héctor nosotros ya no podemos hacer nada, era su destino dejar que los perros lo de-

voraran lejos de nosotros, víctima de ese hombre al que arrancaría yo el hígado a dentelladas.» Pero el viejo rey le respondió: «Tengo que ir allí. Y no serás tú quien me detenga. Si es mi destino que yo muera junto a las naves de los aqueos, pues bien, entonces moriré: pero no sin antes haber abrazado a mi hijo, y haber llorado mi dolor sobre él.»

Así habló, y luego hizo que abrieran los cofres más valiosos. Escogió doce vestidos hermosísimos, doce mantos, doce tapices, doce telas de lino cándido y doce túnicas. Pesó diez talentos de oro, y cogió dos trípodes brillantes, cuatro calderos y una copa maravillosa, regalo de los tracios. Después salió fuera corriendo y empezó a gritarle a toda esa gente que estaba llorando en su casa, enfurecido: «¡Marchaos de aquí, miserables, infames, ¿es que no tenéis vuestra casa para llorar en ella? ¿Tenéis que estar precisamente aquí, atormentándome? ¿No os basta con que Zeus me haya arrebatado a Héctor, que de todos mis hijos era el mejor? Sí, el mejor, me habéis oído bien. ¿Me has oído, Paris? ¿Y tú, Deífobo, y vosotros, Polites, Agatón, Héleno? Él era mi mejor hijo, miserables. ¿Por qué no habréis muerto vosotros en su lugar, eh? Yo tenía hijos valientes, pero a todos los he perdido, y sólo me quedan los peores, los vanidosos, los mentirosos, los que sólo sirven para bailar o para robar. ¿A qué esperáis, infames? Salid de aquí e id a prepararme un carro, enseguida. Tengo que ponerme en camino.» Todos temblaban, ante los gritos del viejo rey. Y tendríais que haber visto cómo salieron corriendo a preparar un carro y a cargarlo con todos los presentes, y luego las mulas, y los caballos, todo... Ya nadie discutía. Cuando todo estuvo preparado llegó Hécuba. Llevaba en la mano derecha una copa llena de dulce vino. Se acercó al viejo rey y se la ofreció. «Si de verdad quieres ir», le dijo, «en contra

de mi opinión, por lo menos brinda antes por Zeus, y ruegale que te permita regresar vivo.» El viejo rey cogió la copa y, ya que su esposa así se lo pedía, la elevó hacia el cielo y le rogó a Zeus que tuviera piedad, y que le permitiera encontrar amistad y compasión en el lugar al que se dirigía. Luego subió al carro. Todos los presentes los habían colocado en un segundo carro, conducido por Ideo, el heraldo lleno de sabiduría. Partieron de allí, el rey y su fiel servidor, sin escolta, sin guerreros, solos, en la oscuridad de la noche.

Cuando llegaron al río se detuvieron, para que bebieran los animales. Y fue allí cuando vieron a aquel hombre acercarse, surgido de la nada, de la oscuridad. «Huyamos, mi rey», dijo Ideo de inmediato, asustado. «Huyamos o ése nos matará.» Pero no conseguí moverme, me sentía petrificado por el miedo, veía a aquel hombre acercarse cada vez más, y no lograba hacer nada. Vino hacia mí, precisamente hacia mí, y me tendió la mano. Tenía el aspecto de un príncipe, joven y hermoso. «¿Adónde te diriges, viejo padre?», dijo. «¿No temes la furia de los aqueos, tus enemigos mortales? Si alguno de ellos te ve mientras transportas tantos tesoros, ¿qué harás? Vosotros dos ya no sois jóvenes, ¿cómo podréis defenderos si alguien os asalta? Dejad que yo os proteja, no quiero haceros daño: tú me recuerdas a mi padre.» Parecía como si un dios lo hubiera puesto en nuestro camino. Creía que nos habíamos escapado de Ilio, que la ciudad era presa del terror, y que nosotros dos nos habíamos escapado con todas las riquezas que habíamos podido llevarnos. Sabía lo de la muerte de Héctor y pensaba que los troyanos se estaban dando a la fuga. Y cuando habló de Héctor, dijo que en el campo de batalla no era inferior a ninguno de los aqueos. «Ah, joven príncipe, pero ¿quién eres tú, que hablas de esta manera de Héctor?» Y él

respondió que era uno de los mirmídones, que había venido a la guerra siguiendo a Aquiles y que ahora era uno de sus escuderos. Dijo que él había visto luchar a Héctor mil veces, y que se acordaba de cuando había atacado las naves. Y dijo que venía del campamento de los aqueos, donde todos los guerreros estaban esperando la Aurora para atacar Troya de nuevo. «Pues entonces, si vienes de allí habrás visto a Héctor. Dime la verdad, ¿está todavía en la tienda de Aquiles o ya lo han tirado para que sirva de alimento a los perros?» «Ni perros ni aves lo han devorado, viejo», respondió. «Puedes creerlo o no, pero su cuerpo ha permanecido intacto. Doce días han pasado desde que lo mataron, y sin embargo parece que acabe de morir. Cada día, al alba, Aquiles lo arrastra sin piedad alrededor de la tumba de Patroclo, para ultrajarlo, y cada día el cuerpo permanece intacto. Las heridas cicatrizan, la sangre desaparece. Algún dios está velando por él, viejo: aunque esté muerto, algún dios lo ama.» Ah, escuchaba aquellas palabras con tanta alegría en mi corazón... Le ofrecí aquella copa, la copa que había cogido para Aquiles, se la ofrecí y a cambio le pedí que intentara hacernos entrar en el campamento aqueo. «Viejo, no me pongas a prueba», dijo. «No puedo aceptar regalos tuyos sin que Aquiles lo sepa. Quien roba algo a ese hombre se enfrenta a grandes desgracias. Pero, sin esperar nada a cambio, yo te guiaré hasta él. Verás como, yendo conmigo, nadie se atreve a detenerte.» Así habló, y se subió al carro, cogiendo las riendas y fustigando a los caballos. Y cuando llegó a la fosa, y al muro, nada le dijeron los centinelas: franqueó las puertas abiertas y rápidamente nos condujo hasta la tienda de Aquiles. Era majestuosa, se sostenía con troncos de abetos y estaba rodeada por un gran patio. La puerta, enorme, era de madera. Aquel hombre la abrió y me dijo que entrara. «No es bueno que Aquiles

me vea, viejo. Pero tú no tiembles, ve y arrodíllate delante de él. Espero que puedas conmover su duro corazón.» Entonces el viejo rey entró. Dejó a Ideo vigilando los carros y entró en la tienda de Aquiles. Allí había algunos hombres que se afanaban en torno a la mesa, que todavía estaba puesta. Aquiles estaba sentado en una esquina, solo. El viejo rey se le aproximó sin que nadie se diera cuenta de ello. Incluso podría haberlo asesinado. Pero, en vez de eso, cayó a sus pies y se abrazó a sus rodillas. Aquiles se quedó estupefacto, petrificado por la sorpresa. Príamo le cogió las manos, aquellas manos terribles que a tantos de sus hijos habían matado, y se las llevó a los labios, y las besó. «Aquiles, tú ya me ves, ya soy viejo. Como tu padre, traspasé el umbral de la triste vejez. Pero al menos él estará en su tierra esperando volver a ver algún día a su hijo, de regreso desde Troya. Inmensa es en cambio mi desventura: tenía cincuenta hijos para defender mi tierra, y la guerra me los ha arrebatado a casi todos; tan sólo me quedaba Héctor, y tú lo has matado, al pie de las murallas de la ciudad de la que era el último y más heroico defensor. He venido hasta aquí para llevármelo a casa, a cambio de espléndidos presentes. Ten piedad de mí, Aquiles, en memoria de tu padre: si tienes piedad de él, ten piedad de mí que, único entre todos los padres, no me he avergonzado de besar la mano que ha matado a mi hijo.» Los ojos de Aquiles se llenaron de lágrimas. Con un gesto de su mano alejó a Príamo de sí, con dulzura. Los dos hombres lloraban, acordándose del padre, del muchacho amado, del hijo. Sus lágrimas, en aquella tienda, en aquel silencio. Luego Aquiles se levantó de su asiento, cogió al viejo rey de la mano e hizo que se levantara. Miró sus canas, la blanca barba y le dijo conmovido: «Tú, infeliz, que tantas desventuras has sufrido en tu corazón, ¿dónde has encontrado la valentía para venir has-

ta las naves de los aqueos y arrodillarte delante del hombre que te ha matado a tantos hijos valerosos? Tienes un corazón fuerte, Príamo. Siéntate aquí, en mi asiento. Olvidemos juntos la angustia, porque de nada sirven tantas lágrimas. Es el sino de los hombres vivir en el dolor, y sólo los dioses viven felices. Es la suerte, inescrutable, la que reparte el bien y el mal. Mi padre, Peleo, era un hombre afortunado, el primero entre todos los hombres, rey en su tierra, esposo de una mujer que era una diosa: y sin embargo la suerte tan sólo le concedió un único hijo, nacido para reinar, y ahora ese hijo, lejos de él, corre veloz hacia su destino de muerte, sembrando la ruina entre sus enemigos. Y tú, que fuiste tan feliz antaño, rey de una vasta tierra, padre de muchos hijos, dueño de una inmensa riqueza, ahora te ves obligado a despertarte cada día rodeado por la guerra y por la muerte. Sé fuerte, viejo, y no te atormentes: llorar a tu hijo no le devolverá la vida.» Y con un gesto invitó al viejo rey a sentarse, en su asiento. Pero él no quiso, dijo que quería ver el cuerpo de su hijo, con sus propios ojos, que eso era lo único que quería: no quería sentarse, quería a su hijo. Aquiles lo miró crispado. «Ahora no me irrites, viejo. Te devolveré a tu hijo, porque si has llegado vivo hasta aquí quiere decir que ha sido un dios el que te ha guiado, y yo no quiero molestar a los dioses. Pero no me irrites, porque soy capaz hasta de desobedecer a los dioses.» El viejo rey tembló de miedo entonces, y se sentó, tal y como se le había ordenado. Aquiles salió de su tienda, con sus hombres. Fue a coger los valiosos presentes que Príamo había elegido para él. Y dos telas de lino y una túnica dejó sobre el carro, para que envolvieran con ellas el cuerpo de Héctor cuando estuviera preparado para que lo llevaran de regreso a casa. Luego llamó a las esclavas y les ordenó que lavaran y ungieran el cadáver del héroe, y que

hicieran todo eso apartadas, para que los ojos de Príamo no lo vieran y no tuvieran que sufrir. Cuando el cuerpo estuvo preparado, el propio Aquiles lo cogió en sus brazos, lo levantó en vilo y lo depositó sobre el lecho fúnebre. Luego volvió a la tienda y se sentó frente a Príamo. «Tu hijo, viejo, te ha sido devuelto, como tú querías. Al amanecer lo verás y te lo podrás llevar de aquí. Y ahora te ordeno que comas conmigo.» Prepararon una especie de banquete fúnebre, y cuando hubieron acabado la comida, permanecimos allí, el uno frente al otro, hablando en la noche. No conseguía no admirar su belleza, parecía un dios. Y él me escuchaba con atención, en silencio, subyugado por mis palabras. Aunque pueda parecer increíble, pasamos todo aquel tiempo admirándonos. Tanto fue así que, al final, olvidándome de dónde estaba y de por qué estaba allí, le pedí un lecho, porque hacía días que no dormía, aturdido por el dolor: y me lo prepararon, con valiosas alfombras y mantas de púrpura, en una esquina, para que ninguno de los demás aqueos pudiera verme. Cuando todo estuvo preparado, Aquiles se acercó a mí y me dijo: «Detendremos la guerra para que tengas tiempo de honrar a tu hijo, viejo rey.» Y luego me cogió la mano, y me la estrechó, y ya no tuve miedo.

Me desperté en el corazón de la noche, cuando todos dormían, a mi alrededor. Debí de haberme vuelto loco para quedarme allí esperando el alba. Me levanté en silencio, fui a los carros, desperté a Ideo, enganchamos los caballos y, sin que nadie nos viera, partimos. Atravesamos la llanura en la oscuridad. Y cuando la Aurora de color de oro se extendió por toda la tierra, llegamos a las murallas de Troya. Desde la ciudad las mujeres nos vieron y se pusieron a gritar que el rey Príamo había regresado, y con él su hijo Héctor, y todos salieron por las puertas, corriendo a

nuestro encuentro. Todos querían acariciar la hermosa cabeza del muerto, llorando y elevando sordas lamentaciones. A duras penas el viejo rey consiguió empujar los carros hasta el interior de las murallas, y luego hasta el palacio real. Cogieron a Héctor y lo depositaron sobre un lecho taraceado. A su alrededor se fue elevando un canto fúnebre. Y las mujeres, una a una, fueron junto a él, y sujetando la cabeza entre sus manos le fueron diciendo adiós. Andrómaca en primer lugar, porque era su esposa. «Héctor, tú mueres joven y me dejas viuda en nuestra casa, con un niño pequeño que nunca se hará mayor. Esta ciudad será destruida, porque has muerto tú, que eras su protector. Las nobles esposas serán arrastradas hasta las naves, y yo seré una de ellas. A tu hijo, alguno de los aqueos lo cogerá y lo lanzará desde las altas torres, dándole una muerte horrible, por el odio y el desprecio que sienten hacia ti, por los muchos hijos aqueos, y hermanos, y amigos, que mataste. Por ti lloran tus padres. Hoy por ti llora toda la ciudad, pero nadie llora por ti con tanto dolor como tu esposa, que nunca olvidará que fuiste a morir lejos de ella.»

Entonces lloró por él Hécuba, su madre. «Héctor, entre todos mis hijos el más grato a mi corazón. Los dioses, que tanto te amaron en vida, tampoco te han abandonado después de la muerte. Te arrastró Aquiles por el suelo, para hacer feliz a su amado Patroclo, pero ahora yo me encuentro aquí contigo, y sigues estando hermoso, y lozano, e intacto. Te ha despedazado la lanza de Aquiles, pero parece haber tenido una dulce muerte, hijo mío.»

Y por él lloró, en último lugar, Helena de Argos. «Héctor, amigo mío. Han pasado veinte años desde que Paris se me llevó de mi tierra. Y en veinte años no salió de tu boca ni una mala palabra, ni una ofensa. Y si alguien me maldecía, aquí, en palacio, tú siempre me defendías, con

palabras dulces, y amables. Yo lloro porque al llorar por ti lo hago por el único amigo que he tenido. Te has marchado, dejándome sola, abandonada a los odios de todo el mundo.»

Así lloraron, en la noche, las mujeres y los hombres de Troya, alrededor del cuerpo de Héctor, domador de caballos. Al día siguiente, levantaron la pira en su honor, e hicieron ascender a lo alto las llamas, en la luz rosada del alba. Los blancos huesos los custodiaron en una urna de oro, envuelta en una tela de color púrpura. En la profundidad de la tierra ahora reposan, donde ningún guerrero aqueo podrá volver a molestarlos.

DEMÓDOCO

Mucho tiempo después de estos acontecimientos, yo estaba en la corte de los feacios y hasta allí llegó, náufrago, procedente del mar, un hombre misterioso y sin nombre. Fue acogido como un rey, y fue honrado con todos los ritos de la hospitalidad. Durante el suntuoso banquete que fue preparado para él, yo canté las aventuras de los héroes, porque soy un aedo, y cantar es mi oficio. Aquel hombre escuchaba, sentado en su puesto de honor; me escuchaba en silencio atentamente, emocionado. Y cuando acabé, cortó un pedazo de carne para mí y me lo ofreció, diciéndome: «Demódoco, alguna musa, hija de Zeus, fue tu maestra, porque cantas con arte perfecta las hazañas de los héroes aqueos. Me gustaría escuchar en tu voz la historia del caballo de madera, la trampa que el divino Ulises ideó para destruir Ilio. Cántala y yo les diré a todos que te enseñó a cantar un dios.» Eso fue lo que me pidió aquel hombre sin nombre. Y esto fue lo que canté, para él y para todos.

Ya había transcurrido el décimo año y todavía duraba la guerra entre aqueos y troyanos. Las lanzas estaban can-

sadas de matar; las correas de los escudos, desgastadas, se rompían; y las cuerdas de los arcos, agotadas, dejaban caer las flechas veloces. Los caballos, envejecidos, pastaban doloridos, con la cabeza gacha, los ojos cerrados, añorando a los compañeros con los que habían corrido y luchado. Aquiles yacía bajo tierra, junto a su amado Patroclo; Néstor lloraba a su hijo Antíloco, Ayante de Telamón vagaba en el Hades después de haberse matado; había muerto Paris, origen de toda desventura, y vivía Helena junto a su nuevo esposo, Deífobo, hijo de Príamo. Los troyanos lloraban por Héctor, y por Sarpedón, y por Reso. Diez años. Y Troya todavía se erguía intacta, protegida por sus murallas invencibles.

Fue Ulises el que inventó el final de esa guerra infinita. Le ordenó a Epeo que construyera un gigantesco caballo de madera. Epeo era el mejor, cuando se trataba de construir artilugios o maquinaria de guerra. Se puso manos a la obra. Hizo que trajeran desde las montañas muchos troncos de árbol, era la misma madera con la que tantos años antes los troyanos habían construido las naves de Paris, origen de toda desventura. Epeo la utilizó para construir el caballo. Empezó haciendo el vientre, amplio y hueco. Luego fijó el cuello y en la crin de color púrpura hizo que vertieran oro puro. En lugar de ojos engastó piedras preciosas: brillaban juntas la verde esmeralda y la amatista de color sangre. En las sienes colocó las orejas, erguidas, como si estuvieran escuchando el toque de la trompeta de guerra. Luego montó el lomo, los ijares y, al final, las patas, doblándolas en las rodillas, como si estuviera lanzado a la carrera, una carrera inmóvil pero de verdad. Los cascos eran de bronce, cubiertos con escamas brillantes de tortuga. En el costado del animal, el genio de Epeo colocó una pequeña puerta, invisible, y montó una escalera que,

cuando fuera necesario, podía servir para subir y bajar a los hombres, y que luego desaparecía dentro del caballo. Trabajaron durante días. Pero al final, gigantesco, apareció ante los ojos de los aqueos el caballo, admirable y terrorífico.

Entonces reunió Ulises a los príncipes en asamblea. Y con aquella voz grave, de la que él sólo era capaz, empezó a hablar. «Amigos, vosotros seguís confiando en vuestras armas y en vuestro coraje. Pero mientras tanto vamos envejeciendo aquí, sin gloria, consumiéndonos en una guerra sin fin. Creedme: será con la inteligencia, y no con la fuerza, como nosotros conquistaremos Troya. ¿Veis ese magnífico caballo de madera construido por Epeo? Escuchad mi plan: algunos de nosotros entraremos ahí dentro, sin miedo. Todos los demás, después de haber quemado los campamentos, dejarán desierta la playa, zarpando mar adentro hasta ir a esconderse tras la isla de Ténedos. Los troyanos tienen que creer que nos hemos marchado de verdad. Verán el caballo: lo tomarán como un homenaje a su valor, o como un regalo para la diosa Atenea. Confíad en mí: lo llevarán detrás de las murallas y eso será su fin.»

Así habló. Y lo escucharon. Y confiaron en él. Echaron a suertes quiénes serían los que entrarían en el caballo. Y la suerte señaló a cinco de ellos: Ulises, Menelao, Diomedes, Anticlo y Neoptólemo, que era hijo de Aquiles. Los hicieron entrar en el caballo, y luego cerraron la pequeña puerta que Epeo había construido en la madera. Se colocaron tendidos en la oscuridad, con la angustia en su corazón. Parecían animales que, aterrorizados por una tempestad, se habían refugiado en su madriguera y se mantenían esperando el regreso del sol, atormentados por el hambre y la tristeza.

Los demás esperaron a que llegara la noche y, cuando

se hizo oscuro, destruyeron sus campamentos y echaron las naves al mar. Antes de que llegara el alba estaban en mar abierto y desaparecieron tras la isla de Tenedos. En la playa, donde el inmenso ejército había vivido durante diez años, no quedaron más que armazones humeantes y cadáveres.

Entre las primeras sombras del día naciente los troyanos vieron, a lo lejos, el humo de las hogueras. Alta se levantó la voz de que los aqueos habían huido, y por mil veces fue repitiéndose de uno a otro, gritando con esperanza y alegría cada vez mayores. Salieron de las murallas, primero de uno en uno, luego en grupos cada vez más numerosos, y cruzaron la llanura para ir a ver. Cuando llegó Príamo, rodeado por los ancianos de Troya, lo que vio fue una inmensa playa abandonada, en medio de la que descollaba un gigantesco caballo de madera. Todos se agruparon en torno a aquella maravilla: algunos, por el odio que sentían hacia los aqueos, querían echarla al mar o destrozarla a hachazos; pero otros, hechizados por la belleza del caballo, aconsejaban que lo consagraran a los dioses y que lo llevaran a la ciudad para que se convirtiera en el magnífico monumento a la guerra que habían ganado. Y al final fueron éstos los que prevalecieron, porque los hombres son miserables, y no les es dado ver el futuro, sino tan sólo vivir inmersos en la niebla del presente. Empujaron el caballo, sobre rápidas ruedas, por toda la llanura, escoltándolo con cánticos y bailes. Altos ascendían los gritos de los hombres que tiraban de las gruesas sogas, y que con inmensas dificultades arrastraban hacia su refugio al animal de venenosas entrañas. Llegados a las murallas, tan enorme era el caballo que tuvieron que ensanchar las puertas para que pudiera entrar en la ciudad. Pero incluso esto fue hecho entre bailes y cánticos, mientras una alfombra de flores

caían por donde iba a pasar el animal, y vertían miel y perfumes por doquier.

Fue entonces cuando apareció Casandra, la hija de Príamo a la que los dioses le habían infligido la fortuna de leer el futuro y la desgracia de no ser creída nunca. Apareció hecha una furia, en medio de toda aquella fiesta, arrancándose el pelo y los vestidos y gritando: «Miserables, ¿qué es este caballo de desgracia que arrastráis como locos? Estáis corriendo hacia la más profunda de vuestras noches. Este animal está preñado de guerreros enemigos y los parirá por la noche, bajo la mirada afectuosa de Atenea, depredadora de la ciudad. Y un océano de sangre correrá por estas calles, arrastrándolo todo en una gran oleada de muerte. Ay, amada ciudad de mis ancestros, tú pronto serás ceniza ligera en el viento. Padre, madre, os lo suplico, recobrad la cordura y alejad el horror de todos nosotros. Destruid ese caballo, prendedle fuego, y entonces sí que podremos festejarlo, con cánticos y bailes. Solamente entonces nos entregaremos a la alegría por la libertad recobrada, la libertad que tanto amamos.»

Casandra gritaba. Pero nadie quiso escucharla. Y su padre, Príamo, con violencia la reprendió: «Profetisa de desgracias, ¿qué maligna divinidad te ha poseído esta vez? ¿Te molestaba nuestra alegría? ¿No podías soportar que celebráramos en paz este día de libertad, tan esperado? La guerra ha acabado, Casandra. Y este caballo no es una desgracia, sino un digno presente para Atenea, patrona de nuestra ciudad. Márchate. Vuélvete al palacio, ya no te necesitamos. Desde hoy, a la sombra de las murallas de Troya ya no tiene que existir el miedo, sino sólo la alegría, y la fiesta, y la libertad.» Así fue arrastrada Casandra hasta la oscuridad de palacio, por la fuerza. En sus ojos ya ardía Troya, en las altas llamaradas de la ruina.

Al caballo lo llevaron delante del templo de Atenea y lo depositaron sobre un alto pedestal. Alrededor, el pueblo se entregó a una alegría desenfrenada, abandonándose a la locura y olvidándose de toda precaución. En las puertas, ya sólo vigilaban unos pocos centinelas, prisioneros de una guerra que se creía terminada. Ya al final, en la rosácea luz de la puesta de sol, salió de palacio Helena de Argos, soberbiamente engalanada. Bajo los ojos admirados de los troyanos, atravesó la ciudad y llegó a los pies del descomunal caballo. Luego hizo algo raro. Dio tres vueltas a su alrededor, imitando las voces de las esposas de los héroes aqueos escondidos en su interior, y los fue llamando, suplicándoles que corrieran a sus brazos. Encerrados en la ciega oscuridad del vientre del caballo, los cinco aqueos sintieron que se les partía el corazón. Eran verdaderamente las voces de sus esposas, por increíble que pudiera parecer, eran sus voces y los estaban llamando. Era una dulce crueldad y todos sintieron que las lágrimas les subían a los ojos y que la angustia les llenaba el corazón. Y de repente, Anticlo, que era de ellos el más débil y el menos precavido, abrió la boca para gritar. Ulises saltó encima de él y le presionó la boca con las manos, ambas manos, con fuerza. Anticlo empezó a forcejear, e intentó liberarse, desesperadamente. Pero Ulises, implacable, le presionaba las manos en la boca y no dejó de hacerlo hasta que Anticlo se estremeció, varias veces, con un último sobresalto, violento, y al final murió, ahogado.

A los pies del caballo, Helena de Argos echó una última mirada al mudo vientre del animal. Luego se dio la vuelta y regresó a palacio.

Toda la ciudad, entonces, se hundió en el sueño. Flautas y cítaras resbalaron de las manos y los últimos ladridos de los perros punteaban el silencio que es compañero de la paz.

En la noche inmóvil brilló una antorcha, para hacer la señal a la flota aquea. Un traidor la hizo brillar, alta en la oscuridad. Pero algunos dicen que fue Helena de Argos, ella misma, la traidora. Y mientras las naves aqueas regresaban a la playa y el ejército en silencio inundaba la llanura, del vientre del caballo salieron Ulises, Menelao, Diomedes y Neoptólemo. Igual que leones se lanzaron sobre los centinelas en las puertas, haciendo que brotara la primera sangre de aquella noche terrible. Los primeros gritos ascendieron al cielo de Troya. Las madres se despertaban, sin comprender, estrechando a sus niños y emitiendo pequeños lamentos, como ligeras golondrinas. Los hombres se agitaban en el sueño, presagiando la desventura y soñando su propia muerte. Cuando el ejército aqueo cruzó las puertas, empezó la masacre. Viuda de sus guerreros, la ciudad empezó a vomitar cadáveres. Morían los hombres, sin tiempo de empuñar sus armas; morían las mujeres, sin tiempo siquiera de escapar; morían en sus brazos los niños, y en sus vientres las criaturas nonatas. Morían los ancianos, sin dignidad, mientras tendidos en el suelo levantaban los brazos pidiendo que no los mataran. Perros y aves enloquecían en su ebriedad, disputándose la sangre y la carne de los muertos.

En plena masacre corrieron Ulises y Menelao a buscar las habitaciones de Helena y Deífobo, querían recuperar aquello por lo que habían luchado tanto tiempo. A Deífobo lo sorprendieron cuando trataba de escapar. Con su espada, Menelao le atravesó el vientre: cayeron las entrañas por el suelo, y cayó Deífobo, olvidado de la guerra y los carros, para siempre. A Helena la encontraron en sus habitaciones. Siguió a su antiguo marido, temblorosa: en su alma llevaba consigo el alivio por el final de su desventura y la vergüenza por lo que había sido.

Ahora tendría que cantar sobre aquella noche. Tendría que cantar sobre Príamo, asesinado a los pies del altar de Zeus; y sobre el pequeño Astianacte, arrojado por Ulises desde lo alto de la muralla; y sobre el llanto de Andrómaca y la vergüenza de Hécuba, arrastrada como una esclava; y sobre el terror de Casandra, violada por Ayante de Oileo sobre el altar de Atenea. Tendría que cantar sobre una estirpe que iba hacia el matadero, y sobre una ciudad hermosísima que se estaba convirtiendo en pira flameante y en muda tumba de sus hijos. Tendría que cantar sobre aquella noche, pero tan sólo soy un aedo; que lo hagan las Musas, si son capaces de ello, porque sobre una noche de dolor como aquella yo no voy a cantar.

Así hablé. Luego me di cuenta de que aquel hombre, el hombre sin nombre, estaba llorando. Lloraba como una mujer, como una esposa agachada sobre el hombre al que ama y al que los enemigos acaban de matar; lloraba como una muchacha que hubiera sido capturada por un guerrero, esclava para siempre. De ello se dio cuenta Alcínoo, el rey, que estaba sentado junto a él, y me hizo una señal para que dejara de cantar. Luego se inclinó hacia el extranjero y le preguntó: «¿Por qué lloras, amigo, cuando escuchas la historia de Ilio? Fueron los dioses los que quisieron aquella noche de sangre y aquellos hombres murieron para que, después, pudieran ser cantados, eternamente. ¿Por qué te hace sufrir escuchar su historia? ¿Tal vez aquella noche murió tu padre, algún hermano?, ¿acaso en aquella guerra perdiste algún amigo? No te obstines en tu silencio y dime quién eres, y de dónde vienes, y quién es tu padre. Nadie viene a este mundo sin un nombre, por muy rico o muy miserable que sea. Dime tu nombre, extranjero.»

El hombre bajó la mirada. Luego dijo en voz baja: «Yo soy Ulises. Vengo desde Ítaca y allí, algún día, regresaré.»

OTRA BELLEZA. APOSTILLA SOBRE LA GUERRA

No son éstos unos años cualesquiera para leer la *Iliada*. O para «reescribirla», como he tenido ocasión de hacer. Son años de guerra. Y por mucho que «guerra» siga pareciéndome un término erróneo para definir lo que está sucediendo en el mundo (un término socorrido, diría yo), lo cierto es que son años en que algo así como una orgullosa barbarie, relacionada con la experiencia de la guerra durante milenios, ha vuelto a convertirse en una experiencia cotidiana. Batallas, asesinatos, crímenes, torturas, decapitaciones, traiciones. Heroísmos, armas, planes estratégicos, voluntarios, *ultimata*, proclamas. Desde alguna profunda sima que creíamos haber sellado, ha vuelto a aflorar todo el atroz y luminoso instrumental que desde tiempos inmemoriales ha sido bagaje de una humanidad combatiente. En un contexto de este tipo —vertiginosamente espinoso y escandaloso— incluso los detalles asumen un significado particular. Leer en público la *Iliada* es un detalle, pero no es un detalle cualquiera. Para ser franco, tengo que decir que la *Iliada* es una historia de guerra, lo es sin prudencia ni medias tintas: y que fue compuesta para cantar a una humanidad combatiente, y para hacerlo de un modo tan

memorable que durara eternamente, y para llegar hasta el último hijo de los hijos, cantando sin término la solemne belleza y la irremediable emoción que antaño fuera la guerra, y que siempre será. En el colegio tal vez lo explican de otra manera. Pero la esencia es ésta: la *Iliada* es un monumento a la guerra.

De modo que la pregunta surge de una manera natural: ¿qué sentido tiene, en un momento como éste, dedicar tanto espacio, y atención, y tiempo, a un monumento a la guerra? ¿Cómo es posible que, con tantas historias como hay, uno se sienta atraído precisamente por ésta, casi como si fuera una luz que sugiere una huida de las tinieblas de estos días?

Creo que sólo se podría dar una respuesta verdadera si fuésemos capaces de comprender hasta el fondo nuestra relación con *todas* las historias de guerra, y no con ésta en particular: comprender nuestro instinto de no dejar de relatarlas nunca. Pero es una cuestión muy compleja, que es obvio que no puede ser resuelta aquí, ni por mí. Lo que puedo hacer es, centrándome en la *Iliada*, apuntar dos cosas que he acabado pensando, tras un año de trabajo en contacto directo con ese texto: son resumen de todo lo que, en aquella historia, se me ha aparecido con la fuerza y la nitidez que sólo poseen las verdaderas enseñanzas.

La primera. Una de las cosas más sorprendentes de la *Iliada* es la fuerza, yo diría que la compasión, con que nos son referidas las razones de los vencidos. Es una historia escrita por los vencedores y, a pesar de todo, en nuestra memoria permanecen también, cuando no sobre todo, las figuras humanas de los troyanos. Príamo, Héctor, Andrómaca, incluso hasta pequeños personajes como Pándaro o Sarpedón. Esta capacidad, sobrenatural, de ser voz de la humanidad entera y no sólo de sí mismos, la hallé traba-

jando sobre el texto y descubriendo cómo los griegos, en la *Iliada*, nos habían legado, entre las líneas de un monumento a la guerra, la memoria de un obstinado amor a la paz. A simple vista uno no se da cuenta, cegado por los resplandores de las armas y de los héroes. Pero en la penumbra de la reflexión surge una *Iliada* que uno no se esperaba. Me explico: el lado femenino de la *Iliada*. Son muy a menudo las mujeres las que proclaman, sin mediaciones, el deseo de paz. Relegadas a los márgenes del combate, encarnan la hipótesis obstinada y casi clandestina de una civilización alternativa, libre del deber de la guerra. Están convencidas de que se podría vivir de una manera distinta, y lo dicen. De la manera más clara lo dicen en el libro VI, pequeña obra maestra de geometría sentimental. En un tiempo suspendido, vacío, robado a la batalla, Héctor entra en la ciudad y se encuentra con tres mujeres: y es como un viaje a la otra cara del mundo. Bien mirado, las tres pronuncian una misma súplica, paz, pero cada una de ellas con una tonalidad sentimental propia. La madre lo invita a rezar. Helena lo invita a su lado, para reposar (y tal vez también para algo más). Andrómaca, por último, le pide que sea padre y marido antes que héroe y combatiente. Sobre todo en este último diálogo la síntesis es de una claridad casi ilustrativa: dos mundos posibles están el uno frente al otro, y cada uno tiene sus razones. Más correosas, ciegas, las de Héctor; modernas, mucho más humanas, las de Andrómaca. ¿No es admirable que una civilización machista y guerrera como la de los griegos escogiera legarnos, para siempre, la voz de las mujeres y su deseo de paz?

El lado femenino de la *Iliada* se aprehende de sus voces: pero una vez aprehendido, luego se encuentra de nuevo, por todas partes. Difuminado, imperceptible, pero increíblemente tenaz. Yo lo encuentro fortísimo en los in-

numerables momentos de la *Iliada* en los que los héroes en lugar de luchar, hablan. Son asambleas que nunca se terminan, debates infinitos, y uno deja de odiarlos sólo cuando empieza a comprender en el fondo de qué se trata: son su manera de posponer lo más posible la batalla. Son Sheherezade, salvándose mediante el relato. La palabra es el arma con que congelan la guerra. Incluso cuando están discutiendo cómo hay que hacer la guerra, mientras tanto no la están haciendo; y ésta es, también, una manera de salvarse. Todos ellos son condenados a muerte, y están haciendo que su último cigarrillo dure una eternidad. Y se lo fuman con las palabras. Luego, cuando de verdad entran en combate, se transforman en héroes ciegos, olvidados de cualquier escapatoria, fanáticamente entregados a su deber. Pero antes..., antes ha sido un tiempo largo, femenino, de lejititudes sabias, y miradas hacia atrás, de niñez.

Del modo más elevado y deslumbrante, esta especie de reticencia del héroe se condensa, como debe ser, en Aquiles. Él es quien tarda más tiempo, en la *Iliada*, en entrar en combate. Él es quien, como una mujer, asiste desde lejos a la guerra, tocando una cítara y permaneciendo junto a los que ama. Precisamente él, la encarnación más feroz y fanática de la guerra, literalmente sobrehumana. La geometría de la *Iliada* es, en este sentido, de una precisión vertiginosa. Donde más fuerte es el triunfo de la cultura guerrera, más tenaz y prolongada es la inclinación, femenina, a la paz. Al final es en Aquiles donde lo inconfesable de todos los héroes emerge hasta la superficie, con la claridad sin mediaciones de un hablar explícito y definitivo. Lo que dice delante de la embajada enviada por Agamenón, en el libro IX, es tal vez el más violento e indiscutible grito de paz que nuestros padres nos han legado:

Para mí nada hay que equivalga a la vida, ni cuanto di-

cen que poseía antes Ilio, la bien habitada ciudadela, en tiempos de paz, antes de llegar los hijos de los aqueos, ni cuanto encierra en su interior el pétreo umbral del arquero Febo Apolo en la rocosa Pito. Se pueden ganar con pillaje bueyes y cebado ganado, se pueden adquirir trípodes y bayas cabezas de caballos; mas la vida humana ni está sujeta a pillaje para que vuelva ni se puede recuperar cuando traspasa el cerco de los dientes.

Son palabras de Andrómaca, pero en la *Iliada* las pronuncia Aquiles, que es el sumo sacerdote de la religión de la guerra: y es por eso por lo que resuenan con una autoridad sin par. En esa voz —que, sepultada bajo un monumento a la guerra, dice adiós a la guerra, prefiriendo la vida— la *Iliada* deja entrever una civilización de la que los griegos no fueron capaces y que, a pesar de todo, habían intuido, y conocían, y hasta custodiaban en un rincón secreto y protegido de su sentir. Llevar a cabo esa intuición es tal vez lo que la *Iliada* nos propone como herencia, como tarea, como deber.

¿Cómo llevar a cabo esa tarea? ¿Qué tenemos que hacer para inducir al mundo a seguir su propia inclinación hacia la paz? También sobre esto, me parece, la *Iliada* tiene algo que enseñarnos. Y lo hace desde su rasgo más evidente y escandaloso: su rasgo guerrero y masculino. Es indudable que esa historia presenta la guerra como una salida casi natural de la convivencia civil. Pero no se limita a ello: hace algo bastante más importante y, si se quiere, intolerable: canta la *belleza* de la guerra, y lo hace con una fuerza y una pasión memorables. No hay casi ningún héroe cuyo esplendor, moral y físico, en el momento del combate, no se recuerde. No hay casi ninguna muerte que no sea un al-

tar, ricamente decorado y adornado de poesía. La fascinación por las armas es constante, y la admiración por la belleza estética de los movimientos de los ejércitos es continua. Bellísimos son los animales en la guerra, y solemne es la naturaleza cuando está llamada a servir como marco para la masacre. Hasta los golpes y las heridas son cantados como obras soberbias de un artesanado paradójico, atroz, pero sabio. Se diría que todo, desde los hombres hasta la tierra, alcanza durante la experiencia de la guerra el momento de su más alta realización, estética y moral: casi la culminación gloriosa de una parábola que sólo en el momento de la atrocidad de la lucha mortal encuentra su propio cenit. En este homenaje a la belleza de la guerra, la *Iliada* nos obliga a recordar algo molesto pero inexorablemente verdadero: durante milenios la guerra ha sido, para los hombres, la circunstancia en la que la intensidad —la belleza— de la vida se desencadenaba en toda su potencia y verdad. Era casi la única posibilidad para cambiar el propio destino, para encontrar la verdad de uno mismo, para elevarse a una alta concienciación ética. Frente a las anémicas emociones de la vida y a la mediocre estatura moral de la cotidianidad, la guerra ponía en marcha el mundo y empujaba a los individuos más allá de los límites acostumbrados, hasta un lugar del alma que debía de parecerles a ellos, por fin, el punto de llegada de toda búsqueda y todo deseo. No estoy hablando de tiempos lejanos y bárbaros: no hace muchos años, intelectuales refinados como Wittgenstein y Gadda buscaron con obstinación la primera línea, el frente, en una guerra inhumana, con la convicción de que sólo allí se encontrarían a sí mismos. Está claro que no eran individuos débiles, o carentes de medios y cultura. Y, no obstante, como testifican sus diarios, vivían todavía en la convicción de que aquella experiencia límite

—la praxis atroz de la lucha mortal— podría ofrecerles lo que la vida cotidiana no era capaz de ofrecerles. En esta convicción suya se reverbera el perfil de una civilización, nunca muerta, en la que la guerra permanecía como un eje candente de la experiencia humana, como motor de toda clase de acontecer. Todavía hoy, en un tiempo en el que para la mayoría de los humanos la hipótesis de entrar en combate es poco más que una hipótesis absurda, se continúa alimentando, con guerras libradas por poderes, mediante cuerpos de soldados profesionales, el viejo brasero del espíritu guerrero, revelando una sustancial incapacidad para hallar un sentido a la vida que pueda prescindir de ese momento de la verdad. El indisimulado orgullo masculino del que, tanto en Occidente como en el mundo islámico, se han visto acompañadas las últimas exhibiciones bélicas, permite reconocer un instinto que el shock producido por las guerras del siglo XX no ha apaciguado, evidentemente. La *Iliada* relataba este sistema de pensamiento y esta manera de sentir, conjuntándolos en un signo sintético y perfecto: la belleza. La belleza de la guerra —de cada uno de sus signos particulares— nos enuncia su centralidad en la experiencia humana: transmite la idea de que no hay ninguna otra cosa, en la experiencia humana, para existir verdaderamente.

Lo que tal vez sugiere la *Iliada* es que ningún pacifismo, hoy en día, debe olvidar o negar esa belleza: como si nunca hubiera existido. Decir y enseñar que la guerra es un infierno y nada más es una mentira nociva. Por muy atroz que pueda sonar, es necesario acordarse de que la guerra es un infierno, *pero bello*. Desde siempre los hombres se lanzan a ella como falenas atraídas por la luz mortal del fuego. No hay miedo u horror que hayan conseguido mantenerlos alejados de las llamas: porque en ellas siempre han encontrado la única redención posible ante la penumbra

de la vida. Por ello, la tarea de un pacifismo verdadero tendría que ser hoy no tanto demonizar hasta el exceso la guerra, sino comprender que sólo cuando seamos capaces de otra belleza podremos prescindir de la que la guerra, desde siempre, nos ofrece. Construir otra belleza es tal vez el único camino hacia una auténtica paz. Demostrar que somos capaces de iluminar la penumbra de la existencia sin recurrir al fuego de la guerra. Dar un sentido, fuerte, a las cosas, sin tener que llevarlas hasta la luz, cegadora, de la muerte. Poder cambiar el destino de uno mismo sin tener que apoderarse del de otro; lograr que circulen el dinero y la riqueza sin tener que recurrir a la violencia; encontrar una dimensión ética, incluso muy elevada, sin tener que ir a buscarla en los confines de la muerte; encontrarse a uno mismo en la intensidad de lugares y momentos que no sean una trinchera; conocer la emoción, incluso la más vertiginosa, sin tener que recurrir al *doping* de la guerra o a la metadona de las pequeñas violencias cotidianas. En fin, otra belleza, si es que comprendéis lo que quiero decir.

Hoy la paz es poco más que una conveniencia política: no es, en modo alguno, un sistema de pensamiento y una manera de sentir verdaderamente difundidos. Se considera la guerra un mal que hay que evitar, es cierto, pero se está muy lejos de considerarla un mal absoluto: a la primera ocasión, revestida de hermosos ideales, entrar en guerra se convierte rápidamente en una opción factible. A veces, incluso suele elegirse con cierto orgullo. Siguen estrellándose las falenas con la luz del fuego. Una real, profética y valiente ambición por la paz yo la veo únicamente en el trabajo paciente y escondido de millones de artesanos que cada día trabajan para suscitar *otra belleza*, y la claridad de luces, límpidas, que no matan. Es una empresa utópica, que presupone una vertiginosa confianza en el hombre.

Pero me pregunto si alguna vez nos hemos adentrado tanto, como hoy en día, por un sendero parecido. Y por eso creo que nadie, a estas alturas, logrará ya detener ese camino, o invertir el sentido. Lograremos, antes o después, sacar a Aquiles de aquella mortífera guerra. Y no será ni el miedo ni el horror lo que lo lleve de regreso a casa. Será cierta belleza, una belleza distinta, más cegadora que la suya, e infinitamente más apacible.

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
Criseida	15
Tersites	23
Helena	35
Pándaro, Eneas	43
La nodriza	59
Néstor	65
Aquiles	75
Diomedes, Ulises	83
Patroclo	95
Sarpedón, Ayante de Telamón, Héctor	105
Fénix	121
Antíloco	133
Agamenón	141
El río	147
Andrómaca	155
Príamo	161
Demódoco	171
<i>Otra belleza. Apostilla sobre la guerra</i>	179

PANORAMA DE NARRATIVAS

690. **Sandro Veronesi**, Caos calmo
 691. **John Lanchester**, Novela familiar
 692. **Claudio Magris**, El infinito viajar
 693. **Hans Magnus Enzensberger**, Josefine y yo
 694. **Alan Bennett**, Una lectora nada común
 695. **Graham Swift**, Mañana
 696. **Nick Hornby**, Fiebre en las gradas
 697. **Edward St Aubyn**, Leche materna
 698. **Louise Welsh**, El truco de la bala
 699. **Frédéric Beigbeder**, Socorro, perdón
 700. **Richard Ford**, Acción de Gracias
 701. **Abraham B. Yehoshúa**, Una mujer en Jerusalén
 702. **Nick McDonell**, El tercer hermano
 703. **John Fante**, Llenos de vida
 704. **Paul Auster**, Un hombre en la oscuridad
 705. **Patrick Modiano**, En el café de la juventud perdida
 706. **Jacques Chessex**, El vampiro de Ropraz
 707. **Emmanuel Carrère**, Una novela rusa
 708. **Melania G. Mazzucco**, Un día perfecto
 709. **Augusten Burroughs**, En el dique seco
 710. **A. M. Homes**, La hija de la amante
 711. **W. G. Sebald**, Los anillos de Saturno
 712. **Martin Suter**, El diablo de Milán
 713. **Nick Hornby**, Un gran chico
 714. **Arto Paasilinna**, La dulce envenenadora
 715. **Jerry Stahl**, Yo, Fatty
 716. **Siri Hustvedt**, Elegía para un americano
 717. **Gregor von Rezzori**, La gran trilogía
 718. **Roberto Calasso**, El rosa Tiepolo
 719. **Amélie Nothomb**, Ni de Eva ni de Adán
 720. **Hélène Berr**, Diario
 721. **Alan Bennett**, La dama de la furgoneta
 722. **Hanif Kureishi**, Algo que contarte
 723. **Irvine Welsh**, Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo
 724. **Rebecca Miller**, Las vidas privadas de Pippa Lee
 725. **Patrick Modiano**, Calle de las Tiendas Oscuras
 726. **Jack Kerouac**, En la carretera. El rollo mecanografiado original
 727. **Peter Behrens**, La ley de los sueños
 728. **Nick Hornby**, Todo por una chica
 729. **Jonathan Coe**, La lluvia antes de caer
 730. **Lionel Shriver**, El mundo después del cumpleaños
 731. **Josh Bazell**, Burlando a la Parca
 732. **Isabel Fonseca**, Vínculo
 733. **Daniel Kehlmann**, Fama
 734. **Patrick Modiano**, Villa Triste
 735. **Charlotte Roche**, Zonas húmedas
 736. **Tim Davys**, Amberville
 737. **Daniel Davies**, La isla de los perros
 738. **Phil LaMarche**, Juventud americana
 739. **John Wray**, Lowboy
 740. **Arto Paasilinna**, El mejor amigo del oso
 741. **Paul Auster**, Invisible